

T R A B A J O S Y D O C U M E N T O S S O B R E
L A L U C H A P O R L A I N D E P E N D E N C I A
D E C U B A

- 1 -





PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la Dirección de Patrimonio Documental de la Oficina del Historiador de La Habana con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

Perfil institucional en Facebook
Patrimonio Documental
Oficina del Historiador



PRIMEROS MOVIMIENTOS REVOLUCIONARIOS POR LA
INDEPENDENCIA

CONSPIRACIONES Y REBELDIAS CONTRA LA ESCLAVITUD
Y LA TRATA



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

LA CHISPA REVOLUCIONARIA INFLAMO EN 1812 EL CORAZON DE LOS HEROICOS HIJOS DE CAMAGUEY AL CONSIDERARSE RIDICULIZADOS POR LOS ESPAÑOLES MAS INTRANSIGENTES.

FUE UNA BURLA PARA LOS REPRESENTANTES ANTILLANOS LA PROCLAMACION DE LA CONSTITUCION EN LAS CORTES ESPAÑOLAS Y UN MOTIVO DE MOFA EL REGRESO DE LOS MISMOS AL SUELO PATRIO.

(Por José Camilo Perez)

En un reciente trabajo dimos a conocer a nuestros lectores una recopilación de datos históricos sobre la fundación de Santa María de Puerto Príncipe, en el sitio que sirvió de asiento al pueblo indio Camagüey, nombre que ha perdurado, como otros muchos del mismo origen, en nuestra patria. En aquel trabajo tratamos única y exclusivamente de consignar detalles interesantes de la época, en la seguridad que habrían de ser del agrado de los lectores, especialmente de los camagüeyanos, ya que los retrotraía a una remota fecha. Pero hoy en el presente trabajo vamos a darle publicidad a una serie de episodios precursores de la guerra del 68, aquella dura lucha de diez años en la que tantos y tantos actos de heroísmo realizaron los nativos de Camagüey, animados por la santa idea de la independencia patria.

La mayor parte de los datos que aquí vamos a consignar proceden del archivo del patriota señor Francisco Arredondo y Miranda, uno de los luchadores de aquella generación de las que tan pocos quedan ya.

No tenemos la pretensión de que cuanto digamos sea tenido como rigurosamente exacto, porque ningún escritor es infalible cuando trata de hechos que, como los que vamos a narrar, han ocurrido en una época tan remota; por ello, pues, y como un tributo a la historia patria, nos permitimos rogarle a las personas que posean datos, que les permita rectificar cualquier error en que incurramos, se sirvan hacerlo, en la seguridad de que con ello, no sólo nos proporcionarán un placer, si que también contribuirán a que la verdad resplandezca en las páginas de la historia de "Camagüey Revolucionario".

En el año de 1812 empezó a acentarse la idea entre los camagüeyanos de independizar a Cuba de la tutela de España; debido a la burla de que fueron víctimas con la farsa de la proclamación de la Constitución, la disolución de las Cortes y el desairado regreso de los diputados antillanos, a quienes mofaban y ridiculizaban los españoles intransigentes. La conducta observada por los españoles enardecía más los ánimos, dando por resultado

la línea divisoria que desde entonces se estableció entre liberales y realistas, o como se les llamaba por los primeros, insulares y peninsulares.

Desde el año de 1812 hasta el de 1823 se había extendido en toda la Isla el descontento; radicando los principales centros de conspiración en la Habana, Trinidad y Camagüey; pero como carecían de los elementos necesarios e indispensables y de una protectora mano, que les ayudara a llevar a la realidad el ideal acariciado; les fué necesario a dichos centros buscar fuera de la Isla aquellos elementos; encontrándolos en Nueva York en los prestigiosos patriotas José Antequero Iznaga, J. González, José Agustín Arango, Fructuoso del Castillo y en el comprovinciano Gaspar Betancourt (a) "El Lugareño".

Acogen aquellos patriotas la idea que ya acariciaban, pero tocando el mismo inconveniente de no contar ellos con los elementos necesarios para levantarse en armas; acuerdan emprender viaje para Venezuela y pedir al gran Simón Bolívar su ayuda y cooperación para independizar a Cuba. El día 23 de Octubre de 1823, llegan al puerto de la Guaira. Bolívar simpatizó con lo que la comisión le expuso, pero no concluida la campaña, había que esperar. Fracasada por el momento su solicitud no por esto desmayaron los patriotas, pues siguieron trabajando e inculcando en el pueblo la idea emancipadora logrando fomentar una conspiración titulada "Soles de Bolívar", siendo figura sobresaliente en ella el patriota, don Pedro Recio Sánchez. Desgraciadamente fué denunciada la existencia de la sociedad.

Este acontecimiento no impidió la continuación de los afiliados a seguir conspirando no sólo en toda la Isla sino fuera de ella, así vemos que el 20 de Enero de 1826, desembarcan por Sabana la Mar dos patriotas emisarios de Bolívar, Manuel Antonio Sánchez y Francisco Agüero Velasco portadores de proclamas y documentos importantes. Desde allí se dirigieron al ingenio "Las Cuabas" de Don Francisco Zaldivar distante tres leguas de la ciudad de Camagüey.

Desde la llegada de los dos patriotas, el ingenio "Las Cuabas" fué convertido en Cuartel General de los cons-



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

piradores acudiendo allí agentes y comisionados a ponerse de acuerdo en los planes que en breve debían desarrollarse no sólo en Camagüey sino en el resto de la Isla. Todo marchó bien

hasta el 18 de Febrero en que dos malhadadas negras que por descuido de sus amos se impusieron del escondite y trabajos de los patriotas Sánchez y Velazco, denunciando al Alcalde Ordinario D. Feliciano Carnesolta todo cuanto ellas sabían con respecto a los dos insurgentes.

En la madrugada del 19, Carnesolta con una ronda asalta la casa de vivienda y capturó a Sánchez y a Agüero, posesionándose de la documentación, correspondencia y proclamas que tenían. Conducidos a la ciudad el mismo día, fueron condenados a sufrir la pena de muerte la que se cumplió el 16 de Marzo de 1826 en la Plaza Mayor de Puerto Príncipe. Estos dos camagüeyanos fueron los primeros mártires de la Independencia de Cuba. Desde esa fecha se estableció en el Camagüey, una división entre el elemento criollo y el peninsular.

El 21 de Noviembre de 1821 estuvo amenazada la ciudad camagüeyana de levantarse en armas con motivo de la acitacion que produjo la noticia que se recibiera de la Habana de que pasaba a guarnecer la ciudad el batallón de León, recién llegado de Colombia, completamente derrotado por aquellos patriotas y ensañado con todo el que fuera nacido en América. Este acontecimiento originó el que los patriotas se organizaban surgiendo la sociedad "Cadena Triangular" la que laboraba por la Independencia de la patria. El primer Presidente de esta Asociación fué Don Francisco Cosío, figurando en primera línea los Recio, Cosío, Machado, Miranda, Betancourt y Varona.

Compelidos por la autoridad superior a guardar el mayor orden, el batallón de León no llegó a alterar el orden público, hasta el año 1823 en que se desbordó aquella fuerza cometiendo toda clase de desmanes y tropelías. El nombre funesto de ese batallón era temible por las noticias que de él se tenían. Se sabía que en Colombia habían asesinado a mujeres y cometido viles crímenes, como también los había realizado en Cartagena de Indias.

Más como una prueba de la virilidad de los camagüeyanos, el año de 1822 día 2 de Junio, fueron despojados de los sables y corrajes en la plaza de la Soledad, los sargentos y cabos del Batallón de León por varios jóvenes camagüeyanos.

Al siguiente año de 1824, inesperadamente fueron procesados y presos por Cadenitas y Masones, el patriota Don Diego Betancourt y Agüero, D. Tomás Borreño y otros patriotas.

En 1817 ocurrieron grandes disgustos y amenazantes motines entre los jóvenes Fernando Betancourt y Agramonte, José Ciriaco de Varona, Jacinto Agramonte y Pedro Recio Betan-

court con la oficialidad del Regimiento de Isabel 2a. Las agresiones tuvieron lugar en la plaza de San Francisco, reproduciéndose más tarde en la de la Merced y en la Sociedad Filarmónica.

Desde el año de 1817 al de 1850 no se hacía otra cosa que conspirar en el Camagüey, acrecentándose cada día más y más, el odio a los catalanes— así se le llamaba a todo peninsular— y cicotudo a los oficiales. Los conspiradores camagüeyanos estaban en constante comunicación con los que se hallaban en los E. U. haciendo propaganda y trabajando por la realización del bello ideal de la Independencia de Cuba.

Latente y con más vigor estaba la idea separatista, iniciada desde el año de 1821 en Camagüey; pero nada concreto se hacía porque les faltaba a los revolucionarios un hombre resuelto que se pusiera al frente de ellos. El año de 1850, surge ese hombre: Joaquín de Agüero y Agüero, el que apoyado en el prestigio, que con justicia gozaba, convoca a sus parientes más inmediatos a esta conspiración la que se llamó por algunos, (de los Agüeros) y en una reunión que celebró, con lujosa asistencia a ella de los Agüeros, les manifestó que los invitaba para levantarse en armas secundando el movimiento que en breve tiempo estallaría en la Isla al grito de Independencia o muerte.

Ni uno solo de los que asistieron a esa Junta se opuso a lo manifestado por Agüero; todos estuvieron conformes; acordándose, desde ese día proceder con la mayor reserva y precaución para no ser descubiertos; así como tratar de atraer a los masones y a los que no lo fueran; con tal de que simpatizaran con la causa ya iniciada. Al final de este memorándum se leerá la lista de los Agüeros que asistieron a la junta iniciadora del movimiento revolucionario iniciado por el patriota Joaquín de Agüero y Agüero.

No queda duda alguna de que Joaquín de Agüero antes de convocar a aquella junta contaba con la cooperación de los Armenteros e Iznagas de Trinidad y con la expedición de hombres, armas y pertrechos que traería el general Narciso López, comprometido a hacer el desembarco de ésta en territorio camagüeyano.

La propaganda hecha por los Asociados Agüero dió un resultado satisfactorio pues aparecían identificados con el movimiento armado los Agüeros, Betancourt, Recio, Varona, Arango, Miranda, Molina, Benavides, Estrada Castillo, Zayas, Torres; y puede asegurarse que todos los hombres del Camagüey. Día de plácemes fué para Agüero, las noticias que tuvo de sus consanguíneos, al darle cuenta cada



uno de los trabajos que había realizado y el número de adeptos comprometidos a secundarlo en el movimiento armado.

En junta posterior se designaron los miembros que debían de figurar en los Comités de los Barrios de la Iglesia Mayor del Cristo de San Francisco, de la Caridad, de la Soledad y de San José.

El caudillo Agüero, de acuerdo con Armenteros y con los que se hallaban en New Orleans y con los elementos extraños a los que él debía de ayudar o viceversa para dar el grito de guerra fijó el día 4 de Julio. Al abandonar la Ciudad lo hizo contando con verse en el lugar para donde se le había dado cita, con 300 o más patriotas, fuera de los que estaban comprometidos a secundarlo; pronunciándose en Santa Cruz del Sur y otros en La Guanaja. ¡Qué decepción más grande debió de experimentar el caudillo Agüero el día 3 de Julio al ver que solamente habían cumplido la palabra de honor empeñada algunos patriotas?

Con aquel exiguo número y halagándole la idea que antes de amanecer el día 4 habrían concurrido, si no todos los comprometidos, sí una mayoría de ellos. ¡Triste decepción! Ni uno más hizo acto de presencia en el campamento; y con aquel reducido número de patriotas solemniza la aurora del día 4 de Julio de 1851 y con la fé puesta en el Ser Supremo; proclama a los cuatro vientos la independencia de Cuba, flotando en los campos vírgenes del Camagüey por primera vez la bandera de la estrella solitaria.

El resultado desgraciado que la legión de patriotas pronunciada experimentó, se halla relatado en innumerables folletos y efemérides publicados, así como el desastroso fin que tuvieron los cuatro prisioneros Joaquín de Agüero y Agüero, Tomás de Betancourt, Miguel Benavides y Fernando de Zayas, (fusilados por no haber verdugo) el 12 de agosto de 1851 a las 7 de la mañana en la Sabana de Méndez.

Camagüey se enlutó. Era la ciudad un cementerio. Los hombres vestían de luto; las mujeres de listado azul con el cabello cortado; las puertas de las casas a medio abrir, reinando un silencio en toda la ciudad, que entristecía al camagüeyano así como exacerbaba a los españoles.

En ese fatal año en que desaparecieron las figuras más prominentes para independizar a Cuba, se señalaba también la del gran patriota Isidoro Armenteros, fusilado en Trinidad el día 13 de agosto de 1851: la del General Narciso López, agarrado en la Habana, el día 10. de Septiembre de ese propio año.

Independiente de los trabajos revolucionarios de Trinidad y Camagüey conspiraban en Bayamo Carlos Manuel de Céspedes, los hermanos Francisco y Lucas del Castillo, Fornaris y Juvier y Pedro de Céspedes, hermanos de C. Manuel.

Los funestos acontecimientos ocurridos en el fatídico año del 51, visieron a marcar una línea separatista del elemento criollo del español. No había términos medios para provocar siquiera una simulada unión; pues sucedíanse a cortos intervalos de tiempo serios disgustos alarmantes entre los camagüeyanos, la oficialidad y el elemento español. La oficialidad de los varios cuerpos que de guarnición en la ciudad se veían privados de asistir a las reuniones y bailes que en ésta se celebraban por no ser invitados, teniendo que llevar una vida completamente aislada de la sociedad camagüeyana. La casa en que alguno lograba visitarla, caían los que la habitaban en el más completo desprecio de sus comprovincianos llevando el "inri" de españolizados; y ¡ay! de la señorita que en algún baile danzara con oficial no hablo de un comerciante—porque a éstos se les miraba, no como hombres, sino como cualquier cosa pudiendo contar desde ese momento con que no volvería a tener compañía de baile a ningún criollo.

A consecuencia del desgraciado resultado que tuvieron los acontecimientos revolucionarios del 51 decayó algo el espíritu revolucionario; y no podía ser de otra manera. Los jefes principales habían sucumbido, la mayor parte en el patíbulo; y la mayoría de los que con ellos estuvieran y los muchos significados, como adictos al plan emancipador, se hallaban unos en los presidios de España, y otros deportados a la misma España, y los que escaparon de aquella racha de arbitrariedades tuvieron que permanecer semicultos, bien en sus casas, en sus fincas o en el extranjero. Aquella ciudad antes rica y alegre por el carácter de sus hijos y espléndida en sus fiestas clásicas fué transformada en un cementerio de seres vivientes.

La sociedad camagüeyana fué vigorosamente castigada por el sanguinario Capitán General Concha que siguiendo la inquina y odio que se apoderó del malhadado Comandante General Lemery contra el Camagüey logró reducirlo a un tenencia de gobierno—decía que era necesario para humillar el orgullo del Camagüey. Al efecto suprimió la Real Audiencia y convirtió la ciudad en una plaza sitiada llenándola de numerosas fuerzas, viéndose en la necesidad para convertirlo en cuartel de ecnar a las Monjas Ursulinas de su convento, que fué costeado por el pueblo. ¡Qué día más terrible aquel en que aquellas religiosas pertenecientes a las familias de la

Sociedad camagileyana, fueron expulsadas de su Convento en el término de 24 horas! para que en seguida lo ocupara un batallón de infantería.

(E. año del 51, compuso Nicolás González, una danza que tituló "Los Lamentos" de Joaquín de Agüero, era lo único que se oía tocar al piano. En Santiago de Cuba y otras poblaciones se conocía por "La sombra de Agüero". Fue tal lo popular que aquella se hizo que fué prohibida se tocara).

En ese estado de abatimiento moral permaneció Camagüey hasta el año de 1855, en que vuelve a hablarse de conspiraciones tanto en Bayamo como en la Habana. Bastó esto para que se empezara también a acariciar la idea, no muerta, de darle vida de nuevo al proyecto de independencia.

En Bayamo existía una especie de Junta revolucionaria en que figuraban los patriotas. Joaquín Márquez, Luis Rodríguez, Francisco Tamayo y Tamayo, Melchor Agüero, Juan y Mariano Acosta, Federico Echevarría, Francisco Vicente Aguilera y Ramón Bazán, Agüero y Bazán, eran camagüeyanos. La conspiración de Bayamo, tenía en su seno representación de Manzanillo y Jiguaní. El resultado de esa conjura fracasó. Si en Camagüey se creía aletargado el espíritu revolucionario, no era así, existía, pero faltábale un patriota que puesto al frente de los revolucionarios les organizara y se pusiera al frente de los revolucionarios que se habían constituido en varias poblaciones de la Isla.

En el año 1855 abortó la potente conspiración del catalán Ramón Pintó, pero con tan mala suerte, que es denunciada, cae en poder del capitán el general toda la correspondencia y documentos que guardaba en su casa el revolucionario Pintó. Juzgado, fué sentenciado a sufrir la última pena, siendo agarrotado en la Habana el día 22 de marzo de 1855.

En el año 1856 vuelven a repetirse en Puerto Príncipe serios disgustos entre el elemento criollo y el militar al extremo que se formó una completa división en la asistencia al teatro. Los cubanos ocupaban las lunetas correspondientes al lado izquierdo y los españoles y oficiales las de la derecha. A la artista aplaudida por los cubanos le negaban los "catalanes" el suyo. Recuerdo aún la noche en que una artista, la señorita Mormorenci, había cantado una magnífica y difícil variazón de Humell en la lección de la ópera del Barbero y el público criollo asistente aplaudía pidiendo su repetición, pero cuantas veces intentó la artista complacer a los solicitantes, se oían voces de la derecha de no, no, silbidos y bastonazos. Pudo cesar el escándalo por la intervención de la autoridad que presidía la función. Al siguiente día el Gobernador prohibió los aplausos prolongados y las voces de sí o no en el teatro.

Había olvidado consignar en esta relación que en el año de 1854 era ya tan evagada las privaciones a los españoles en la ciudad camagüeyana que menudeaban los disgustos y choques. Entre los habidos figura uno que pudo traer funestas consecuencias y el luto en muchos hogares, pues estando la oficialidad del Regimiento de Cantabria en la plaza de San Francisco, frente al Cuartel, pasaron los patriotas Mariano Agüero Cisneros, Pedro e Ignacio Recio y Agüero y Gaspar Agramonte Recio, trabándose entre aquellos y éstos un rozamiento tan acalorado que la guardia de prevención se formó y venía sobre el grupo en bayoneta calada. Gracias a la intervención del capitán Don Vicente Llorente, casado con una camagüeyana que acompañado por otro capitán, su amigo, corrieron al grupo apostrofaudo a la oficialidad por ser muchos contra cuatro jóvenes indefensos a los que tomaron del brazo retirándose de aquel lugar se evitó un suceso lamentable. ¡Qué tarde y que noche aquella! Si el gobernador no procede con la imparcialidad que lo hizo, y si no a.uartela todas las fuerzas de seguro corre mucha sangre por las calles de la ciudad. Era el Gobernador don José de la Gándara, Coronel del Regimiento de Cantabria.

Desde el año de 1856 al de 1867 se creía que en el Camagüey se gozaba de una era de paz perdurable; y qué equivocados estaban los que así pensaban; quizás en ninguna época se conspiraba más que en esa; pues los camagüeyanos estaban en íntima relación con los patriotas residentes en los Estados Unidos; así como con los de la Habana, Cuba y Bayamo. En ese intervalo de tranquilidad ficticia, la prensa tuvo alguna libertad dando a los escritos de propaganda revolucionaria; aunque relatados con los títulos "El libre cambio", "Las concesiones", "El cruzamiento de las rosas" y por ese estilo muchos otros. En esos mismos años se establecieron varias logias masónicas no sólo en Camagüey, sino en algunas poblaciones todas bajo la jurisdicción de la G. L. de Cuba y las Antillas. La que funcionaba en Bayamo y tenía el sugestivo distintivo "Redención" y la del Camagüey, el de "Ánima". Además de éstos talleres se constituyeron otros en Manzanillo, Holguín y Tunas, estando estos, como los de la Habana y Santiago de Cuba en correspondencia, por mediación de su garantía de amistad.

En el año de 1865 el patriota Fernando Agüero y Betancourt y el gran propagandista Manuel de Jesús Valdés y Urra, conocido por Chicho, se pusieron en relación directa con algunos bayameses tan exaltados como ellos a tal extremo que aprovechando celebrarse en Guáimaro la fiesta de su patrona "La Purísima" el 8 de diciembre, lograron obtener permiso pa-



ra celebrarlo con tres días de feria, días 7, 8, y 9. No sólo de los poblados inmediatos a Guáimaro vinieron varias familias y jugadores de gallos como de la ciudad concurren muchos de la primera sociedad. Así como también todos los grandes jugadores de las Tunas, Bayamo y Santiago de Cuba hicieron otro tanto los adictos al juego; pero es necesario que se entienda que esa feria con la que se engañaba al gobierno amparada con música, centenares de mesas de juegos y bailes tenían otro fin. A ese pueblo en que se celebraba esa feria concurrían los principales revolucionarios celebrándose por vez primera la unificación de los que conspiraban en diferentes localidades. Quién hubiera pensado en esa fecha que en ese mismo pueblo a los tres años siguientes se proclamaría la República de Cuba. ¿Y quién que aquel autor de la canción "La Conchita" prestara quizás en la misma casa en que se hospedaba, el juramento de Presidente de la República? En ese histórico Guáimaro se hallaban en esos tres días de feria miembros de las familias Cólás, Duany, Collazo e Infante de Santiago de Cuba de Bayamo, Pancho Aguilera, Milanés, Fornaris y Carlos Manuel de Céspedes y otros. Ese último prendado de una interesante matrona la obsecuio con una serenata cantándose la canción que le dedicara titulada "La Conchita" a cuya letra le puso música Rafael Casali y R. Dorca; una onza de oro regaló el enamorado bayamés a Casali y Dorca en recompensa de su trabajo. La canción se hizo popular no sólo en Guáimaro, sino en Camagüey, residencia de la matrona que había inspirado a Céspedes. Aunque la feria estaba concedida sólo por tres días a instancia de los grandes jugadores se obtuvo del Gobierno superior prorrogarla hasta el día 11. De la ciudad camagüeyana habían acudido los ricos jugadores, algunos con sus familias y una mayoría de jóvenes de la primera sociedad. Se bailó mucho, se jugó día y noche y los que fueron con idea de cambiar impresiones revolucionarias pudieron celebrar sus conferencias sin temor a ser denunciados ni a hacerse siquiera sospechosos a la autoridad de aquel poblado.

Agüero y Valdés, repitieron sus ideas en Bayamo entablando relaciones íntimas y prácticas, con Pancho Muñoz Rubalcaba, que era uno de los elementos más exaltados que existía en la localidad. La guerra de Santo Domingo despertó tal admiración así como por los dominicanos que estaban en armas que sus victorias se celebraban así como se mofaban de las expediciones de soldados flacos amarillos que llegaban en todos los vapores que venían de aquella isla para ingresar en el Hospital Militar.

Si los dominicanos decían algunos conspiradores sin recursos y en reducido número han podido levantarse en

armas contra el Ejército español al que derrotan, ¿cómo nosotros, con dinero y otras condiciones que aquellos no tienen no nos atrevemos a ponerlos a armas frente a España? Esto era el tema en toda conversación que se relacionaba con el movimiento revolucionario. Era tal la excitación reinante que Faustino de Miranda y Caballero, decía "si a sombrerozcos los votamos de Cuba": Vamos a la guerra.

El año de 1853 debido a la indicación del patriota José Antonio de Miranda y Boza, casado con una sobrina de Joaquín Agüero logró que el español arquitecto municipal sembrara en los cuatro centros que forman el parque de la plaza Mayor una palma. Así lo hizo el arquitecto Iglesias, ignorando que esa indicación obedecía a la idea de dedicar cada una de las palmas a cada uno de los cuatro protomártires fusilados. ¿Qué camagüeyano patriota no lo sabía y contemplaba aquellos cuatro monumentos criollos?

Antes de continuar estos apuntes debemos dejar consignado que desde tiempo inmemorial los bayameses y camagüeyanos marchaban en la más cordial armonía. Puede decirse que Bayamo y Camagüey desde Jiguaní a Ciego de Avila, era un sólo término, así se veían infinidad de familias de uno y otro lugar enlazadas quizás para que pensarán unidos en el ideal de formar una patria libre, unos y otros.

LA REVOLUCION DEL 68

Puede asegurarse que la Revolución del 68 tuvo en origen una pequeña incidencia debido a la incorrección y mala crianza de Bernabé de Varona y Borrero, conocido por "Bembeta" comprobándose el adagio de que pequeñas causas producen grandes efectos". Bembeta tuvo un disgusto en el Liceo de Camagüey, situado en la plaza de armas: en esa época que se celebraban las fiestas de San Juan, fiestas eminentemente populares en que paseando una tarde en su coche, el librero Eduardo Pazo, sargento de caballería, retirado, al pasar por el frente del Liceo, le asestó Bembeta un garbanzo servatana. Pazo dirigiéndose a aquel le pide explicaciones y la contestación que le da fué tirarle la colilla de un cigarro que fumaba. Sublevado Pazo lo desafía y en seguida emprendieron marcha. Con el fin de evitar un resultado terrible le siguieron las personas que se hallaban en "El Liceo" para separarlos y defender a "Bembeta" en caso necesario; pero en ese momento se advierte la presencia de los sargentos de Caballería que habían invadido la plaza compañeros de Pazo para defenderlo en caso de que fuera agredido.

Camagüey se hallaba amenazado de una hecatombe surgida entre cubanos y españoles, una ocurrencia sanjuanescas produjo una tormenta colosal y quizás y sin querer fué lo que dió lugar más tarde a la gran revolución de 1868. Los sargentos y los es-



pañoles que fueron acudiendo a la plaza todo estaban armados, no estándolo ningún cubano; el único era Augusto Arango que llevaba un bastón-estoque pero así, lograron que unos y otros de los contrarios desalojaran la plaza. El Gobernador y demás autoridades tomaron parte favoreciendo a los españoles; se hicieron varios prisioneros y tomaron medidas extremadamente arbitrarias y antipolíticas.

La noticia de este serio acontecimiento llegó excesivamente exagerada a todos los pueblos de la Isla. Como diera la casualidad de encontrarse en Bayamo el joven Fernando Agüero y Betancourt conocido por Napoleón, al llegar a su conocimiento el hecho ocurrido sumamente aumentado determinó hacer que se prepararan los patriotas bayameses para lo que pudiera ocurrir en la ciudad hermana. Los de Bayamo no sólo se identificaron con la idea de Agüero si no que ocurrieron a los de Cuba en igual demanda.

Desde ese momento empezó Agüero a conspirar sin careta y apoyado por la juventud bayamesa se formaron Clubs integrados por los principales habitantes de Bayamo, los que tenían al poco tiempo un considerable número de prosélitos dispuestos a seguir el rumbo que tomaran los directores de las masas populares.

El Gobernador de Puerto Príncipe mandó a que se cerrara 'El Liceo', e que volvió a abrir sus puertas a solicitud de respetables personalidades que se personaron a obtener su apertura.

El Liceo venía a ser la cuna de la Revolución y en él se acordó la necesidad que tenían los camagüeyanos de prepararse para hacer frente a cualquier acontecimiento que en lo adelante pudiera surgir con los españoles militares. Al efecto se reunieron Miguel Betancourt, Carlos Loret de Mola y Varona, y Salvador de Cisneros Betancourt, conviniendo tener una junta y determinar lo que debía de hacerse. Aquella se tuvo en la casa de Cisneros pero sin éxito por el escaso número de concurrentes citándose nuevamente para otra que tendría lugar en la Quinta San Miguel a media legua de la ciudad.

A esa segunda reunión asistió un buen número de camagüeyanos y se acordó nombrar una Junta Revolucionaria formada por don Manuel Ramón Silva, Barbieri, Carlos de Varona de la Torre, Napoleón Arango Agüero y Salvador de C. Betancourt. Esta junta nada hizo que merezca mencionarse.

Contra mar y viento se publicaba un periódico de propaganda revolucionaria titulado "El Camagüey". Eran sus redactores Francisco María Rubalcava e Ignacio de Miranda y Agramonte y su administración estaba a cargo de Salvador Cisneros Betancourt.

En el año de 1867 se estableció la Logia Tinima en toda forma alcanzando en pocos meses más de setenta miembros. Denunciada su existencia y asaltada fueron presos Salvador Cisneros Betancourt, Adolfo de Varona y de la Pesa y Miguel Betancourt, los que tuvieron la Ciudad por Cárcel.

En el mes de Julio se recibió en la Logia Tinima una comunicación por conducto del h.: Ma. Rubalcava, solicitando secundara el Camagüey el movimiento revolucionario que se intentaba llevar a efecto por todo Oriente y citábasele para una reunión que se celebraría el 3 de agosto en San Miguel de Rompe entre Tunas y Camagüey para ponerse todos de acuerdo.

A esa junta asistieron Francisco Vicente Aguilera, Pedro Figueredo, Carlos Manuel de Céspedes, Vicente García, los comisionados de Oriente y por Camagüey, Salvador Cisneros Betancourt y Carlos L. de Mola y Varona. Céspedes expuso como Presidente de Orden que Oriente tenía acordado levantarse en armas contra el Gobierno español el día 3 de septiembre por lo que se invitaba al Camagüey para ver si los ayudaban. Una negativa fué la respuesta de los comisionados.

Con la contestación dada se procedió a una "Junta Gral. Revolucionaria" saliendo elegido como Presidente, Francisco V. Aguilera, Secretario Francisco Maceo Osorio y Tesorero, N. Figueredo, no quedando el Camagüey comprometido a nada. El Presidente Aguilera antes de cerrar la sesión manifestó que sería conveniente hicieran un esfuerzo los camagüeyanos para acompañar a Oriente en el movimiento a lo que accedieron los representantes Cisneros y Loret de Mola, acordando volverse a reunir la Junta Revolucionaria para determinar definitivamente lo concerniente al movimiento.

Considerando el Presidente Aguilera que el Camagüey estaba en mejores condiciones comisionó a sus representantes para que tratasen de comprar el armamento que había en Nassau y al propio tiempo vieran con las Villas y Occidente si secundaban el movimiento y que trataran de ponerse en contacto con los de la Habana. Con qué elementos contaba Bayamo para levantarse en armas? Carecía de de armas y pertrechos y no había obtenido del Camagüey su promesa de secundarle; y lo más alarmante era que las Villas y Occidente no tenían hasta aquellos días noticias de los trabajos orientales.

Camagüey aceptó la comisión de tratar de comprar el armamento indicado nombrando a los patriotas Manuel Boza y Agramonte y a su hermano Jerónimo Gregorio y Juan Nepomuceno, para efectuar su adquisición; también nombró al antiguo revolucio-

7

nario. Pedro Nolazco de Zayas para que adquiriera la voluntad de los Villarema; los que no aceptaron contraer compromisos y Cisneros Betancourt pasó a la Habana, no solo para conferenciar con los miembros de algunas logias; como para ponerse a la voz con don Miguel Aldama y el Lcdo. Morales Lemus porque eran los principales revolucionarios habaneros.

Cisneros fué muy bien recibido por los masones revolucionarios, así como por Aldama y Morales Lemus; quedando todos complacidos al saber que hasta después de la zafra del año 69, no habría levantamiento; y que nada aún se había acordado respecto a la esclavitud.

Morales Lemus acogió con entusiasmo todo lo expuesto por Cisneros autorizándole para que al dar cuenta de su cometido, digera: que estaban dispuestos ellos a facilitarles todos los recursos que necesitaran y asegurada además que las Villas aceptarían el movimiento.

La Junta revolucionaria del Camagüey fué nuevamente reformada en virtud de que los que la constituyan muy poco habían designado para constituir la con el D. Juan Guzmán y Barnes, Dr. José Ramón Boza y Miranda, y Carlos de Varona y de la Torre y como intermediario a Salvador Cisneros.

El ciudadano Salvador de Cisneros Betancourt como se lee en el penúltimo párrafo estaba en la Habana, había asegurado a Aldama y Lemus por, estar en esa inteligencia, que la sublevación no tendrá efecto hasta el año de 1839, y en ese mismo concepto recorría la Isla Francisco Javier de Cisneros, que había visitado el Camagüey en la primera quincena del mes de septiembre retirándose gratamente satisfecho de los informes relacionados con el movimiento revolucionario que suministrara el licenciado Ignacio Agramonte Loynaz.

El día 10 de Octubre de 1868 habiéndose Cisneros Betancourt en la morada del licenciado José Ramón Betancourt, fueron ambos sorprendidos por la noticia que les llevó Manuel de Armas; de que en Yara se habían levantado proclamando la Independencia, lo que sabía por el parte telegráfico que había recibido el Capitán General.

El telegrama recibido decía: "En el poblado de Yara, jurisdicción de Bayamo, se ha levantado una partida de bandidos a cuya cabeza se encuentra un tal Pedro Aguilera y un licenciado en Derecho de la mala muerte, de Manzanillo, Carlos Manuel de Céspedes. Las fuerzas del Gobierno la persiguen." Este telegrama fué impreso y fijado en varias esquinas de las calles de la Habana.

El ciudadano Salvador Cisneros Betancourt comprendiendo la situación

crítica en que podían verse los pronunciados le pasó un telegrama amañado a Ignacio Mora de la Pera para que desde Camagüey avisara de la misma manera a Bayamo. Así lo hizo Mora y ovitó con ésto que Campillo no los cogiese desprevenidos.

En la noche del día 10 vuelve Cisneros a entrevistarse con Morales Lemus asegurándose que era cierto el movimiento en Yara.

La respuesta que aquel dió a Cisneros fué: "Es preciso, necesario que usted con toda urgencia embarque para el Camagüey para que secunden el movimiento, pues no es posible dejar solos a los orientales; desde acá les facilitaremos todos los recursos que necesiten ustedes".

Hasta el 24 de Octubre no le fué posible embarcar a Cisneros; informándose al llegar al Camagüey que de Nassau no habían llegado las armas y que otros inconvenientes imprevistos le hacían imposible levantarse en armas al Camagüey.

El Lcdo. José Ramón Betancourt, en telegrama combinado informa con fecha 2 de Noviembre que por el vapor que salía de la Habana ese día para Nuevitas y que llegaría el 6, iban 1.500 rifles pedidos y debía evitarse que llegara a poder de los españoles.

El día 3 en la noche el ciudadano Cisneros como Representante de la Junta Revolucionaria del Camagüey, cansado de esperar en el Liceo a los patriotas Augusto Arango Agüero y Manuel Osa y Agramonte a los que con urgencia aguardaba y el tiempo apremiaba y se hacía necesario tomar una pronta resolución; nombró accidentalmente a Jerónimo Boza Agramonte para que en la madrugada del día 4 de Noviembre se situaran en el río de "Las Clavellinas", camino de San Miguel de Nuevitas poniéndose al frente de los individuos que allí encontrara y que en la presencia de éstos abriera las comunicaciones que se le daban y de acuerdo con éstas y las instrucciones anexas procediera en todo conforme a su contenido.

En nuestra edición del jueves próximo terminaremos este trabajo, dando los últimos datos que poseemos de aquella épica jornada.



LOS PUEBLOS QUE NO SABEN HONRAR LA MEMORIA DE LOS HEROES Y MARTI
RES DE LOS CONQUISTADORES DE SUS LIBERTADES, NO SON DIGNOS DEL
DISFRUTE DE ESTAS.

Hoy finalizan nuestros apuntes para la historia, sobre Camagüey revo- lucionario, en el lapsus de tiempo comprendido entre los años de 1812 a 1868.

(Por JOSE CAMILO PEREZ)

Terminamos hoy nuestros apuntes para la historia acerca de Camagüey Revolucionario, en el lapsus de tiempo comprendido entre los años de 1812 a 1868, y volvemos a reiterar súplica a los lectores de que se sirvan rectificar cualquier error en que hayamos incurrido, con lo cual se prestará un servicio a nuestra patria.

Aún cuando el legendario Camagüey no necesita estímulos para nada que tenga relación con sus próceres, diremos una vez más que los pueblos que saben amar y honrar debidamente la memoria de los héroes y mártires de las conquistas de sus libertades, se hacen dignos del disfrute de ésta.

Llenado por Cisneros todo lo relacionado con la comisión a Boza, se dirige en alta voz a todos los concurrentes en el Iiceo y les dice, que esperaba que todo el que privase de cubano debía de encontrarse al día siguiente en el lugar mencionado de "Las Clavellinas" con las armas que tuvieran y que allí se les enteraría del objeto con que se reunían. El señor Melchor Batista y Caballero hizo todo lo posible para que no se fueran para el campo, pero Cisneros volvió a repetir la orden al día siguiente 4 de noviembre, se hallaban en el lugar indicado 76 patriotas, miembros todos de las primeras familias camagüeyanas.

El 2 de agosto de 1867, se reunieron los prestigiosos bayameses Francisco Vicente Aguilera, Manuel Anastasio del mismo apellido y el licenciado Francisco Maceo Osorio en la morada de éste para acordar y llevar a efecto un levantamiento contra la dominación española. En poco tiempo toda la parte oriental era revolucionaria. Las Logías masónicas proporcionaban numerosos adeptos a la labor emprendida. Era tal la decisión de los orientales que había que contenerla para evitar que provocaran un movimiento que en su resultado sería contraproducente. Véase cuál era la comprometida situación de los tres patriotas Aguilera y Maceo, en agosto del 68. Luis Figueredo con 300 hombres se hallaba preparado para atacar a Holguín. Pancho Ruibalcaza se acercaba a las Tunas y Angel Mestre y Juan Ríos con un contingente de afilados se hallaba oculto en los montes de la Esperanza, esperando órdenes para caer sobre Manzanillo. En Baya-

mo se constituyó por sufragio una junta general compuesta por Francisco V. Aguilera, licenciado Francisco Maceo Osorio y el licenciado Pedro Figueredo: entre las dependencias de aquella junta, figuraba Carlos Manuel de Céspedes, como delegado en Manzanillo; Belisario Álvarez en Holguín, Vicente García, en las Tunas, Donato Mármol en Jiguani y Manuel Fernández en Santiago de Cuba.

En septiembre del 68 se reunieron todos en calidad de representantes para señalar el día en el que debía hacerse el pronunciamiento. Como en el Camagüey desde mucho antes conspiraban los representantes de la Junta de Ciudadanos, Salvador Cisneros Betancourt y Carlos Loret de Mola se opusieron fuertemente a acceder a que se efectuara el levantamiento por no contar de momento con los recursos necesarios para poder sostenerse en armas ni tener la eficaz cooperación de las Villas y Occidente, y era natural la oposición de un prematuro levantamiento. ¿Con que elementos contaban Bayamo y Oriente? Carecían de recursos pecuniarios, no tenían armas de guerra y mucho menos parque para sostenerse sin armas, ni pertrechos y sin contar con las Villas y Occidente, era exponerse al peligro de perder todos los trabajos realizados para en su oportunidad dar el grito de guerra.

En la junta referida se oyeron opiniones encontrando absurdas algunas. Véase lo que manifestaba la representación de Holguín: pedía un año; la de Bayamo estaba por la espera. Carlos Manuel de Céspedes, Donato Mármol y Jaime Santiesteban que lo eran de Manzanillo estaban por la inmediata declaración de guerra. El resultado de esa junta fue "no recaer acuerdo alguno"; pero se aceptó por todos la primera de la representación de que todos secundarían al que precipitando los acontecimientos se levantara en armas. Bajo juramento solemne quedaron todos comprometidos al exterminio de la dominación española en Cuba.

Después de aquella solemne junta sucedieron otras parciales en la que tuvo lugar el 3 de Octubre en Manzanillo combatiendo el ciudadano Francisco V. Aguilera, el inmediato pronunciamiento expuso entre otras muchas consideraciones que sin armas y sin pertrechos, lanzarse a la guerra

era poner en riesgo la revolución, que en la actualidad no se contaba con dinero y que aguardando algunos días podían contarse con 200.000 o 500.000 pesos. Hicieron peso en el ánimo de los concurrentes, las manifestaciones del gran patricio, pero bien pronto se desvanecieron pues a los tres o cuatro días se fijó el levantamiento para el día 14 ignorándose aún la causa o motivos, que impulsaron al patriota Carlos M. de Céspedes a levantarse en la Demajagua el día 10 de Octubre. La versión más acentuada era que por algunos patriotas fué detenido el correo que llevaba la orden de que fueran reducidos a prisión los conspiradores y que aquel, por falta de vigilancia se había escapado. Céspedes viéndose fracasada la Revolución al enterarse el Gobierno de lo ocurrido, creyó que era de todos modos llegado el momento de proceder pronunciándose con los patriotas que estaban allí reunidos, hallándose en su mayoría mal armados.

La fatalidad ha hecho que no se conozcan los nombres de la mayor parte de los patriotas que estuvieron con Céspedes. Las varias nóminas que se han publicado no están de acuerdo unas con otras. Sabedor Céspedes que el poblado de Yara podía poseer algunas armas y que éste no tenía fuerzas marchó a atacarlo, teniendo la desgracia que se encontrara con una pequeña columna que se hallaba de paso en aquel lugar, la que defendió el pueblo, obligando a los patriotas a desbandarse.

Carlos Manuel vió fracasado su intento y por consiguiente perdidos todos los trabajos elaborados con tan buen éxito para llevar a cabo el movimiento revolucionario. Abatido y decepcionado le encontró el valeroso y táctico general Luis Mariano y Alvarez, el que le reanimó e hizo que Céspedes recogiera a los que se habían dispersado y reunidos todos, el Gral. Luis Mariano y Alvarez le indicó a Carlos Manuel la necesidad de ir sobre Bayamo. Céspedes acepta y avisados Vicente García y Pancho Rubalcaba que habían atacado a las Tunas, Pedro y Luis Figueredo a Cauto, embarcándose Donato Mármol a Jiguani; Francisco Maceo a Guisa y Esteban Estrada al Gabriel, los que tomaron menos a las Tunas. A marcha forzada marcharon todos aquellos jefes con sus respectivas fuerzas a ponerse a las órdenes de Céspedes al que nombraron jefe superior. Bayamo cayó en poder de los patriotas el memorable día 18 de Octubre por medio de una honrosa capitulación. Como ya se ha dicho el ciudadano Salvador Cisneros

se halaba en la Habana, así como los revolucionarios en Camagüey fueron sorprendidos con el levantamiento de Céspedes, Fernando Agüero Betancourt, Bernabé de Varona y el gran propagandista Manuel de Jesús Valdés y Urra (a) Chicho, se levantan a los pocos días y el cuatro de noviembre obediente a la voz del prestigioso Salvador de Cisneros Betancourt, 76 jóvenes de las principales familias de la tierra de Agüero, Zayas, Benítez y Betancourt, saludan la alborada de aquel día al grito de ¡Viva Cuba Libre! en las orillas del poético río de las Clavellinas, los que sin armas ni pertrechos se lanzaban a la guerra cumpliendo la palabra empeñada por sus representantes en la Junta Directiva de Bayamo, de que el Camagüey les secundaría el movimiento que hicieran; aunque creían que debían de hacerse cuando se confiara con dinero, armas y pertrechos de guerra.

Si el pronunciamiento efectuado el 4 de noviembre se realizó con toda felicidad y le siguieron varios días; vino a interponerse en la marcha que llevaba el movimiento la intervención inoportuna que se tomó el ciudadano Napoleón Arango y Agüero, el que dominado en mala hora por una sugestión maléfica, olvidando la historia de patriotas que gozaban sus antepasados los Arango y la de su padre el licenciado Manuel de Jesús y su hijo Agustín así como la de su hermano Dn. Agustín Aurelio y la ejemplar del amado Augusto; pero él sólo quería para Cuba reformas políticas y de ninguna manera la independencia, pero con tan mala fé que trataba de aparecer ante los conspiradores si cabe, más intransigente que ellos, medios de que se valía para no perder las consideraciones que se le guardaban por aquellos.

El afán de Napoleón era alcanzar la designación de jefe de la Revolución de Camagüey, pues con ese carácter tenía oportunidad para ponerse a la voz con los jefes españoles y ser solicitado para que ofreciera a los desahucos concesiones que obtendrían del gobierno español. Camagüey jamás podía aceptar pactar con aquel gobierno que se había más de una vez burlado del pueblo cubano.

Viendo Arango que por fin nada había podido obtener de los camagüeyanos insurreccionados sitó a éstos, así como a sus amigos para una junta que tuvo lugar el 17 de noviembre en las Clavellinas. Muy pocos patriotas concurren a ella. El tema de Napoleón fué el de ofrecer las concesiones que pedía España. Ignacio Mora, Tomás Agramonte, Ravenery y algunos más protestaron de que se les propusieran tan vergonzosas transacciones.



El resultado que dicha junta dió fué el convencimiento de Arango de que los camagüeyanos honrados no entrarían por componendas de ninguna clase.

A Arango no le hizo mella el resultado contraproducente que obtuvo en la junta que había provocado. Retiróse con los que le secundaban engañados por él y en nombre de éstos se entrevistó con Valmaseda, que estaba en Puerto Príncipe. Arango les dijo que los camagüeyanos estaban por la paz y dispuestos a capitular.

Perseverante Napoleón en su malhadada idea y no creyéndose aún derrotado convoca para una segunda reunión en el Paradero de Las Minas que tendría lugar el 25 de Noviembre.

A esta reunión acudieron un admirable número de revolucionarios, que conociendo las intrigas y el fin con que provocaba a ellas, quisieron estar presente para combatirlo y desechar toda idea que le presentara separándose del ideal de la independencia.

Arango tuvo que oír esa noche graves censuras para su conducta como patriota y el gran Ignacio Agramonte con enérgica y varonil arrogancia le increpa, que con España sólo por medio de las armas podían obtener los cubanos sus ansias de libertad y que de una vez para siempre se acaban las componendas. Los asistentes todos, con muy raras excepciones estuvieron por la guerra. Se nombró al virtuoso patriota Augusto Arango y Agüero, jefe del Ejército y un Comité representativo del gobierno republicano del Camagüey, formado éste por los patriotas Salvador de Cisneros Betancourt y Eduardo Agramonte.

El Comité empezó sus trabajos de organización al siguiente día 27. Napoleón acompañado de algunos engañados le siguieron a su ingenio ubicado en Yaguajay. Algunos de los asistentes a la reunión celebrada en Las Minas regresaron a la ciudad, sumamente contrariados con la derrota de Arango, diciendo que lo que Arango trataba era solamente de salvar al Camagüey.

Informado el Conde Valmaseda, en Vertientes, por Arango de que en el trayecto de ese desembarcadero a la ciudad no sería molestado, le cumplió Napoleón la oferta hecha, logrando que se retiraran del camino las Yaguas en que se habían apostado para atacarlo las fuerzas que comandaban los jefes Manuel Boza, Agramonte y Bernabé de Varona ("Bembeta").

La columna desembarcada en el Surgidero de Vertientes se componía de ochocientos hombres de las tres armas. La tropa venía cansada y con muchos enfermos. Todos los soldados ignoraban el manejo de las armas de precisión de las que iban a servirse los que se conducían en carretas, así como el parque y por un camino cenagoso, y sin embargo pasa el Conde y su columna sin oír sonar un solo tiro, debido únicamente a las pérfidas combinaciones de Arango.

Ya en la ciudad sano y salvo, empieza el Conde a tratar de conseguir el regreso a la Ciudad de los sublevados. Para lograrlo concede un indulto y pone en libertad a los presos políti-

cos. Con el indulto lo que logró fué que regresaran varios de la juventud salida el 4 de noviembre de la ciudad. Mientras que Napoleón no descansaba trabajando por el logro de sus ideales perversos, vencido ya el término por que se había concedido el indulto no solo los que amparados por él habían venido a pasarlo a la ciudad si no otros muchos lo empezaron a abandonar desde la antevíspera de finalizar el término por que fué decretado. Por un lado, sabiendo el Conde que Arango había fracasado en sus planes y que sólo le acompañaban unas doce o catorce personas de las muchas que decía contaba resolvió salir para Nuevitas como lo efectuó el 25 al medio día, llevando 1.500 hombres de tropa por la vía férrea.

En Bonilla lugar distante, seis leguas de la ciudad aguardaban las fuerzas insurrectas al mando del Valiente General Augusto Arango y Agüero, hermano de Napoleón. Valmaseda hizo conocer a los patriotas que llevaba 2.500 hombres; poderosa artillería y les pedía que fueran razonables y abandonaron el temerario intento de oponerle resistencia. iguales manifestaciones hizo estando aún en la ciudad, a los señores Melchor Batista Caballero, Ramón Zaldívar, Francisco Zayas Bazán, Diego de Varona y otros, significándoles que si los camagüeyanos le dejaban libre el tránsito, él llegaría a Bayamo y en 15 días concluiría con los que se hallaban en armas. es,,110a.en,avparrqlond,,de1234 . . .

Al llegar éste a Bonilla, un tiro escapado al patriota José Camero le previene que allí estaban esperándole los patriotas. Iniciase el combate, que duró horas tras horas, sostenido por un corto número de patriotas contra una fuerte columna de 1.500 hombres. La artillería no cesó de hacer disparos y la infantería descargar pero con tal mal éxito que no hubo un sólo muerto, y si dos heridos leves que fueron el doctor Eduardo Agramonte y José Vimanotes; en cambio la fuerza del Conde, según lo publicado en la Historia de la Revolución de Cuba por el general Gelpi y Yero, oficial español tuvo un oficial, nueve soldados muertos y heridos treinta. ;Cuándo esto lo escribe en su historia el general Gelpi, hay que triplicar el número de las bajas sufridas!

Dejemos seguir al Conde y su columna la marcha hacia Nuevitas la que fué varias veces detenida por las fuerzas de los jefes Angel Castillo y Agramonte y Bernabé de Varona, y en Arerillas por la del bravo Pedro Recio y Agramonte al que fué necesario amputarle el brazo izquierdo por haber recibido un balazo en él.



4

La formada de Camagiiey a Nuevitas le causó numerosas bajas entre muertos y heridos a la columna de Valmaseda y la pérdida de casi todo el parque agotado en las descargas continuas con que iba venciendo el camino.

Al llegar a Nuevitas al siguiente día embarcó para la Habana y en esta conferencia con el Capitán General. Pídele aumento de fuerzas para su invasión a Bayamo y parque. Decíase que Lersundi al oírle solicitar parque le dijo: "General Villate o usted ha acabado con los insurrectos camagiieyanos o ha perdido el parque.

Al siguiente día de conferenciar con Lersundi embarca para Nuevitas trayendo para reforzar su columna al batallón de España, otros de voluntarios movilizados llamado de Matanzas y algunos oficiales de reemplazar. Con esta fuerte columna emprendió marcha para Bayamo. El coronel Francisco Acosta y Albear— cubano que en años anteriores había estado en Camagiiey con el batallón que guarnecía la plaza relacionó no sólo con la juventud sino que visitaba las principales familias de aquella exigente sociedad.

A Acosta llegó a tratársele como si fuera hijo de aquel terruño.

En 1852 fué nombrado gobernador de Nuevitas, volviendo a reanudar las amistades íntimas que había dejado; pues bien ese cubano, vino en el mes de noviembre a operar al Camagiiey, como Coronel del Batallón del Orden, llamado irónicamente por estar formado con presidiarios y gente perdida. Con él hizo su entrada en el territorio camagiieyano, habiendo sido derrotado en las Yeguas por los jefes Manuel Boba Agramonte y Bernabé de Varona.—Nbre. 29 de 1868.

El ciudadano Carlos L. de Mola Varona fué el único que salió herido. El 26 de Febrero de 1869, el comité que venía funcionando desde el 26 de noviembre se constituy en Asamblea de Representantes del Centro componiéndose de los ciudadanos, Salvador Cisneros Betancourt y Antonio Zambrana y Eduardo e Ignacio Agramonte, Francisco Sánchez y Betancourt. Llamaba la atención que el Camagiiey estableciera un gobierno aparte del estable-

cido en Bayamo. Obedecía a que el ciudadano Carlos M. de Céspedes fungía en aquel como Capitán General razón por esa misma causa que se estableciese aquella Asamblea eminentemente republicana y promulgara el decreto de que quedaba abolida la esclavitud en Cuba.

El ciudadano Céspedes la había prometido gradualmente, en un manifiesto, para complacer a los dueños de esclavos. El primer decreto dado por la asamblea al constituirse echó por tierra lo que ofreció Carlos Manuel como capitán general en el manifiesto que había dado para satisfacer a los esclavistas y negreros.

En la primera 15a. de Dbre. convocó Carlos Manuel de Céspedes a los que componían el Comité del Centro.

Los representantes del Camagiiey respondieron que era necesario esa separación mientras el ciudadano Céspedes fungiera con el carácter de Capitán General de Oriente y que no podía aceptar que un solo individuo representara el poder Civil y militar, que escogiera uno de los dos.

No aceptado por el ciudadano Céspedes lo propuesto por los representantes del Camagiiey, convinieron ambos prestarse auxilio mutuamente. Y así demostró Camagiiey; que poseedor de mayores elementos de guerra que Oriente hizo cuanto le fué dable por auxiliarle, enviándole 400 carabinas de la expedición del Galvanic que remitió desde Nassau los patriotas Martín del Castillo y Agramonte, Diego Loinaz Arteaga y otros. Al mando de dicha expedición vino el General Manuel de Quesada.

El no haber habido acuerdo entre Oriente y Camagiiey dió lugar a que muchos jefes bayameses pretendieran formar causa común con el último obteniendo por respuesta, una completa negativa. Sin embargo de no haberse fusionado Bayamo y Camagiiey, reinaba la más completa armonía, no sólo entre las autoridades de ambas regiones como también entre los ciudadanos.

El día 7 de Febrero de 1869, respondieron los patriotas de las Villas lanzándose a la Revolución centenares de sus hijos. No pasaron muchos días sin que la Junta Revolucionaria Villareña, formada por los ciudadanos Jerónimo Gutiérrez, Antonio Lorda,



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Tranquilino Valdés, Arcadio Garcéa y Eduardo Machado escoltados por el general Carlos Roloff marchara para el centro con el propósito de tratar de la unificación del país y formar un gobierno netamente nacional.

En las conferencias que aquellos celebraron en Camagüey con los miembros de la asamblea comprendieron la razón que tenían aquellos para no someterse a una dictadura simulada que venía ejerciendo el C. Carlos M. de Céspedes.

De las conferencias obtenidas resultó la convocatoria para reunirse en Guáimaro el jefe del Gobierno de Oriente los representantes de la asamblea del Centro y los de la Junta de Villaclara como representante de Sancti Spiritus, el ciudadano Honorato del Castillo; de Holguín, los ciudadanos Antonio Alcalá y José de Jesús Rodríguez y de Jiguaní, el ciudadano José Ma. Izaguirre, acordándose en definitiva establecer un gobierno general democrático republicano.

En la magna sesión celebrada en aquel memorable día quedó organizada la República de Cuba la Cámara designó que la bandera nacional sería la que enarbolaron los protomártires, Joaquín de Agüero y Narciso López, eligiendo para Presidente de la República al eximio bayamés Carlos Manuel de Céspedes y para General en Jefe al General Manuel de Quesada. El día 12 en sesión solemne recibieron aquellos la investidura de los importantes cargos con que habían sido favorecidos. Se recordará que la asamblea del Camagüey había abolido la esclavitud, pues bien, la Constituyente del 10 de abril declara que todos los habitantes de la República eran libres, así era que quedaban igualados como ciudadanos libres de la república, el blanco, el negro liberto el que se hallaba aún esclavizado así como el chino y todo hombre que estaba bajo el amparo de la bandera de la estrella solitaria la que desde ese día señalaba una nueva era para la patria y al mismo tiempo que estatua que todos los ciudadanos aptos para las armas eran soldados y al que no lo fuera le señalaba puestos en los trabajos agrícolas, talleres y servicios de correos, etc.

El Estado del Camagüey se componía de dos distritos, a saber, las Tunas y Camagüey.

En lo civil era regido por un gobernador y cada distrito por un Teniente Gobernador. Las denominadas Capitanías de partido, eran servidas por un prefecto teniendo cada cuartón de aquellas un subprefecto.

En lo militar estaban al frente del Ejército, tanto del Camagüey como del distrito de las Tunas un Mayor General con sus respectivos jefes de Sanidad, Inspector Cuartel Maestro y Prebostazgo.

Los primeros representantes que tuvo Camagüey fueron los ciudadanos, Salvador Cisneros Betancourt Ednardo Agramonte y Antonio Zambrana.

Gobernador del Estado de Camagüey: doctor Manuel Ramón Silva Barbieri.

Tenientes Gobernadores: Ciudadanos Carlos Loret de Mola y Juan de Nina.

General en Jefe en el Estado de Camagüey: Mayor General Manuel de Quesada Loynaz.

EN EL DISTRITO DE TUNAS:

Mayor General Vicente García.

Cuartel Maestro General: Brigadier Cornelio Porro y Muñoz.

Jefe Superior de Sanidad: doctor Serapio Arteaga Quesada.

Preboste del Estado de Camagüey: Teniente Coronel Francisco de Arredondo Miranda.

Administrador de Correos: Ciudadano Vicente Mora de la Pera.

Director General de Hacienda y Proveedor: Ciudadano Francisco Sánchez Betancourt.

Jefes del taller de Armería: Ciudadanos Esteban Loret de Mola y Varona.

El curso que tomaron los acontecimientos y la forma en que se desarrollaron los planes de guerra de la gloriosa jornada conocida con el nombre de la Guerra Grande, por haberse relatado ya ampliamente en distintas efemérides y ser bien conocida, nos excusamos de hablar sobre ello.

Los Soles de Bolívar

(14, agosto, 1823)

La conspiración conocida con el nombre de "Los Soles de Bolívar," segunda de las que tuvieron efecto en Cuba, precursoras de la primera guerra de independencia, fué descubierta el 14 de agosto de 1823, por una delación y había de traducirse en formidable levantamiento, la noche del 17 de dichos meses.

Cuando tomó el mando de la isla el 2 de mayo anterior, D. Francisco Dionisio Vives, tuvo ocasión de informarse á fondo (son palabras de Vives al ministro de Gobernación, encargado de la Cartera de Ultramar) del carácter de los partidos y del estado de la opinión, dividida ya en "españoles" y "cubanos." El partido "piñerista" compuesto totalmente de españoles, mantenía la constitución y fomentaba la insubordinación, por lo mismo que sabía que Vives estaba resuelto á borrarla en todos sus rastros en la isla.

Y añade Vives: "Estoy informado que desde antes de las elecciones últimas, trabajaba cada partido por dominar en ellas y no hubo ardid que no pusieran en planta para desacreditarse mutuamente y "cuando" los "piñeristas" conocieron que llevaban perdidas las votaciones empezaron á calumniar á cuantos podían ser electores."

Fué, por lo tanto, una fortuna para los peninsulares el descubrimiento de la conspiración de los Soles de Bolívar, porque abolida la Constitución y dispuesto el gobierno á proceder con toda severidad el elemento criollo quedó de hecho anulado por mucho tiempo.

Vives se hallaba perfectamente enterado por un hábil y costoso espionaje de todos los movimientos de los conspiradores, al extremo de poder prenderlos en una sola noche, en visperas de estallar el movimiento.

Historiadores españoles dicen que los conspiradores creyendo á Vives constitucional recurrieron á todo medio anónimo é indirecto para corromper su fidelidad, llegando á ofrecerle el trono de una monarquía disparatada é imposible en la isla.

Pero lo cierto es que gran fortuna fué para los revolucionarios cubanos de entonces que ocupara el gobierno Vives y no un leopardo sediento de sangre. Vives fué siempre piadoso, lleno de energía pero benévolo y sobre todo justo é imparcial hasta donde cabía serlo, en puesto tan comprometido, como se desprende de sus comunicaciones al ministerio en que muchas veces la razón á los cubanos y echaba en cara su defecto de disciplina y falta de respeto al principio de autoridad á los españoles que tanto se jactaban de su lealtad y patriotismo. Historiador tan

templado como Pezuela y tan poco sospechoso de simpatías para el liberalismo cubano, dice que á tal extremo se hallaba preñada de elementos de insurrección y anarquía la isla que prodigiosamente no había desaparecido de ella la dominación española. La milicia nacional (los voluntarios) estaba dividida en criollos y peninsulares "que pocos días antes habían estado á punto de romper uno con otro, con las armas en la mano dentro de la misma plaza."

En la conspiración de los Soles de Bolívar aparecían complicados más de seiscientas personas, reconociéndose como su jefe supremo á don José Francisco Lemus. Los principales conspiradores fueron sorprendidos en sus camas en la noche del 18 al 19 de agosto. Lemus pudo evadir la persecución pero antes de amanecer fué capturado en Guanabacoa.

En unas proclamas sorprendidas, aparecía el nombre de José Francisco Lemus como "generalísimo de la República de Cubanacán." Fué encerrado en un calabozo del cuartel de Belén y en diferentes prisiones, sus compañeros Ignacio Félix del Junco, Andrés Silveria y Rodrigo Martínez, el bachiller don Francisco Correa, autor de las proclamas y los carteles á Pedro Pascasio de Arias, director de la imprenta "Filantrópica," que antes se llamó "Tormentaria" y al tipógrafo José Miguel de Oro, que compuso la plana de dichos impresos. Tam-

LO QUE LA HISTORIA NO CUENTA...

CUANDO CATALUÑA QUISO LIBERTAR A CUBA.

Un plan para volar con dinamita al general Tacón.—Una serie de desórdenes separaría a Cuba de la Metrópoli.—Los acusados.—Denunciada la conspiración por los Capuchinos de La Habana.

Muchos de los acusados murieron en las prisiones.—El «Cuarto del Despotismo».—La actuación del «Abellacado», confidente de Tacón.—Don Vicente Macías.

Una serie de artículos Históricos exclusivos para "El País",
Por Roberto P. de Acevedo y Benito Alonso Artigas.

— I —

PRECISAMENTE el 2 de julio de 1837, el Reverendo Padre Vicario de los Capuchinos de La Habana—Fray Santiago Axea y Cepero—, recibió una misteriosa e impresionante carta, la que trasladó en seguida al también Reverendo Padre Ceferino del Cigoñal, que actuaba como Padre Prefecto Definidor, y padre espiritual, en ausencia del Fray Salustiano Alcedo...

Se trataba de un anónimo donde se denunciaba la existencia de un plan para dar muerte al general Don Miguel Tacón (1) y provocar una serie de desórdenes en La Habana, que culminarían en la independencia de Cuba de acuerdo con ideas sustentadas por los catalanes en aquellos tiempos. Se agregaba en el anónimo, que la conspiración estaba dirigida por la sociedad secreta "Hermanos de la Cadena Triangular y Soles de la Libertad".

La carta fué remitida por los frailes al general Tacón, y como dato curioso histórico, copiamos aquí el escrito que la acompañó:

"Oficio. La religión santa que profesamos y el verdadero Dios, a quien adoramos, son los primeros interesados en que V. P. Rma., ponga en propias manos del Excmo. Sr. Capitán General, el adjunto pliego para que S. Exa., en su vista pueda dictar las providencias que correspondan para asegurar la tranquilidad y libertarse de la muerte. Mi conciencia queda descargada en V. P. Rmos., a quien entrego el citado pliego, como a mi padre espiritual rogándole que sin perder instante lo ponga en manos de S. Exa. Dios que V. P. ma. ms., as. Habana, julio 3 de 1837. Santiago Axea Cepero. Al Sr. P. Prefecto Definido Gral. Fray Salustiano Alcedo y en su ausencia al Rev. P. Fray Ceferino del Cigoñal".

Sepamos ahora a cuales personas se acusaba directamente, en el anónimo, como nombrados para provocar la muerte del general Tacón. He aquí la lista completa, tomada de la original existente en los archivos de Cuba

"Juan Cheza, vago; Clemente Calero, procurador; Melchor Tabares, jugador; Nicolás de Torres Gamboa, vago; Francisco Machado, jugador; Rafael Martínez Hernández; José de Jesús Valdés; Víctor O'Hallorans, Sargento de Rurales; Juan Nepomuceno Castro, Teniente Pedanso del pueblo



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

del Santo Cristo de la Salud; José Mena, conocido por "El Manco", que vende pañuelitos en las plazas; Rafael Mena; Joaquín Lazcano, Abogado; Dámaso Pérez, Bachiller; Francisco Pulgarón, escribiente; Rafael García; Francisco Escalado y Bonifacio; Juan Arteché, "hijo del Padre Cernada del Convento de los Padres de Santo Domingo"; Juan Orduña, de la Escribanía de Difuntos; Nicasio Pita; Juan Semanar, "catalán y petardista"; Pablo Mata y Bruno Martínez".

El apresuramiento de los religiosos en trasladar al anónimo al Capitán General era comprensible, entre otras razones porque en Barcelona y en ciertas ciudades catalanas los revolucionarios habían penetrado en los conventos, arrasando y quemando muchos de ellos y cometiendo diversos hechos de sangre.

— II —

TAN PRONTO el general Tacón recibió el oficio de los frailes y el anónimo, se ordenó el arresto de los acusados, siendo sus cabezas puestas a precio mediante cedulones. Muchos de los comprometidos fueron presos. Otros se escondieron o lograron marcharse del país.

En el curso de las investigaciones se afirmó que don Manuel Hernández Valladares y don Nazareno de la Paz fueron invitados a participar en la conspiración. Detenidos esos dos señores, ratificaron la existencia del plan, comprometiendo seriamente a todos los acusados y a otras personas, entre ellas a don José Córdova y don Vicente Macías, (2), ambos residentes en la La Salud.

El atentado a Tacón se realizaría en la siguiente forma: haciéndose volar con dos barriles de pólvora, cuando el coche del general cruzara por el puente de la Puerta de Monserrate. El explosivo se colocaría en una de las bases del puente, junto al primer arco. Después, "se iniciaría el saqueo de la ciudad; los conspiradores asaltarían la Cárcel Nueva, los presos serían libertados, se apoderarían de los conventos, y Cuba quedaría separada de la Metrópoli"...

Los encargados de hacer explotar los barriles de pólvora eran: Pablo Mata, "catalán que vivía en una casa frente a la estatua de Carlos III, en los altos de una tienda denominada "La Primera de Extramuros", y don Bruno Martínez, que vivía con una morena libre, frente al Arsenal". Este Bruno Martínez también era catalán.

— III —

En manos del Capitán General y de la "Comisión Militar" todos los hilos de la conspiración, pronto se supo que uno de los acusados—José García Fernández, que "vivía en el barrio de San Lázaro, junto al Hoyo de la Cantera del Inglés, extramuros, casado con Doña Carlota Pastoriza y vecino pró-



ximo a la casa que habitaba la familia del Padre Pacheco, Prior de San Juan de Dios—era la persona que trajo de Cataluña los pliegos con las instrucciones cerradas para los cabecillas de la conspiración.

Por otro lado, los miembros del “Muy Dignísimo Cuerpo de Serenos de La Habana” ocuparon proclamas y pasquines en diversos puntos de la ciudad. Esos documentos, a pesar de datar su confección de más de cien años, se conservan todavía perfectamente. Están redactados en duros pergaminos, con caracteres de letras mayúsculas unos, y otros con trazos rectales perfectos, hechos con mano firme. Muchos de los pasquines están adornados y sombreados.

Una de las proclamas fué hallada en la calle de Obispo, frente a la casa número 99; otra en la calle de San Ignacio, y también apareció un pasquín clavado en una botica de la calle de Obrapia.

Dice una de las proclamas:

“Habaneros: Tacón va a coronar en esta ciudad a su Rey Carlos V, y le ha hecho su quinta de Recreo, estad atentos. ¡Qué muera el tirano!”

Y otra:

“Mueran Tacón y Pinillos, asesinos de la Patria, ladrones sin honor. ¡Déspotas!”

He aquí lo que se lee escrito en uno de los pasquines:

“Viva Tacón, pero para que sea arrastrado públicamente, cuando lo quiten de Gobernador, para que parta piedras chinas con Moya y Somena. ¡Cajigal juró la Constitución a la fuerza y Tacón a puñaladas!”

Todos los detenidos por esta causa permanecieron mucho tiempo en las prisiones muriendo muchos de ellos. Las actuaciones se remitieron a España con el objeto de alargar la prisión e incomunicación de los detenidos mediante el “papeleo”. Hemos leído una instancia de Juan Francisco Toledo a nombre de su esposa María de la Luz Córdova, fechada un año y medio después de haber sido detenido el padre de ésta, en la que suplicaba se le permitiese ver al autor de sus días, que había sido arrestado en una finca del pueblo de La Salud y conducido a la cárcel de La Habana. Invocaba el nombre de Dios y pedía, por humanidad, la excarcelación del incomunicado.

— IV —

Pero la furia de Tacón se concentró especialmente en la persona de uno de los detenidos, el José García Fernández, acusado de haber traído los pliegos de Cataluña. Se le remitió al Hospital de “San Juan de Dios”, pretextándose que estaba enfermo del pecho, “debido a los fríos sufridos en Norte América”. Allí se le recluyó en el “Cuarto del Despotismo”, así llamado, porque los seres que tenían la desgracia de ingresar en el mismo eran vejados y maltratados cruelmente, falleciendo casi todos al poco tiempo de ingresados. El 13 de agosto de 1837 murió José García Fernández en el “Cuarto del Despotismo”. Hay un informe del Enfermero Mayor, Fray Francisco de Escarrás, donde se certifica que García Fernández “había perecido de muerte natural”. Otros presos fueron internados en los demás calabozos del Hospital de “San Juan de Dios”. Muchos de estos se consideraron, más tarde, como “desaparecidos”, es decir, asesinados.



Una prueba contra José García Fernández—que resultó definitiva en cuanto a sus ideas contra Tacón—fué brindada al Juez Instructor por un tal José Ildefonso Suárez, señalado por el alias “El Abellacado” y con reputación de ser el mayor “chota” de aquellos tiempos al servicio del gobierno. “El Abellacado” presentó una carta que le dirigió José García Fernández, desde New Orleans, en 2 de diciembre de 1836, donde se decían pestes de Tacón, y el remitente se confesaba como uno de los más esforzados defensores de la independencia de Cuba. García Fernández nunca pensó que al regresar a Cuba sería delatado por el “Abellacado”, maxime cuando ignoraba que éste fuese confidente de Tacón.

En cuanto a Don Vicente Macías, también fué ingresado en el hospital de “San Juan de Dios”, permaneciendo allí hasta fines de septiembre de 1838 en que fué libertado.

Vulgarmente se conoce este episodio histórico, cuyos pormenores ofrecemos ahora al público por primera vez, como la “Conspiración de los Catalanes”.

(1) Miguel Tacón y Rosique, Duque de Unión de Cuba y Conde de Bayamo. General de Marina, fué nombrado Capitán General Gobernador Político de Cuba en 1834. Gobernó hasta el 22 de abril de 1838. Fué uno de los hombres más fatales para los cubanos. Lo que hizo en favor de nuestro ornato público no neutraliza la crueldad de sus sentimientos. En ese sentido, se parecía mucho a los actuales dictadores europeos.

(2) Padre de Don Antonio Macías, destacada personalidad del pueblo de La Salud, muriendo en esa localidad pocos años antes de 1900. Su hija María, fué eminente educadora cubana.

Padre de Don Antonio Macías



LA CONSPIRACION DE LA ESCALERA.

Por Luís R. Cabrera.

LOS colonos españoles en tierras de América, poco amigos del trabajo personal necesitaron, para la explotación de las tierras y las minas de que despojaron a los indios, de brazos baratos, que les permitieran enriquecerse con mayor facilidad. La esclavitud negra, entronizada en América desde los primeros tiempos de la conquista, facilitó al europeo y al criollo blanco un tipo de trabajador, considerado, más que como hombre, como una verdadera cosa, tan instrumento de trabajo como la bestia de carga o el rústico trapiche.

El negro, arrancado de su patria, vendido como esclavo, tratado al igual que las bestias, no pudo ser un acatador de la ley colonial, en él tenían que encontrarse siempre latente la rebeldía y el odio contra los que le oprimían y explotaban. No podía ser en manera alguna, respetuoso de una ley que hacía de él un objeto de cambio; una ley que autorizaba al amo blanco para saciar en las negras de su dotación todos sus instintos, espoleados por el sol del trópico y la canícula vergonzosa de las noches estivales.

Esto no fué desconocido de muchos hombres blancos y cubanos hubo, que para combatir la esclavitud, emplearon como medios, no la crítica del sistema por lo que en sí mismo tenía de cruel e inhumano; sino haciendo aparecer ante los ojos de sus contemporáneos el peligro latente que representaban muchos millares de negros que en un momento dado, prevaletidos de la superioridad numérica que siempre tuvieron sobre la población blanca, podían intentar aniquilar a ésta y establecer, después de una sangrienta matanza, un estado negro en esta feraz y próspera colonia hispana.

Desde los primeros tiempos de la colonia hubo rebeliones de esclavos. No podemos hacer, ni siquiera someramente, relación de las mismas. Sólo diremos que siempre tuvieron idéntica causa: el mal trato, las vejaciones, los castigos que recibían los esclavos, e igual fin: romper las cadenas de la esclavitud y lograr vivir como hombres libres, como seres humanos en una tierra, donde hasta entonces, sólo había para ellos, el lado doloroso de la vida.

Los años pasaron y ya casi al finalizar la primera mitad del siglo XIX, tuvieron los negros en Cuba un momento de esperanza. Ya Inglaterra había conminado a España para el cese de la esclavitud y el gabinete de Lord Palmerston envió a La Habana, como cónsul, a un abolicionista declarado: David Turnbull, cuya llegada causó sumo recelo entre los esclavistas españoles, que veían en el Tratado Webster-Ashburton, una amenaza de muerte para sus intereses.

Los trabajos de Turnbull tuvieron un doble fin: el lograr la independencia de la

isla, cosa a que aspiraban ya algunos cubanos blancos y a suprimir la esclavitud: ansia colectiva de la población negra. Sagazmente lograba así, el representante consular británico, atraerse a las dos grandes corrientes de la población. Pero como de todos es sabido, sus trabajos fracasaron; fué relevado de su cargo al cesar Palmerston en el gobierno y sus planes no sólo dieron origen a un acrecentamiento de la corriente anexionista, pues los cubanos blancos temerosos del fantasma negro, volvieron sus ojos a los Estados Unidos, sino también crearon un estado de verdadera desesperación entre la población negra, que viendo deshacerse sus últimas esperanzas, hubo de apelar, en más de una ocasión a las armas, como recurso supremo con que lograr el reconocimiento de sus ansias de liberación.

Así las cosas, vino a gobernar a Cuba el general O'Donnell, el mismo que merecería el nada halagador título de "el leopardo de Lucena" y desde su llegada estaba el general español en la firme creencia de que se preparaba en la isla, un levantamiento en masa de las dotaciones de esclavos, que intentarían reeditar en Cuba los sangrientos acontecimientos que ensombrecieron, años antes, la colonia francesa de Haití.

En noviembre de 1843, la dotación del ingenio "Triunvirato", en la provincia de Matanzas, se sublevó contra sus amos; los esclavos siguieron a otras fincas e ingenios como "La Concepción", "San Miguel" y "San Lorenzo", sumándose adeptos, hasta que fueron, más que vencidos, destrozados por las tropas y civiles españoles en la finca "San Rafael". A pesar del sangriento epílogo de esta asonada, hubo otro conato de rebelión en el ingenio "Trinidad" de Santa Cruz de Oviedo que fué comisionado por O'Donnell, para que en unión del teniente de milicia, Francisco Hernández Morejón, persiguiese a los presuntos rebeldes, dieciséis de los cuales fueron ejecutados el día 23 de diciembre de 1843, dos días antes del de Navidad, fecha, que se decía, era la señalada para el alzamiento.

Pero Santa Cruz de Oviedo, hombre inculto y presto siempre a castigar toda rebeldía de sus esclavos, declaró más tarde que una de sus negras, con quien cohabitaba, le había manifestado la existencia de una nueva conspiración entre las dotaciones de sus fincas. Llovieron entonces las denuncias: los dueños de ingenios veían por todas partes alzarse el fantasma de la rebelión; muchos sintieron, tal vez en su terror, el frío acerado de la mocha de labor, seccionándoles la garganta y O'Donnell, que pudo convencerse pronto de que tal re-

2

belión no existía, quiso explotar el terror producido entre la población blanca y ordenó el establecimiento de una Comisión Militar que investigase y juzgase los sucesos, colocando al frente de la misma al brigadier Fulgencio Salas.

Nació así, más en la mente atemorizada de unos cuantos propietarios, que en la realidad de los hechos, la conspiración que habría de llamarse de la Escalera y que ha pasado a la historia como símbolo de la crueldad de los hombres que intervinieron en la persecución de los que se estimó, estaban comprometidos en la misma.

Decíamos que O'Donnell quiso explotar la presunta conspiración para sus fines políticos y así fué en efecto. Por el terror, el látigo y la muerte se deshacía el procónsul de la población negra, en lo que tenía de más representativo; aprovechando el pánico que la noticia de la sublevación produjo entre los blancos siempre temerosos de una asonada de los negros, se libraba de la parte blanca de la población, que sintiéndose compadecida de la muerte de los negros esclavos, dejaba de estarlo, en cuanto pensaba que estos podían ser una amenaza para sus haciendas y sus vidas.

Los negreros, los esclavistas aprovecharon igualmente la ocasión para atacar a quienes de manera desinteresada se habían puesto siempre frente a la esclavitud y achacando el movimiento a la dirección de Turnbull se valieron de ello para tratar de complicar en el mismo a los hombres blancos que habían sido sus amigos o que habían dejado oír su voz contra los crímenes de la esclavitud. Contáronse entre ellos: Luz y Caballero, Domingo Del Monte, José Antonio Echevarría, Martínez Serrano, Tanco y otros.

Pero, como había que buscar también hombres de color, a quienes endigar una participación más activa en la conspiración, fueron escogidos aquellos que por una razón u por otra resultaban más distinguidos entre la población de negros libres. Y así fueron encausados: el poeta Plácido, el dentista Dodge; el violinista José Miguel Román; Santiago Pimienta, rico propietario y algunos otros.

La participación de Plácido en esta conspiración, así como la existencia de la conjura misma, han sido de los interrogantes más acuciosamente estudiados en nuestra historia. Si bien es cierto que los contemporáneos de aquellos sucesos y algunos de los propios encausados, como Luz y Saco entre otros, creyeron en la verdad de la versión gubernamental, los cubanos de épocas posteriores miraron con cierta descom-

fianza la aseveración española y se estimó con muchísima razón que no hubo tal conspiración, a lo menos en el sentido político, y que mucho menos fué Gabriel de la Concepción Valdés, el principal dirigente de la misma, acusación por la cual perdió la vida el cantor de Xicotencal.

Si estudiamos, un poco nada más, la vida del poeta; si observamos de pasada su producción poética observaremos enseguida que muy poca cosa hay en ambas que nos sirvan para darle filiación revolucionaria y ni siquiera negrófila. Plácido, hijo de los amores de una española con un pardo cuarterón peluquero, era lo que en la complicada denominación racial de la época se

nombraba un octerón, es decir, de muy escasa sangre negra en sus venas y como sucede casi siempre en estos casos, renegaba de la misma y todas sus afecciones se dirigían siempre a la raza de su madre, la bailarina española que concibióle en un momento de debilidad por el pardo peluquero pero que nunca fué muy adepta al fruto de aquellos relampagueantes amores.

Plácido, por sentimiento o por necesidad, cantó en sus versos a los monarcas y a los grandes de España, sus sentimientos y amistades estaban entre los blancos y si Fela y Gila, los dos grandes amores de su vida, fueron mujeres negras, eso no echó abajo la tesis, pues que la historia nos da ejemplo de hombres blancos que amaron apasionadamente a mujeres de raza negra, cosa que por demás, vemos multiplicarse a la saciedad en nuestros días.

El propio poeta se encarga de negar su participación en la conjura. En los versos de la conocidísima Plegaria habla de "caiumnia" de "velo ignominioso" y proclama su inocencia y nunca, ni una vez conuenado, acepta su participación en el movimiento, cosa que de ser cierta hubiera debido ser para él, timbre de orgullo, como lo fué para otros que como López y Goicuría, aun en el patíbulo, hicieron patente su fe en los destinos de Cuba.

Plácido no hace nada de esto. Sólo se limita a declarar en todos los tonos que es inocente y si hizo declaraciones que comprometían a otros individuos, inclusive a Luz, es de creer que ellas fueron arrancadas por la promesa de un perdón que no se le pensaba otorgar, o por el terror que hizo presa en muchos de los encartados en la conspiración.

Este terror fué hijo legítimo de los medios empleados para acabar con la conjura. Jamás en la historia colonial, se había utilizado el tormento para arrancar de boca de los acusados, confesiones que no podían hacer, puesto que en su mayoría nada sabían. A un cuarto de milla de la Calza-

da de Esteban, en el batey de la llamada "Estancia de Soto", existía un amplio ca- serón utilizado como almacén y el cual fué escogido como escenario de aquellos hor- rrendos suplicios, en que los negros, ata- dos a la escalera, eran despedazados a lati- gazos, para que respondieran a las interro- gaciones tendenciosas de los fiscales, ávidos de lograr una confesión o una denuncia. Los que sobrevivían al tormento eran con- ducidos a un hospital improvisado en la casa conocida por de Espínola, de donde sa- lian diariamente tres o cuatro cadáveres para el cementerio, haciéndose aparecer que habían muerto de diarrea.

Pero a pesar de los numerosos negros que murieron en la escalera, la justicia necesitaba un escarmiento más público y mayor y por ello condenó a muerte a nu- merosas personas, iniciándose las ejecu- ciones con once de los más connotados hom- bres de color de la población, los cuales fueron fusilados por la espalda el 28 de junio. Fueron ellos además de Plácido: Andrés José Dodge, Santiago Pimienta, Jo- sé Manuel Román, Jorge López, Pedro de la Torre, Manuel Quiñones, Antonio Abad, Bruno Izquierdo, Miguel Naranjo y José de la O. García.

Más de cuatro mil personas fueron com- plicadas en los sucesos, de las cuales 78 fueron ejecutadas y 600 condenadas a pre- sidio. A estos 78 mártires, hay que aña- dir los casi cuatrocientos que murieron en el suplicio, o a resultas del mismo.

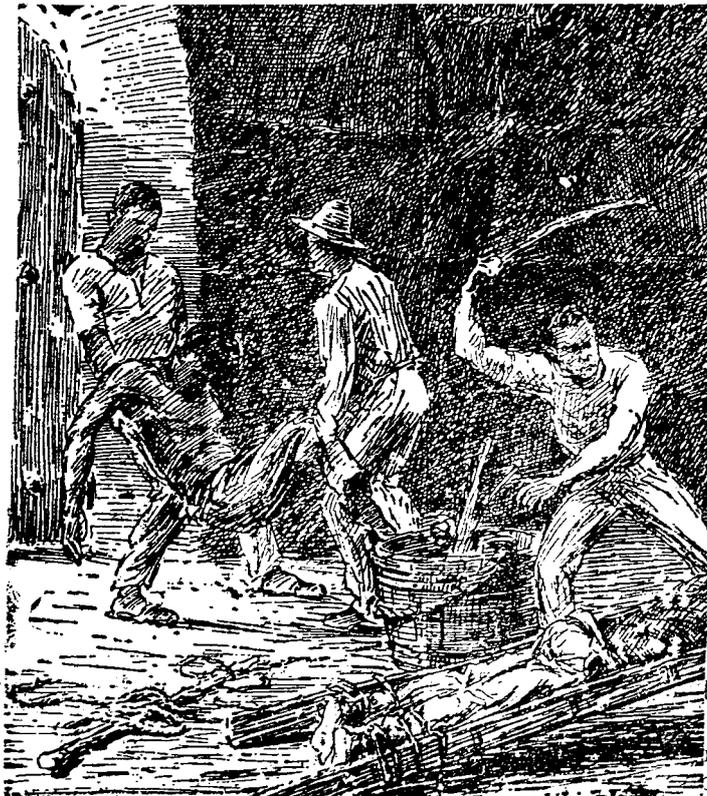
Así, la conspiración, que no pudo como otras llevar un nombre dado por sus par- ticipantes, sino que ha pasado a la historia con el del instrumento de tortura emplea- do por los españoles para reprimirla, ahogó en sangre las ansias de liberación de la po- blación negra del país y mató en flor los buenos deseos de parte de la población blanca que vió entonces en los esclavos, no a hombres explotados, sino a seres sedien- tos de venganza a los que había que exter- minar para que no se convirtiesen a su vez en exterminadores y verdugos.

Los favorecidos, a la postre, fueron los esclavistas. Aunque no pudieron aniqui- lar ni a Luz, ni a Del Monte, ni a los otros acusados de raza blanca que fueron al fin exonerados, lograron que el gobierno espa- ñol garantizase la propiedad de los escla- vos con la eliminación de la facultad britá- nica para investigar sobre la misma. Con la ley de dos de marzo de 1845 quedaba

garantizada la posesión de un esclavo, eli- minándose por completo el peligro de la emancipación en masa. Ganó también el gobierno, pues, tranquilos en cuanto a sus bienes, los esclavistas dejaron de coque- tear con la anexión y continuaron adictos a España. Y en cierta forma ganó tam- bién la idea de la independencía, porque aunque muerto por una libertad por la que no luchó, Plácido fué utilizado después, como una bandera más de rebeldía y su sangre contribuyó a colmar la copa del des- contento insular contra la dominación his- pana.

Los que sí perdieron y mucho, fueron los hombres negros, que vieron de qué forma pagarían sus intentos de liberación; los al- zamientos de las dotaciones en ingenios y cafetales se suspendieron ante lo sangrien- to de la represalia con que finiquitó O' Donnell la llamada Conspiración de la Es- calera y la libertad de los negros se vió pospuesta para una fecha que ellos no se atrevían a vaticinar. Poco habían de espe- rar sin embargo. Se acercaba ya la albo- rada de Yara, inicio de una contienda, en que conquistarían al precio de su sangre, junto a sus antiguos amos, el derecho de llamarse libres.

Manuel Quiñones 25/x



Un apunte de Hernández Giménez. Importante. Eso si se analiza

Hoy, junio 21/44

... las arcas, del espíritu... inquietud avacista de la j... cubana, no siempre debe...arse pasar la oportunidad de e...gua sobre esa humedad. Ello...a —aunque parezca paradój... papel importante y no serí...agerados si aseguramos qu...erto sentido, es deber de la...a ayudar a los jóvenes a ori...cción y a honrar su tradició...cha y de progreso.

Todos los episodios de cierta...ificación histórica en el curso...da cubana, demuestran clara...e la trascendencia del brazo...ante de la juventud. En nu...aso, a esta inquietud bioló...—determinada por la edad en...uena parte— se unen los ejem...picos de los jóvenes de ayer, ...nos por ejemplo, Agramonte, ... Macéo, Agüero, Crombet, o...a, Villena, Trejo, Torriente E...te., etc.

Quizás —y es de suponer qu... ocurra— para muchos el Com...o Patriótico de la Juventud O...a, juegue un papel relativam... importante. Eso si se analiza



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA



Un apunte de Hernández Giró. La Conspiración de la Escalera

Orígenes y Consecuencia de la Conspiración de la Escalera

Serafín Portuondo Linares

El incremento que tomaron las insurrecciones anti-esclavistas en 1843; el interés puesto sobre la Isla por Inglaterra con fines proteccionistas y el de EE. UU., con propósitos anexionistas, la oposición de numerosos hacendados nativos a la trata negrera por temor a que la mayoría de la población negra pusiese en peligro, "la existencia político-social de la colonia", como expresó D. del Monte y por otra parte el afán de estos propios hacendados y propietarios en mantener la esclavitud y luchar contra cualquier intento abolicionista, fueron factores primordiales que entraron en juego para propiciar al Gobierno de O'Donnell, los motivos en que se apoyó para crear el proceso de "La Escalera".

La propaganda infatigable de los abolicionistas ingleses, tenía como uno de sus objetivos principales, hacer cumplir el tratado concertado entre Inglaterra y España, firmado el 23 de Septiembre de 1817, referente a la paralización, al cese del tráfico negrero con la Isla de Cuba tratado que a pesar de la gruesa indemnización que recibió España para recompensar a los traficantes españoles, ni la nación ni éstos cumplieron.

Mas, los abolicionistas ingleses no desmayaron, y el 3 de Noviembre de 1840, llegó a La Habana, David Turbull, nombrado por la Reina de Gran Bretaña, cónsul y superintendente de africanos libertos.

Tal fué la actuación de Turbull, contra el tráfico negrero y predicando la abolición de la esclavitud, que a instancias de las autoridades españolas fué relevado de su cargo, siendo sustituido el 8 de junio de 1842, por su compatriota Crawford.

Pero el inquieto Turbull, lejos de regresar a Inglaterra, retornó nuevamente a la Isla, desembarcando en una goleta tripulada por siete negros en Gibara y procedente de la Isla Nueva Providencia, esto ocurrió a mediados de Octubre de 1842.

Estas andanzas de Turbull, su internamiento en el Castillo de la Fuerza, su reembarque en el vapor inglés, "Thomas", su separación de la "Sociedad Económica de Amigos del País", de la que era socio corresponsal desde 1838, repercutieron, llegaron en forma de anhelos liberadores hasta los esclavos de toda la Isla y animaron sus afanes de emancipación.

Es indudable que Turbull, contribuyó a crear la rebeldía en los esclavos, que vieron en la actuación del abolicionista a una nación poderosa que se ponía al lado de su causa: Inglaterra.

A pesar de que la mayoría de los hacendados y ricos nativos no eran partidarios ni del protectorado inglés ni de la anexión a EE. UU., temerosos de la problemática situación que en su criterio significaba separarse de España, opinión más arraigada aún después de la "Conspiración de Aponete", de 1812, no obstante estos rechazos, algunos cubanos y principalmente Domingo del Monte, entre 1842 y 1943, mantenían relaciones con figuras influyentes en el Gobierno de EE. UU. y con funcionarios de esa nación tratando de interesarlos en los problemas de Cuba y en la anexión de la Isla por ese país.

En carta a A. H. Everett, que fungía de intermedio entre estos funcionarios de la administración de EE. UU., y D. del Monte, este último en 1843, le hacía referencia al primero de supuestos proyectos del Gobierno Británico sobre la Isla y lo relacionaba con las insurrecciones de esclavos que habían estallado y se estaban produciendo entonces en el país.

En noviembre del propio año 1843, Everett, le expresaba a del Monte su criterio sobre informes y opiniones que éste le había enviado.

Everett, le manifestaba a del Monte, que el problema de Texas, de índole semejante al de Cuba o al que le refería éste, es decir anexionista, era de mayor atención por entonces para el pueblo americano, que la situación imperante en Cuba.

"Ante de esa época quizás estallen tales revoluciones en la Isla—le señalaba Everett a del Monte—que el interés que la razón despierte sea decisivo", lo que parece indicar que D. del Monte, partidario de la anexión deseaba influir en el Gobierno Americano para que utilizase los brotes anti-esclavistas en favor de la misma.

A mediado de 1843, era tal la alarma que existía en Cuba sobre las insurrecciones de esclavos que tenían lugar en ella, principalmente en la provincia de Matanzas, tan grande fué este pánico, que incluso circularon infundios sobre grandes contingentes de haitianos desembarcados en la Isla.

Estos rumores crecieron y se extendieron por la propaganda abolicionista que desde Jamaica realizaba Turbull y que no era desconocida en Cuba ni por las autoridades coloniales ni por los esclavos.

Estos supuestos "peligros" sirvieron de acicate para impulsar la vieja tendencia del crecimiento de la colonización blanca en la Isla, como réplica al temor privativo frente a una mayoría de población integrada por negros libres y esclavos. Miguel Aldama, cuñado de D. del Monte, le decía por aquellos días a éste:

"Yo estoy decidido a que papá traiga sus 100 hombres blancos para sus fincas y ya he logrado que se determine a reclutar aquí cuantos encuentre, ya tiene cuatro vizcaínos, mozos rollizos que piensa mandar al ingenio, hoy los tiene en la fábrica..."

Pero no fué solamente la colonización blanca la medida que se consideró pertinente frente a la mayoría de población negra en el país, sino también la de impedir el tráfico negrero, el arribo de nuevos esclavos a la Isla.

M. Aldama, le expresaba del siguiente modo a D. del Monte, el estado prevalente en Cuba a este respecto, allá, por Julio de 1843:

"La opinión empieza a condenar el tráfico y hoy más que nunca se nota".

Por otra parte el gobierno de EE. UU., alarmado ante el auge que cobraba en la Isla la propaganda inglesa contra la trata y por la abolición de la esclavitud y principalmente Daniel Webster, Secretario de Estado, de EE. UU., y actuando con autorización del Presidente de esa nación, se dirigió a Mr. Irvin, Ministro de la nación americana en Madrid y a Campbell, cónsul de EE. UU. en La Habana, informándole sobre confidencias recibidas por el Gobierno Norteamericano sobre proyectadas insurrecciones de negros esclavos y libres en Cuba, la existencia de numerosos agentes ingleses en la Isla, las miras proteccionistas o anexionistas del gobierno inglés, así como las debilidades que mostraba como gobernante el Capitán General de la Isla, Gerónimo Valdés.

La carta a Irvin estaba fechada el 17 de Enero de 1843; y la dirigida a Campbell, el 14 de marzo del propio año. El gobierno de la Metrópoli tuvo conocimiento de estas informaciones y actuó de acuerdo con su contenido; Gerónimo Valdés fué destituido ordenándosele que entregara el mando del país al Comandante del Apostadero, hasta que llegase a la Isla su sustituto que fué Leopoldo O'Donell, quien llegó a Cuba imbuido, por la creencia cierta de que en ella se tramaba una gran conspiración entre negros libres y esclavos y algunos nativos blancos.

No hay dudas sobre el hecho de que estas informaciones de Webster influyeron en la destitución de G. Valdés y en las aprehensiones que trajo a Cuba O'Donell y que después fueron factores contribuyentes en el urdimiento de lo que se denominó conspiración, "los que estuvieron al tanto —expresa V. Morales y Morales— de las atrocidades de 1844, deben hacer memoria de que muchas confesiones tomadas entonces ante la escalera parecen sugeridas por quien creyere en los informes mandados por alguien de Cuba a Washington".

¿Pero quién es ese alguien que envió tales informes a Washington desde Cuba?

Este informante no cabe duda que fué D. del Monte, su intención puede haber sido o no la de que el gobierno de EE. UU., divulgase sus informes, pero los juicios que expresó en el "memorial" dirigido al gobierno de España no ponen en duda que tal hubiese sido su intención.

El temor de los hacendados se acentuó cada vez más, al extremo de que 60 de 93 ricos dueños de haciendas que habían en Matanzas, firmaron una exposición dirigida al Capitán General de la Isla y en la que solicitaban el cese de la trata, esta exposición le fué entregada al gobernador de Matanzas, García Oña, quien en lugar de darle curso la rompió en presencia de los comisionados, amenazándolos más tarde al enterarse de que éstos pensaban dirigirse directamente al Gobernador General.

Las insurrecciones habidas la noche del 27 al 28 de Marzo de 1843, determinaron esta actitud de los hacendados frente a la trata; pero a los 15 días de haberse hecho cargo del mando de la Isla, O'Donnell, ocurrió una nueva insurrección de esclavos que se produjo el 5 de noviembre de 1843, en el ingenio "Triunvirato", siendo secundados los sublevados por las dotaciones de la "Acana" a los que se sumaron a su vez las de los ingenios "La Concepción", "San Miguel", "San Lorenzo" y "San Rafael". El ingenio "La Concepción", así como el "Santo Domingo", "San José", "Santa Rosa", eran propiedad de Domingo Aldama, suegro de D. del Monte.

En medio de estas innegables inquietudes producidas por la audacia y las renovadas rebeldías de los esclavos, principalmente de la provincia de Matanzas, fué que Esteban Cruz de Oviedo, propietario del ingenio "La Trinidad", junto a su consejero Francisco Hernández Morejón, capitán de Milicias y hombre cruel, denunciaron la existencia de una gran conspiración (que en las denuncias iniciales) sólo comprendía a las dotaciones de los ingenios "Trinidad", "La Ro-

15

3

sa", "Santo Domingo", "Jesús María", "La Majagua" y "La Trinidad".

O'Donell, que estaba deseoso de probar su condición de "hombre fuerte" encontró en la denuncia de Oviedo la oportunidad propicia para demostrarlo y sin pérdida de tiempo designó la "Comisión Militar", para que actuase en Matanzas y fuese presidida por el Brigadier Fulgencio Salas.

EL PROCESO

Se inició el famoso proceso por la conspiración y la escalera de la finca "Estancia de Soto", ingenio sádico de los incoadores del proceso, sirvió para atar en ella a las víctimas que no se confesaron culpables o no delataron a nadie y que fueron cruelmente azotadas por los verdugos de O'Donell, dirigidas por la "Comisión Militar".

Los tenidos por sospechosos y procesados fueron muchos; pero se tuvo el cuidado de incluir entre ellos a la mayoría de los negros ricos, acomodados económicamente y significativos en cualquier rama profesional o de la cultura.

Fué un plan premeditado para despojar de sus bienes materiales a quienes lo poseían y de sus dones profesionales o de inteligencia a otros, en la pretensión de hacer tabla rasa de los negros para situarlos en el plano de indigencia económica y cultural, para que no hubiesen negros con la mente cultivada ni con medios económicos.

Se realizó una poda páfida de todos los valores y progresos alcanzados mediante esfuerzos propios por la porción más avanzada de la población negra.

Una sociedad envilecida, que asentaba su existencia en el trabajo del esclavo, tranquilizó sus temores egoistas regidos por grandes riquezas, fraguando y teatralizando con tormentos, saqueos y sangre, un hecho elucubrado por mentes enfermizas de esclavistas y militares de la colonia.

Nada faltó en la representación de este drama cruel, hasta un "hospital", especial tuvieron los que sobrevivieron a la escalera y para tal propósito fué escogida sarcásticamente la casa conocida por de Espinola, donde había tenido lugar un baile organizado por los negros de Matanzas, selección que se hizo, es casi cierto, para recordar la brutal respuesta que dió el General Cienfuegos en su gobierno, a una solicitud de baile de un cabildo: "No ha lugar a lo que se pide. Los negros no bailan".

EL JUICIO CONTRA PLACIDO

En la cárcel de la ciudad de Matanzas tuvieron lugar las sesiones del juicio contra Plácido y sus diez compañeros, los días 3, 4, 5 y 7, del mes de Junio de 1844.

Testigos presenciales narran, que cuando el fiscal concluyó de hacer las acusaciones, fueron interrogados los acusados sobre si deseaban hacer algunas declaraciones o no, permaneciendo en silencio el resto de los acusados con la excepción de Plácido, que usó de la palabra para exponer más o menos lo siguiente:

"¿Quiénes me acusan? ¿Acaso me conocen!? ¿Qué pruebas alegan? ¿Dónde están? Sólo aparecen referencias y por referencias no se condena a ningún hombre, y mucho menos a la horrible pena que pide el fiscal. Presenten pruebas y no declaraciones sin fundamento alguno".

La actitud de Plácido en las sesiones del juicio fué serena lo mismo no puede decirse de algunos de sus compañeros; y las anteriores palabras de Plácido no serán expresiones literales; pero parecen ciertas, es decir que tales fueron los pensamientos pronunciados por él.

Los defensores de los acusados, se limitaron en la casi totalidad de los casos a cubrir un mero formulismo, porque otra cosa no podían hacer, ya que ellos conocían tanto como los miembros de la Comisión Militar el carácter y propósitos de la comisión jurídica.

La sentencia condenando a Plácido y a diez procesados más a ser fusilados por la espalda como reos de alta traición, fué dictada por el Tribunal el 12 de junio de 1844; el auditor de Guerra tuvo conocimiento oficial de la sentencia el 21 de ese mes y año, y al día siguiente, 22 de junio fué aprobada esta por el Capitán General de la Isla, Leopoldo O'Donell.

El Gobernador de Matanzas, preparó un estridente decreto disponiendo la ejecución de los reos en forma aparatosa, como se hizo consignar, a fin de que el acto sirviese de ejemplo y escarnio, decreto que fué hecho público y circulado profusamente como programa de función gratuita, el 26 de junio de 1844.

En el Castillo de San Severino le fué notificada la sentencia a los reos y ese propio día 27 de junio, fueron trasladados a la capilla de la muerte, que se instaló en el Hospital de Santa Isabel,

EL FUSILAMIENTO

La serenidad, el valor que ofreció a la hora de morir asombraron, porque en rigor no correspondieron al temperamento sentimental de Plácido.

A su costa, con su sangre y la de sus compañeros de martirio, se ofreció un espectáculo de feria. Una inmensa muchedumbre contempló el solemne acto de iniquidad que se efectuó en nombre de la "justicia".

Rufianes y meros observadores, sádicos y gentes buenas, admiradores y enemigos del poeta, se agolparon en el espacio de terreno que comprendía el campo de Santa Cristina para verlo morir, y muchos salieron defraudados: no fué un dulce poeta el que cayó abatido, sino un valiente.

Del Hospital Santa Isabel, salieron la mañana del 28 de junio de 1844, camino del suplicio, Plácido y sus compañeros de prisión y condena, José Dodge, el dentista; Jorge López, Santiago Pimienta, José Miguel Román, Pedro de la Torre, Manuel Quiñones, José de la O. García, Bruno Izquierdo, Miguel Naranjo y Antonio Abad.

MONIO
MENTAL
EL HISTORIADOR
DE LA HABANA

4

Condenados a morir fusilados por la espalda "como reos de alta traición", fueron ejecutados previamente por el alarde de fuerza que le acompañó hasta el lugar del suplicio.

Plácido, a la cabeza del trágico desfile, se creció ante la multitud ávida de curiosidad y de emoción, animó las flaquezas postreras de José Pimienta, recitó con voz firme su "Plegaria a Dios", y cuando se enfrentó al fiscal de la Comisión Militar, le increpó y amenazó con las siguientes palabras:

"Yo, señor, no tendré remordimiento en mi hora de agonía; pero usted sí, y espero que después de mi muerte, mi sombra le ha de perseguir en forma de buho".

Y cuando las 44 armas de fuego dispararon sobre sus víctimas, el ronco clamor de los millares de espectadores no se pudo contener: un solo hombre, se levantó gallardo, erguido del banquillo de ejecución, el único que no había rodado por el suelo, era Plácido, que herido en el homóplato se levantó, llevándose las manos esposadas hasta la frente para gritar: "Adiós, mundo... no hay piedad para mí... fuego aquí..." hasta que cuatro granaderos del piquete ejecutor troncharon aquella vida que hasta en el momento de morir tuvo una agonía más prolongada, que el resto de sus acompañantes de infortunio.

OPINIONES Y TEMORES DE D. DEL MONTE

En 1844, Domingo del Monte a la sazón viajando por Europa dirigió un "memorial", dirigido al Gobierno Español, este documento fué vertido al inglés y publicado en EE. UU., en el mes de noviembre de 1844, haciendo constar los editores que había sido enviado al gobierno español varios meses antes, siendo probable que hubiese sido recibido por este cuando estaba en su apogeo el proceso de la Escalera y antes del fusilamiento de Plácido. En este "Memorial", D. del Monte, condena la actuación abolicionista de Turbull y señala en los siguientes términos su criterio sobre la situación del país.

"La isla de Cuba corre hoy el inminente peligro de que irremisiblemente se pierda, no sólo para España, sino para la raza blanca y para el mundo civilizado, a menos que el Gobierno de la metrópoli adopte en el acto varias enérgicas medidas que atajen el mal".

Condenó las insurrecciones habidas entonces en la Isla, involucrando en esta condena al gobierno inglés a quien atribuyó las responsabilidades de las mismas, mostrándose partidario de la supresión de la trata, porque en su juicio impedía la inmigración blanca y aumentaba el "peligro" negro.

Los 900,000 habitantes de Haití, los 400,000 de Jamaica, los 10,000 negros más de las Bahamas y los negros cimarrones de la Isla de Cuba, crecieron en forma fantasmagórica en la mente de D. del Monte, que incluso llegó a considerar como un peligro a los 3.000,000 de negros de EE. UU., y así lo hizo constar en su memorial.

Se opuso al tráfico negrero no por humanismo sino por temor, expresándolo en su memorial: "...no titubearemos un instante en preferir el vivir pobres, pero seguros, al insano y codicioso aumento de nuestras riquezas, a riesgo de perderla de golpe y con ella a toda la Isla, por una insurrección general o parcial de los negros; como las que están ahora ocurriendo uno y otro día".

El memorial le señalaba al Gobierno español la codicia con que Inglaterra, EE. UU. y Francia miraban a la Isla y sugería el derecho de Cuba a enviar sus representantes a las Cortes y el nombramiento de un ministerio especial para los asuntos coloniales.

CONFESIONES QUE SE LE ATRIBUYERON A PLACIDO

Francisco Gimeno, en carta dirigida a Manuel Sanguily, que permanece inédita, niega tal confesión de Plácido y con razón señala, que a pesar de haber podido constituir ella, la confesión, un sólido testimonio en las sesiones del proceso, en estas no se hizo referencia a la misma, no sucediendo así con todas las otras declaraciones y confesiones que fueron arrancadas a los procesados en el tormento de la escalera.

En el sumario aparecen incluso, las acusaciones que a Plácido hizo un carpintero nombrado Antonio Berroquí, y en las "confesiones" que aparecen en el sumario y que son muy discutidas por las irregularidades del mismo, no aparece nada que tenga relación con el proceso de la escalera y son tan burdas y saturadas de vaguedades como el mismo proceso y su desarrollo.

RESUMEN:

Los hechos de 1844, fueron originados por varios factores que concurrieron relacionándose entre sí.

Uno de ellos fué el ascenso del sentimiento de rebeldía en los esclavos de la Isla, que tuvo mayor acentuación en la provincia de Matanzas.

Estas determinaron el pánico que se apoderó de los esclavistas, temerosos de perder sus riquezas y sus vidas en estos motines y de que se estableciese en Cuba una república o régimen con preponderancia

cia de los negros y bajo la protección inglesa, esto último influyó tanto en sus apocados ánimos, que les empujó a oponerse al tráfico negrero, no obstante serle este suministro de fuerza de trabajo barato, y pingüe negocio de las autoridades de la colonia, (4 pesos y dos reales recibía cada Capitán General por esclavo introducido en la Isla), que no podían mirar con buenos ojos tal actitud, como lo demostró el Gobernador de Matanzas, G. Oña, cuando rompió la petición contra la trata que le presentaron los 60 hacendados matanceros para que se le hiciera llegar al Gobernador de la Isla.

La propaganda inglesa contra la trata y en favor de la abolición, es innegable que influyeron en el sentimiento emancipador de los esclavos, que ellos convirtieron cuantas veces pudieron en rebeliones; pero las acusaciones que se hicieron durante el proceso contra Turmbull, además de haber sido una mezquina venganza contra la noble y vigorosa actuación de este recio y sincero humanista, fué parte de la trama urdida para hacer aparecer la existencia de lo irreal.

Luis Guigó, el individuo que se hizo aparecer en el proceso como enviado de Turmbull, y a quien el tribunal condenó a muerte sin haber sido apresado, sin siquiera haberle visto nadie en Matanzas, aparece hasta hoy como un personaje imaginario.

La denuncia velada de las autoridades de EE. UU., a las de España, hay que suponerla motivada por la imposibilidad que entonces confrontaba EE. UU., de intervenir en los asuntos de Cuba embargado como se hallaba por los de la anexión de Texas, y por la creencia temerosa de que Inglaterra se le adelantase en los propósitos anexionistas, proteccionistas o de tutelaje en Cuba.

Y las autoridades españolas, al tejer las mallas de la conspiración, lo hicieron impulsados por el afán de darle un acabado ejemplo a los negros esclavos y libres, para anularles por mucho tiempo todo intento de liberación y de justicia mediante el empleo del terror.

También, para replicarle con tormentos y sangre de negros, a los trabajos abolicionistas y contra la trata, que con ejemplar tenacidad realizaba Inglaterra.

Pero eso no fué todo, mediante el proceso y sus horrores, España señaló el índice de su política colonial de aquellos momentos, dirigida contra todas las ideas y propósitos, que no fuesen la rancia y absoluta

adhesión al predominio pacífico de la misma en la Isla.

De exprofeso, hemos querido dejar como último argumento, a un testimonio, que por su calidad genuina, excepcional; es una válida y rotunda prueba de que si hubo conspiración fué tan insignificante, tan circunscrita a dos o más ingenios, que nunca debió ser pretexto para la formación del aparatoso y criminal proceso, sus tormentos y la inocente sangre vertida; esta opinión es del General José M. de la Concha y aparecen en su memoria remitida al Ministro de Gobernación de España, el 21 de Diciembre de 1850:

"Los fallos de la Comisión Militar —expuso Concha— produjeron el fusilamiento, la confiscación y la expulsión de la Isla de muchos individuos de la raza de color; pero sin habersele encontrado armas, municiones, papeles, ni otro cuerpo de delito, que comprobase semejante conspiración ni aún la hiciese presumible, a lo menos en la gran escala que abrazaron las investigaciones judiciales".

Vale señalar, que el fiscal de la causa de Matanzas, Pedro Salazar, fué condenado por la Comisión Militar de La Habana, el 31 de diciembre de 1847 a 8 años de presidio que serían cumplidos en Sevilla, a la pérdida de su empleo y a perpetua prohibición de volver a Cuba, por habersele probado numerosas irregularidades durante el curso del proceso y entre ella la de haber roto y sustraído hojas y documentos del mismo.

Hubieron otros componentes de la Comisión Militar que fueron castigados por irregularidades análogas, dos temerosos de los castigos se suicidaron y otros dos se escaparon y escondieron de la justicia que tan mal habían administrado.

El proceso de la Escalera tuvo una contradicción tan grande en su iniciación y desarrollo, que constituye una prueba más contra sus instigadores y fomentadores:

Primeramente estuvo limitado a incluir exclusivamente en el mismo, a negros y mestizos esclavos y libres a los que se atribuyó propósitos conspirativos que tendían a matar blancos, destruir sus propiedades y otros actos de idéntica índole; y más tarde (y aquí se acentúa la contradicción) fueron incluidos en el proceso, tanto en Matanzas como en La Habana, la mayoría de los cubanos blancos que de un modo o de otro sobresalían en lo económico y lo cultural. Estos fueron los orígenes y las consecuencias del famoso y criminal proceso de la Escalera.

[Handwritten signature and date]
 21/11

APUNTES PARA LA HISTORIA CONSTITUCIONAL DE CUBA.

CONEXIONES INTERNACIONALES DE LA CONSPIRACION DE LA ESCALERA.

Por Jose Manuel de Ximeno.

LA Conspiración de la Escalera representa la etapa última de la política tradicional de Inglaterra con respecto al Imperio Español en América; esta conspiración, llamada también de «El 44», entrelaza y explica episodios aparentemente desligados que tienen origen común. Es un largo proceso cuyas raíces prendieron en el instante mismo que Cromwell inició el engrandecimiento de su patria, y que en el transcurso del tiempo, sufrió las mutaciones naturales impuestas por lugares y épocas.

En los siglos anteriores al XIX los ataques fueron contra España, después España continuó apareciendo como objetivo inmediato, cuando en realidad los golpes iban dirigidos a los Estados Unidos; porque la posesión de Cuba representaba el dominio efectivo de rutas marítimas importantísimas, y una barrera sólida contra el poder creciente de los norteamericanos. Mas adelante el fracaso de los manejos de Turnbull, Crawford y Coocking, así como el ambiente hostil de Cuba a caer nuevamente bajo la soberanía británica, encaminaron los propósitos clásicos del Gabinete de Londres a mantener la isla en poder de España, obstruyendo los proyectos de anexarla a la Unión.

En el pasado quisieron los ingleses apoderarse del comercio español de las Indias atacando flotas, y haciendo desembarcos e incursiones que les representaban presas fabulosas. Luego estos planes alcanzaron amplitud mayor, encaminándose a ocupar posiciones estratégicas en la navegación del Nuevo Mundo; sus ejecutores no fueron, entonces, aventureros audaces metidos en el mar en busca de alcones, sino ejércitos y escuadras regulares que cruzando las costas americanas amonazaban las colonias españolas, algunas de las cuales conquistaron.

Dentro de esta tradición el cambio de La Habana por las Floridas fué error de consecuencias incalculables, explicado como falta de previsión de los políticos ingleses, o impuesto por la necesidad de conquistar la paz enseguida ante la crisis económica que atravesaba

el país, y la imposibilidad de seguir manteniendo una guerra de proporciones vastísimas. La unidad geográfica no pudo pesar mucho en el ánimo de los estadistas británicos cuando se cruzaron de brazos frente a la cesión de la Luisiana en 1763, y cuando según don Juan de Miralles el pueblo británico deseaba la lucha con España para situarse en los puertos de La Habana, Matanzas y Bahía Honda que les darían la llave de la América, como Gibraltar les entregó las del Atlántico y mares de Levante. Si la victoria fué fácil y La Habana, Matanzas y el Mariel cayeron en sus manos, ¿qué otra razón a no ser la prisa de llegar a la paz a cualquier precio por la malísima situación económica, justificaba la permuta acordada en París?

Pocos años después los españoles reconquistaron las Floridas, Cuba servía de base a las escuadras francesas y españoles que ayudaban a los norteamericanos en sus esfuerzos por obtener la independencia, y el comercio de La Habana socorría con un millón de libras a Washington y Rochembeaux.

En las postrimerías del siglo XVIII y comienzos del XIX, Inglaterra persistió en sus viejos planes favoreciendo los proyectos de liberación de Hispano-América con ataques al comercio marítimo, si bien en lo que a Cuba concierne no siempre le acompañó la fortuna pues los españoles hicieron presas en Canasí, Trinidad y otros lugares de la costa.

En la nueva guerra europea, provocada por las cláusulas secretas del Tratado de Tilsit, los ingleses hubieran tenido que abandonar las actividades americanas de no asegurarles la audacia del futuro Duque de Wellington el cumplimiento de las alianzas con Dinamarca y Suecia, que después del bombardeo de Copenhague y de la pérdida de la batalla de Koeg, facilitaron sus escuadras. Con estas armadas y la de Portugal, persistieron en los planes contra España enviando expediciones a la América del Sur, y atacando a los buques enemigos que se aventuraban en la navegación del Atlántico.

La invasión de la Península ocurrió cuando organizaban nueva ex



pedición bajo la jefatura de Miranda, y como disponían de la mayor flota del mundo, pudo Canning afirmar ante el peligroso acercamiento del Emperador a las costas inglesas que si los franceses obtenían España, «bajo ningún concepto sería España con las Indias». Al apoyo pedido por la Junta de Asturias dió Londres el valor de alianza con España, cesando las actividades americanas para luchar juntos contra Napoleón I.

Vencido Bonaparte, la amistad nacida en momentos angustiosos se cimentaba con la paz, pareciendo que se extendería a los dominios españoles, pues en 1816 en Londres declararon al Conde de Fernán — Núñez que se había dicho a Washington «que así como la Inglaterra no aceptaría ni por indemnización ni por venta cesión alguna del territorio de América que quisiera hacerle España, tampoco llevaría a bien que los Estados Unidos se extendiesen fuera de sus límites, porque en este caso mudaría enteramente de sistema y tomaría el curso que creyese conveniente respecto a los intereses de España, y seguiría el suyo propio». Los norteamericanos respondieron que no pensaban extender su territorio en ningún sentido, esperando sólo a entenderse con España en la demarcación del Mississippi.

La declaración inglesa satisfizo grandemente al Monarca Español; pero como quisiera finiquitar reclamaciones recíprocas establecidas por ciudadanos y súbditos de una y otra nación, evadieron en Madrid toda respuesta que significase la aceptación plena de lo indicado a los Estados Unidos.

En esta época vivía ya en España el habanero don José Álvarez de Toledo, muy al tanto de las intrigas europeas, que a una imaginación cultivada e inquieta, unía el conocimiento profundo de las miras de la Unión sobre las colonias americanas por haber sido actor principal en alguno de los planes de aquella. Toledo, quizás si desengañado por la indiferencia con que Cuba vió su manifiesto de 1811, o amargado por el fracaso de la expedición a México, buscó la amistad y protección del Ministro español don Luis de Onís, que escribió a Pizarro hablándole del arrepentimiento de aquél, y de los servicios extraordinarios que le prestaba; medió Pizarro cerca de Fernando VII, y concedido el perdón le ordenaron regresar a España para utilizarlo en el real servicio.

Las influencias de Inglaterra y Rusia dividían la corte del Rey Fernando en dos partidos, alejando el de la última influencia grande; sobre todo después de las conversaciones de Verona que alejaron a los ingleses del absolutismo de la Santa Alianza, favorecido por Luis XVIII y Alejandro I. Toledo jugó con los partidarios de una y otra nación. Convencido de la imposibilidad de vencer a los ingleses, aconsejó la necesidad de llegar a una solución de los problemas americanos, grata a Inglaterra, hasta lograr que otra potencia se interesase en las colonias del Nuevo Mundo para balancear la superioridad de Londres; y como veía en la guerra con los Estados Unidos la pérdida segura de las posesiones españolas, indicó la venta de las Floridas en vista de la imposibilidad de defenderlas. Creía Toledo que para despertar los apetitos de Francia, debería cedersele la parte que aun quedaba de Santo Domingo, ya que más o menos pronto arrojarían de allí a los españoles las ambiciones de Cristóbal y Petión. Se vendieron las Floridas, y la Cancillería de Madrid no desperdició oportunidad de interesar en sus problemas coloniales a las de París y San Petersburgo.

Ante el curso sinuoso seguido por la política española, y enterados que la Santa Alianza impondría de nuevo el absolutismo en España, los ingleses trataron de aprovechar el fugaz período constitucional para tratar de la compra de Cuba, pensando que los norteamericanos, deseosos de la posesión de la isla, y enamorados de la entonces flamante doctrina de Monroe, no tolerarían agresiones que la llevasen a poder de una potencia extranjera. Canning dirigía la política exterior de Inglaterra, y estaba perfectamente enterado de los trabajos para la anexión de Cuba a los Estados Unidos.

La reacción cubana contra la venta fué violentísima, reflejándose en artículos vehementes de la prensa habanera, y hasta en el seno de los «Soles y Rayos de Bolívar». En un periódico de la época: «El Americano Libre», apareció el interesante artículo que se copia a continuación; escrito, probablemente, por don Evaristo de Zenea y de la Luz, catedrático habanero que supo despertar entre sus alumnos el amor por el estudio del derecho constitucional, formando pléyade de discípulos distinguidísimos, capaces de honrar al profesor más sabio:



PATRIMONIO DOCUMENTAL

«Que la astucia del gabinete inglés aproveche la oportunidad de la piratería para lograr poner un pie en la isla de Cuba, es cosa muy consiguiente con las sórdidas miras que en todos los tiempos le han animado; pero que sus pretensiones sean admitidas; que los cubanos, ilustrados y valientes, decididos por la libertad hasta el extremo del delirio, consintiesen ni un solo instante en doblar vergonzosamente la cerviz al yugo de una metrópoli odiosa cuya constitución no es más que la transacción entre el poder monárquico o absoluto, el autocrático y el democrático y con el cual se hallara bien cualquier déspota en otro pueblo que en Inglaterra, es un delirio, una visión del periodista anglo-americano, cuya imaginación se ha exaltado con el temor de ver obstruida la libre comunicación entre los Estados de la Unión, y dominado el Golfo Mexicano. ¡Que! Pudiéramos jamás consentir el dominio del bárbaro sistema colonial y el peso insoponible de unos gobernantes extranjeros que después de arrancar de nuestras manos el fruto de nuestros sudores irían a gozarlo en medio de sus paisanos dejándonos en cambio llanto, miseria y desolación? Antes vengan sobre nosotros toda suerte de calamidades, ante se conjure la naturaleza entera contra cuantos existimos, corra en buena hora la muerte por todas partes, caigan mil y mil cubanos, unos sobre otros, tintos en sangre caigan, que no por eso se arredrán nuestros pechos libres. ¡Permitir fuerzas británicas en nuestro suelo! ¡Quién llegó jamás a imaginario? ¡Los hijos de Cuba ingleses! No, no es creíble, miente quien tal diga, y no conoce sin duda el fuego que inflama los corazones de todos los habitantes. Y pudieran ellos ahuyentar la libertad para unir su isla amada al despotismo colonial de Inglaterra? Si la península carece de recursos, si apenas puede subvenir sus necesidades, no importa; «Cuba basta para sí misma, y ella sola y con sólo los brazos fuertes de sus hijos denodados, sabrá resistir toda agresión».

«Muy distantes estamos de creer que el Gabinete español dé oídos a proposiciones denigrantes; todos

sabemos que la isla de Cuba no es un rebaño que puede venderse o enagenarse, que ni el soborno ni la intriga podrán sacar partido alguno, y que si desoyesen por desgracia los consejos de la razón, el resultado vendría a ser el que produce la miseria y la injusticia».

«Disipe, pues, el periodista sus temores, y crea que la isla de Cuba jamás podrá amoldarse al gobierno de los pares y los comunes en el que se sostiene únicamente la libertad por el espíritu público».

Y en «El Liberal Habanero» escribía L. R. «Sabido es que esta nación nos ha observado siempre con unos ojos que no indican las mejores intenciones. ¡Desgraciados de nosotros si llegásemos a vernos, bajo el sistema colonial de la Gran Bretaña. Nuestros azúcares, nuestro café, aguardientes, mieles, cereas, etc., no podrían ser vendidos más que a ingleses y transportados en buques ingleses a la Inglaterra, para ser despachados allí a los extranjeros al más alto precio que quisieran los ingleses, cuando por supuesto se nos comprarían a nosotros por el más bajo que... quisiesen... también los ingleses».

Si ellos tienen el Gibraltar de la Europa que no tengan el Gibraltar de la América, porque entonces todo el mundo comerciante vendrá a ser su tributario. ¡Desdichado continente americano si la poderosa Albión enarbola aquí su monopolio estandarte!

«¡Desdichados de nosotros si el inglés pisa nuestro suelo! De donde sacáramos la cuota suficiente para pagar sus forzosas y acostumbradas contribuciones? Por vestirse de paño, por ponerse zapatos, por comer tal y tal manjar, por vivir en esta u otra casa... ¡Dios nos libre!...

«Por nuestra parte tenemos ya recogido nuestro equipaje, para marcharnos, si llega ese caso, aunque sea a Turquía, y... ¡abandonar nuestra querida patria!...

Otros artículos de esos años estudiaban las consecuencias económicas probables del cambio de soberanía, señalaban los peligros del monopolio inglés, y recalcaban que mientras las colonias británicas permanecían cerradas al comercio de los mares extranjeros, en los puertos mayores de Cuba flameaban las banderas de todas las naciones.

En La Habana conocieron de este proyecto por el «Mobile Commercial Register», que reprodujo cierta información del «Current of Jamaica» de 16 de enero de 1823 diciendo que el Comodoro Eduardo Owen, K. C. B. había reunido en Plymouth una escuadra de cuatro navíos que saldría inmediatamente en servicio personal, uniéndose a la que desde el 17 de diciembre de 1822 navegaba rumbo a Cuba. La misión del Comodoro Owen coincidía con la noticia de que Londres y Madrid tenían concertado un nuevo tratado dando a los ingleses ventajas comerciales extraordinarias, y el derecho de ocupar posiciones estratégicas en la Isla. El periodista norteamericano alarmado por lo que se tramaba, y temeroso de que el ambiente de Cuba fuera favorable a esta intriga, en tonos agrios afirmaba que la Unión no deseaba colonias, porque gobernarlas era bastante malo pero que «la suerte de Cuba no puede ser indiferente para los Estados Unidos, y que esto es peor que si su existencia pública y territorial estuviese enlazada con ellos; aunque esperamos que la necesidad de verificar semejante conexión, está muy distante».

Al cesar de publicarse «El Español Libre» vino a convertirse «El Americano Libre» en el «El Revisor Político y Literario» cuyos artículos, como los de su antecesor, tiene interés subidísimo para la historia política de Cuba; estas dos publicaciones desarrollaron con bastante libertad algunos de los aspectos de la ideología de los conspiradores de los «Soles y Reyes de Bolívar»; pero después que el Doctor Portell Vilá colocó a don José de Arango y Núñez del Castillo dentro del campo anexionista, los trabajos de éste, insertos en el «El Revisor», sobre las consecuencias económicas de la guerra con Inglaterra, y los comentarios hechos al escrito del Abate Du Prat en relación con la libertad de la Isla, pudieran interpretarse, también, como propaganda muy sutil en favor de la incorporación de Cuba a los Estados Unidos.

Al fracasar las negociaciones de compra dijeron en Londres en 1825 al Ministro americano que la Unión debería ligarse en pacto triple con Inglaterra y Francia para

asegurar a España la posesión de Cuba; Henry Clay se negó a esta alianza, porque entendía que significaba darle intervención en Cuba a otras potencias, y que los Estados Unidos no toleraban en la isla otro poder que el de España. La conducta enérgica de Washington hizo que los ingleses idearan poseer la isla organizando una revolución; esta maniobra llegó a conocimiento de los españoles por el Duque de Wellington que entró de ella al Embajador de España, Conde de Alcudia, y que en Madrid transmitieron en primero de junio de 1827 al Encargado de Negocios de los Estados Unidos, Everett. El duque de Wellington no se limitó a hablar de este negocio con el Conde de Alcudia, sino que recomendó al Coronel don Francisco de Armenteros que así que llegase a La Habana informara al Rey de España de cuantas manifestaciones contrarias a su soberanía observase.

La gestión de Wellington, mencionada por los historiadores Morales, Pereyra y Portell Vilá, merece que se investigue y estudie minuciosamente, ya que existen ciertas ocurrencias que pudieran estar ligadas en un interés común. En el presente trabajo no se intentará esta labor seductora; pero dentro de sus límites cabe señalar los puntos de referencia que inclinan a creer que el Gabinete de Londres conocía, y quizás si hasta alentaba, los proyectos de Bolívar sobre independencia de Cuba, primero denigrados por el levantamiento de Bustamante en el Perú, censurados más tarde por Henry Clay, que en 20 de Diciembre de 1825 manifestó a los Ministros de Colombia y México la oposición de los Estados Unidos y fracasados, definitivamente, en el Congreso de Panamá por la hostilidad de los Comisionados norteamericanos.

Cuando la proyectada expedición de Bolívar parecía que iba a realizarse, España estableció en Cuba la Comisión Militar, Ejecutiva y Permanente para conocer de todos los procedimientos de infidencia. A poco de constituida, Vives ofreció al gobierno de Madrid que la corbeta de guerra inglesa «Eugenia», llegada a Cuba el 8 de Junio de 1825, había traído y desembarcado al doctor Joaquín Infante, y a dos o tres revolucionarios, envia-



5

dos para sondear el ambiente, y agitar la opinión del país en favor de la independencia. Al año siguiente salieron de Jamaica, Francisco Agüero, Manuel Salas y otros compañeros más sin que encontrasen apoyo en la opinión pública para la insurrección que proyectaban; caídos los dos primeros en poder de los españoles fueron ahorcados en la Plaza Mayor de Puerto Príncipe. La llamada «Expedición de los Trece» también corresponde a esta época, y en ella figuraban cinco ingleses; y del mismo tiempo fueron las sediciones de negros que a principios de Noviembre de 1826 estallaron en los cafetales «Tentativa», situado a quince leguas de La Habana, y «Cupido» y «La Reunión», todos en el partido de la Güira. Zaragoza sostiene que a estas asonadas no fueron ajenos los cubanos emigrados a los reinos disidentes.

Aunque los ingleses quisieron justificarse con Madrid restándole importancia a la confidencia de Wellington, es muy curioso que estos proyectos coincidieran en el reconocimiento de México y Colombia; época en que el Libertador acariciaba la idea de la independencia de Cuba. Desde luego que esto no supone que Bolívar siguiera sugerencias inglesas en la expedición a Cuba, sino que Inglaterra, dentro de su política tradicional, le prestaba apoyo. Los ingleses reconocieron a México y Colombia en 1824. Canning trabajó mucho por lograrlo, y cuando al fin convenció al Rey, escribió regocijado a su amigo Lord Granville, «la América española es libre y si no manejamos mal nuestros negocios, ella será inglesa», Gil Fortoul entiende que el pensamiento del diplomático inglés se refiere al aspecto comercial, exclusivamente; sin embargo el propio Canning en los días de la invasión de la Península por Napoleón I expresaba poco más o menos lo mismo, cuando aseguraba que los franceses podrían ganar España; «pero bajo ningún concepto será España con las Indias»; y uno o dos años antes de que escribiera a Lord Granville negociaba la compra de Cuba, sabe Dios con qué fines y en relación con los norteamericanos.

Después de 1824 la independencia de Cuba encontraba el mejor ambiente en el Continente Americano; en México se fundaba la «Junta Promotora de la Libertad Cubana»; el Libertador parecía entusiasmado con el proyecto, y su hermana María Antonia de Bolívar de Clemente, que vivió en La Habana desde 1814 a 1821, le escribía pidiéndole que no fuese al frente de la expedición, que marcase a Arizmendi o a Paez, aniéndole a la vez con lo fácil de la empresa, pues bastaba con bloquear La Habana que «a los dos o tres meses se entregará irremediablemente, porque hasta la leña y carbón se traen del Norte; nada más que azúcar y café hay allí». El bloqueo aconsejado por doña María Antonia no hubiera podido jamás llevarse a cabo sin la anuencia de Inglaterra, que tenía ya comercio importante con Cuba, y que unos pocos años atrás justificaba sus propósitos de situarse en lugares estratégicos de la isla para defenderla de los ataques frecuentes de corsarios y piratas.

Ocurrió el Congreso de Panamá, y los Comisionados norteamericanos siguiendo al pie de la letra las instrucciones de Henry Clay produjeron el fracaso de los planes de Bolívar y del entusiasmo de Paez. Después habló Wellington con Alcedúa y Armenteros; y vino a Madrid a enterarse de que Cuba estuvo a punto de escapársele de las manos.

La muerte de Fernando VII encendió la guerra civil en la Península; parecía en los primeros años que el triunfo sería de la facción del Infante por lo que Inglaterra dijo a María Cristina, en 1837, que si la suerte le era adversa en la contienda, la apoyaría para establecer a Isabel II en el trono de Cuba. Coincide la fecha del ofrecimiento con la llegada a La Habana del pontón Rodney, dotado de guarnición negra que fueron reforzando con los años. En julio de 1837 las autoridades de Matanzas detuvieron al sastre jamaicano Jorge Davidson por guardar periódicos y folletos abolicionistas; Blas Osés dictaminó en la causa formada por la Comisión Militar en el sentido de que se resolviera gubernamentalmente expulsando a Davidson, en atención a un fue es «casi seguro que no se

presentarán pruebas para la imposición de la mayor pena». Al año siguiente se levantaron las dotaciones del ingenio «Manacas», de Armenteros, en Trinidad, y de otras fincas de la jurisdicción, siendo esta sublevación una de las más importantes de las ocurridas en Cuba hasta entonces; para dominarla Tacón movió mucha tropa durante algunas semanas. Era voz pública en esos días que a ella no fué ajena la sociedad abolicionista inglesa que desde Jamaica envió agitadores.

Los norteamericanos seguían muy de cerca los manejos ingleses contrarrestándolos con ofrecimientos de proteger a España en la posesión de Cuba; John Forsyth, antiguo enviado de Monroe para la compra de la Florida y Secretario de Estado en tiempos de los Presidentes Jackson y Van Buren, en 1841, indicaba al Encargado de Negocios de los Estados Unidos en Madrid que ofreciera a la Reina las fuerzas militares y navales de la Unión para impedir el despojo o para recuperar la isla». Al año siguiente, 1842, el agente español Miguel de Silva, más adelante mencionado por Plácido en una de sus confesiones, conocía las actividades revolucionarias del Cónsul Inglés, y la repulsa del gobierno francés que ordenó a sus barcos observar los movimientos, y prestar ayuda en caso necesario. Los acontecimientos buscaban rápido fin, una gran escuadra inglesa rodeaba las Antillas, y las relaciones de Turnbull con el Capitán General entraban en el plano de mayor violencia.

Washington velando por sus propios intereses, estableció contacto directo con el Capitán General de Cuba, ordenando Daniel Webster en 1843 al Cónsul en La Habana que ofreciera a la más alta autoridad de Cuba la ayuda de los Estados Unidos para frustrar cualquier tentativa inglesa, encaminada a fundar en la isla una República Cubana-Etíópica. Cuando los americanos percibieron la posibilidad de que Espartero, favorecido por los ingleses, buscara asilo en Cuba y se dieron cuenta del poco rigor con

que las autoridades de la isla trataron a Turnbull y a Coocking, el Secretario de Estado ordenó al Comodoro Chancey ponerse a las órdenes de O'Donnell y le instruyó de la necesidad de no dejar impunes a los autores de atentado semejante a los cometidos por Turnbull; indicándole, además, que si los Tribunales se mostraban magnánimos o flojos, debería el pueblo tomar la justicia por su mano, y ahorcarles «en el mismo Ingenio» en que los encontrasen.

En estos últimos tiempos las dotaciones de varios ingenios se sublevaron contra sus amos, y Domingo del Monte enteraban a Everett, y por conducto de éste a la Cancillería de Washington, de la existencia de una conspiración de vastas proporciones.

La Habana, Abril 15 de 1944.

Apuntes para la Historia Constitucional de Cuba

LOS COMPLICADOS CON PLACIDO

may 2/44

POCO se conoce de los que acompañaron a Plácido en la gran aventura de ingresar en la conspiración planeada por David Turnbull, conjura que admiten unos y niegan otros sin que estos últimos tengan datos para asegurar que todo fué obra interesada de las autoridades españolas. Abonan la existencia de la conspiración un largo proceso histórico, las coincidencias de episodios y fechas y hasta las declaraciones de personas de responsabilidad moral como son, entre otros, José Antonio Saco en el folleto de 1845, y Domingo del Monte en la carta que desde París escribió a O'Donnell. Puede admitirse que el miedo extremase la nota en los castigos, y que la codicia de alguno comprometiera inocentes; pero no afirmar que en este proceso todo es falso, y que jamás hubo concierto para separar a Cuba de España contando con el apoyo inglés.

Por esto, cuanto representa proyectar alguna luz sobre los acontecimientos de "El 44", cubiertos de sombras aún, es conveniente, y necesarísimo saber quienes eran los comprometidos y como los descubrieron las autoridades. El nombre de Luis Gigaut se lee en la mayoría de las sentencias, y como sobre él nada se ha dicho, este silencio provoca que algunos duden de su existencia, creyéndole personaje fabricado por la Comisión Militar para justificar sus crímenes; y Luis Gigaut fué una de las figuras principales de "La Escalera". Hombre de confianza de Turnbull, encargado de las propagandas entre pardos y negros; muy hábil y cauto trabajaba con astucia extraordinaria desapareciendo de la escena con tanto misterio como hizo su entrada.

Por JOSE MANUEL DE XIMENO

Gigaut era mulato, natural de Santo Domingo, y dueño de una carpintería en la calle de Industria; mantuvo amistad con Dodge desde que éste vivía en Nueva Orleans, época en que ya pensaba en la libertad de Cuba. Para interesar en los planes del Cónsul Inglés a las dotaciones de las fincas de la jurisdicción de Matanzas, la que mayor número de esclavos contaba entonces, hizo tres viajes a dicha ciudad desde fines de 1840, o comienzos del 41, hasta Septiembre de 1842. En Matanzas visitó a Félix Tanco para quien llevaba carta de presentación del Vice-cónsul Cocking, organizando la junta correspondiente en la comida que le diera Jorge López. Paraba en Pueblo Nuevo en el café de su paisano Bonnard, y en La Habana se reunía con Plácido en una bodega de la Plaza del Cristo. Gigaut se opuso tenazmente a la guerra a muerte aconsejada por José Erice y Miguel Flores. Erice odiaba a Gabriel de la Concepción Valdés al que mencionaba, despectivamente, como "un poeta mulato llamado Plácido", éste, en cambio, cuando se refería a Erice aseguraba que siempre vivió con mucha decencia, y aumentando con su trabajo el capital que le dejaron sus padres Erice practicaba la usura, y su mujer prima hermana de la del Bardo. Se ahorcó en la prisión con el braquero que usaba.

Andrés José Dodge, hermano de otro Andrés Dodge condenado en la causa seguida contra Don José de la Luz, había nacido en La Habana; de muchacho escapó de la casa paterna viviendo algunos años en Filadelfia primero, y luego en Nueva Orleans donde se hizo dentista práctico. Vuelto a



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

21

Cuba encontró acomodo en el gabinete de Blackley que poco después le presentó a su clientela de Matanzas. Aquí contrajo matrimonio con Gabriela Pimienta, hija del padre Chávez y heredera de regular fortuna; ya casado embarcó para Francia a poner en un colegio a los hijos de Santiago Pimienta. En víspera de la travesía habló con Gigaut, Manuel Román y Don Francisco Noy, sobre la conspiración. Dodge confesó sus conexiones con los planes del Cónsul Inglés al propio Gobernador de Matanzas, que le adeuda-

ba crecida suma de dinero, y que tenía interés en favorecerlo. El brigadier García Oña pagó religiosamente esta cuenta a la viuda de Dodge.

Santiago Pimienta, hermano político de Dodge, era joven de genio alegre, algo poeta, que en tiempos de Buitrago en 1839, encerraron algunos días por escribir unas "ensaladillas" insultando a las personas más respetables de Matanzas; suave en el trato de los esclavos, pese a las órdenes energicas de su madre, y bastante atolondrado, intentó suicidarse a poco de preso con el corión de la capa. Algunos encausados, negros y esclavos, ponen en boca de Pimienta la frase, "en verbo de blanco no quedará uno vivo"; es probable que jamás pronunciase estas palabras porque Santiago militaba en el grupo de Gigaut, enemigo de declarar guerra a muerte a los blancos por estimar que ocurriría lo mismo que en Santo Domingo donde los mulatos fueron arrollados. Las confesiones de Pimienta provocaron las prisiones de Manzano y Flores.

Jorge López, teniente del Batallón de Pardos de La Habana y agregado a la Compañía de Matanzas, era un antiguo conspirador condenado en 1831 por la Comisión Militar por asistir a reuniones sospechosas y vertir conceptos contrarios al gobierno, denunciado en esta oportunidad por Tomás Vargas. López fué el primero que instruyó al Tribunal de la división existente entre pardos y negros, así como de que había blancos principales comprometidos. Las declaraciones de López demuestran que estaba enterado de la política inglesa con respecto a la esclavitud.

Solicitaron la cooperación de Manuel Quiñones, zapatero, natural de Sancti Spiritus y segundo sargento del Batallón de Moreno, por las especiales condiciones de su carácter, violento y arrojado. Le señalaron para Capitán Jefe de la Infantería. Quiñones era racista y por él se tuvo noticias de un Carlos Guerra, natural de Baracoa y hermano de José María carpintero de Matanzas, representante de los conjurados cerca del gobierno de Santo Domingo, que mantenía correspondencia con Plácido por conducto de José Froylan, pardo libre y vecino de Trinidad. Froylan pasó dos meses en Matanzas en 1841 cuidándole de los gallos de Don Pedro Sánchez y a don Geónimo Oliva. Cumplía en la Cárcel de Trinidad al mismo tiempo que el poeta. Las declaraciones de Quiñones llevaron a la detención de Pedro de la Torre, teniente de Bomberos de Matanzas, establecido en Cienfuegos.

Pedro de la Torre, habanero y músico, partió de Matanzas para Cienfuegos en 1842 a conquistar partidarios en la jurisdicción. La Torre se colocó como músico en el Teatro de dicha Ciudad, y tenía el encargo de esperar con sus fuerzas a las tropas que saliendo de Jamaica desembarcarían en un lugar de la costa entre Cienfuegos y Trinidad; a este objeto debería reunir su gente en el lugar llamado La Lechuza, en Caonao, donde encontraría armas suficientes. Intimo de Plácido hospedó al poeta en su casa las dos veces que éste pasó por la Perla del Sur.

Bruno, calesero y esclavo del doctor Huerta, fué iniciado por Pedro Huerta, gallero y albañil, una noche de retreta que esperaba a su amo a la puerta de la Sociedad Filarmónica. Huerta indicó a dos extranjeros, Don Luis Santuñet y Don Juan Gysbert, como encargados de recolectar fondos.

Antonio Abad, esclavo de Don José Baró, sería uno de los capitanes de la gente de a caballo, y los otros dos José de la O García y Bruno Huerta. Abad aseguraba que él ayudó a esconder las armas en una de las cuevas del Yumuri, armas que trajo la goleta "Josefa". El Tribunal quiso comprobar este hecho, y el Capitán

del Puerto de Matanzas informó que no había entrado ningún buque con este nombre; pero que en el mes de Octubre de 1843 lo hizo la goleta "Sephia".

Estos fueron los conjurados principales, los agentes más activos de la llamada "causa de Matanzas" denunciados por Antonio Bernoqui, que España indultó por Real Orden de 27 de Marzo de 1845. Claudio Brindis de Salas y Juan Francisco Manzano representaron papel análogo al de Bernoqui en la causa de La Habana; Brindis acusó a Uribe, y Manzano señalaba que en los 19 días que trabajó de cocinero en casa de Domingo del Monte, éste recibió a Plácido tres o cuatro veces celebrando entrevistas de larga duración y a puertas cerradas. Manzano admitió que trataba a Gigaut. Después... ¿qué necesidad tuvo Manzano de escribir a Doña Rosa Alfonso de Aldama que nada dijo porque nada sabía?

La Habana, Mayo 2 de 1944.

Manzano 4



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

ANUNCIOS PARA LA HISTORIA CONSTITUCIONAL DE CUBA.

PALENQUES Y CONSPIRACIONES.

Por José Manuel de Kimens.

UN especialista en los estudios de la esclavitud en Cuba, el doctor Fernando Ortiz, cuando discurría sobre los orígenes, fines y desenvolvimiento de los palenques, solo encontraba en ellos "el estallido de una potente impulsividad largo tiempo comprimida; pero nada más; sin verdadero plan, ni caudillos directos, sin ecos suficientes en los demás esclavos, sin armas ni medios de ataques y defensas eficaces". Los palenques surgieron en todas las regiones de América donde hubo esclavitud africana. En vano tratará de buscarse rudimentos de organización en esas sociedades primitivas. A los prófugos les reunía el instinto de conservación; hasta la propia palabra con que se les designaba, "palenques" tomó en América el sentido de desorden, de sitios "donde hay confusión o barullo muy grande".

En las reuniones de prófugos palpitaba, exclusivamente, el propósito de sustraerse de la vigilancia o de la crueldad del amo; solo un soñador y artista como Emilio Gaspar Rodríguez pudo ver en los grupos de esclavos, unidos ocasionalmente en la defensa común, propósitos de combatir por la "extirpación de la esclavitud". Empeño semejante requería organización y agresividad, y los choques no pasaron de la defensa. Se fugaban los siervos sin concertación previa, y en la huida la casualidad les reunía en la espesura del monte, o en la obscuridad de la cueva, que solo abandonaban para buscar alimentos; nunca con el propósito de invitar a otras dotaciones a seguirlos. Arrastraban vida nómada y miserable, desconectados entre sí. Por esto no representaron jamás peligro serio, la potencialidad del daño era muy limitada, no pasaba de las inmediaciones en que vivían los prófugos.

Entre los palenques y Aponte no hay puntos de contacto. Las noticias publicadas sobre esta conspiración impiden clasificarla

entre las que sumaron blancos y negros en sus filas, fué movimiento racista exclusivamente, mal organizado y carente de recursos; el apoyo de Cristóbal se limitó a enviar al General Juan Francois, torpe en los trabajos y sin talento en la elección de colaboradores. El General haitiano aprovechaba la admiración que en los negros de Cuba despertaban otros generales de Haití recluidos en Casa Blanca, para asegurarles un futuro mejor. El dicho de Charón de que había cinco mil hombres que esperaban el mando de negros habaneros, parece hijo de la fantasía de Juan Francois; si Cristóbal pensó seriamente en la conquista de Cuba, las autoridades españolas localizaron el conflicto a tiempo.

El doctor Garrigó cree que en esta conspiración tomaron parte los blancos, fundándose en que Aponte aseguraba que el Gobierno de Madrid tenía decretada la libertad de los esclavos; pero que las autoridades de Cuba no cumplían estas disposiciones. El doctor Garrigó considera el argumento demasiado sutil para que lo concibiera la imaginación de Aponte, por lo que entiende que entre Aponte y Román de la Luz existieron ciertas conexiones. Estos rumores favorables a los siervos eran ya viejos en Cuba cuando sucedieron los acontecimientos de 1812; algo parecido dijeron los del palenque mencionado por el Obispo Morell de Santa Cruz, lo mismo afirmaban los de Nicolás Morales; es probable que los utilizase Román de la Luz, y que Aponte los repitiera. En el Continente también se siguió esta propaganda por un negro de nación venido de Curazao y que de allí escapó a Coro, José Gabriel González, quien, al decir de las autoridades españolas, era hombre inteligente que hablaba español y francés correctamente.

El argumento en sí no entraña, y menos prueba, complacencia o complicidad. Es mas, si el apoyo



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

de Cristóbal fué realmente cierto, habrá de acusar de inconsciente a los cubanos blancos por unirse a los partidarios de aquél, de cuyo racismo feroz existían innumerables datos, suministrados por los numerosos emigrados que aquí encontraron asilo, después de presenciar escenas horribles, y de perder sus caudales. Las declaraciones de Chacón, Aponte y otros no permiten dudas sobre el racismo de esta conspiración.

La misma personalidad de Aponte aparece un poco confusa, para algunos era un hombre cuyo fervor religioso dió nombre a la calle de Jesús Peregrino, aceptando así la versión popular admitida por don José María de la Torre; pero Juan Clemente Zenea, aficionado a los estudios históricos, en una leyenda publicada en "La Prensa" de la Habana, recoge la de una joven modesta hondamente agraviada por un Conde, y el castigo terrible que al noble impuso el Capitán General: en esta historieta al devoto del Nazareno se le presenta, años después de muerto, como ente despreciable, presto a cometer por dinero cualquiera acción mala, sin detenerse ante el asesinato. Calcagno identifica al revolucionario con el criminal de extramuros. Es indudable que Aponte sentía la religión profundamente, eligiendo para bandera de sus huestes el color blanco con la imagen de la Inmaculada; ahora bien, la sentencia condenatoria no lo presentó como sujeto peligroso, sino como fatuo y equivocado en sus ideas.

Aponte tenía poca organización pero había rudimentos de ella. Estudió el plan que intentaba ejecutar, hizo propaganda, y ponderó los elementos militares con que contaba. Existía un fin político bien definido, al proponerse elevar su clase sobre la de los blancos, como ocurriera en Santo Domingo. Es innegable que la Conspiración y levantamiento de Aponte, idea propia o inspiración de Cristóbal, ocurrió en los mejores momentos para triunfar por el rencor que entre los siervos despertaron los rumores sobre la suerte de la esclavitud en las Cortes, falseados en el sentido de que la libertad ordenada no se cumplía por la oposición de los blancos. A esto unían la victoria que los de Santo Domingo obtuvieron sobre sus amos a los cuales vieron llegar a playas cubanas maltrechos, famélicos y en la mayor miseria. Aponte, con este ambiente favorable,

procuró ganarse adeptos, a los cuales deslumbraba con uniformes suntuosos, rojos y azules, centellantes de dorados, embaucándolos con la estampa del Rey haitiano vestido con fastuoso traje de corte, y en compañía de dos oficiales no menos adornados. Como conocía muy bien el espíritu religioso de los suyos, él mismo era devotísimo, llevó la imagen de la Virgen al lienzo blanco de la bandera, y señaló, por grito de guerra, una invocación a la Purísima convencido de que la Reina de los Cielos le daría el triunfo. Hablaba de puestos, de mejorar la existencia, y prolijo en detalles, saciaba la curiosidad de sus auxiliares enseñándoles los galones que usaría como Capitán General. Vivía con cierto misterio, rodeado de piedras marinas que aseguraba a sus partidarios eran serpientes y culebras. En él había mucho de charlatán y de brujo; pero muy poco de militar.

Pensó, planeó y trabajó una conspiración de vastas proporciones, encaminada a invertir el orden social de aquellos días, sin que pueda estimarse ridículo el detalle de los uniformes, recuérdese la Constitución de Infante, porque entonces los blancos sentían el mismo entusiasmo que los negros por estas cosas. Aponte fracasó en su ejecución, bien por fiar demasiado en la superioridad del número, olvidaba que la pólvora compensaba esta desventaja, o bien porque los apoyos de Cristóbal fueron mas imaginarios que reales.

Al abolir Inglaterra la esclavitud, cesaron los rigores que mantenía contra Haití adoptando España medidas tendentes a evitar que los libertos de las Antillas Inglesas y de Santo Domingo pudieran llegar a la Isla, que contaba ya con número crecido de hombres de color que no eran esclavos, muchos de los cuales aparecieron mezclados en casi todos los movimientos políticos ocurridos en Cuba. El temor fué tan grande como justificado por lo que los cubanos quisieron imitar a los norteamericanos expulsándolos del país. Enterado don Tomás Gener de lo que se proyectaba, se apresuró a escribirle a Domingo del Monte en 1813, "debo advertirle también que en carta de un hacendado de Matanzas he visto que se trata de reunir por suscripción un fondo considerable para exonerar de sus libertos a esa isla; pero a donde los mandarán? No a Santo Domingo porque son demasiado



obvios los inconvenientes y para mandarlos a Africa como hacen estos Estados Unidos con los que quieren ir voluntariamente, sería preciso adquirir como ellos una propiedad territorial en aquella costa, y prepararla previamente para recibir y proteger a dichos libertos; porque si no se hiciese mas que echarlos a las playas africanas, sería una atrocidad que nos haría execrables, y que seguramente anticiparía en nuestra isla los mismos horrores que con esta medida se quiere evitar. Tal vez, solo con dar publicidad a su intento se comete una imprudencia grave, porque descubre un recelo o miedo de parte de los blancos que puede comprometer su seguridad".

Que a Cristóbal animaban ambiciones desmedidas es innegable, al igual que Petion anhelaba el engrandecimiento de su patria, aunque éste último se limitaba a la incorporación de Santo Domingo. Sobre estas ambiciones decía don José Alvarez de Toledo, en 1817, "si hasta ahora no lo han intentado, es por la rivalidad interminable que existe entre uno y otro partido. Al presente el problema está resuelto. Petion ha hecho progresos colosales, y la República de Haití tomó una consistencia que amenaza la suerte de las demás colonias donde la población blanca es incomprablemente menor que las de las otras costas. Cristóbal, cuyo poder físico y moral disminuye por momentos, llegará a un estado de decadencia en que Petion tanto por la fuerza, como por el gran partido de que disfruta en toda la isla, se haga dueño de la parte francesa. En este caso contará con una población de 500.000 habitantes, casi todos soldados, todos enemigos implacables de los blancos. Y entonces ¿cómo salvar la parte española? En fin, me parece que si hay algún modo de contener el mal ejemplo que la revolución y la libertad de los negros de Santo Domingo ha producido y produce en las demás colonias, es cederla a Francia. Esta reunirá inmediatamente en la isla a los antiguos habitantes de la parte francesa que, esparcidos por todas las otras colonias, suspiran por el momento de volver a pisar su patrio suelo. Ellos con el conocimiento del país y del carácter y modo de hacer la guerra que tienen

los negros, y el apoyo de la Francia, que en el día pueden disponer de un gran número de buenas tropas, y de una juventud pobre y emprendedora, pueden llegar el día en que contenga a los negros, cuya empresa para nosotros es del todo imposible".

La primera conspiración de negros cubanos con miras políticas determinadas fué la de Aponte. Dentro del proceso separatista, ocupa, naturalmente, un lugar; pero opuesto, por exclusivo, al de los caudillos blancos; junto a él pueden situarse a Miguel Flores y a José Erice; jamás a "Plácido el poeta".

En cambio, en las conspiraciones y revoluciones de los blancos se buscó siempre la cooperación de los negros, y no se advierte en ninguna el odio de casta alimentado por Aponte, Flores, Erice y otros. Es muy significativo que hasta ahora no se tengan noticias, en los preludios del separatismo, de que en esas iniciativas los negros interesasen la cooperación de los blancos.

El esquema ligerísimo que acaba de hacerse de los empeños separatistas de los esclavos de Cuba, permite dar la razón a don Manuel Sanguily sobre el papel del negro en el proceso revolucionario de Cuba; y especular en el sentido de que cuando los negros de Cuba pensaron en la libertad y en la organización de un gobierno propio, los blancos de Cuba, criollos o peninsulares, representaban el enemigo contra el cual romperían, en tanto, que en las conspiraciones de blancos se buscó la cooperación de los negros y mulatos, prometiéndoles mejorar la condición social de estas dos castas. Cuando se las compara con la de Aponte o la del Caney, resalta enseguida la diferencia entre aquellos y estas, movidas, exclusivamente, por espíritu de venganza, por odio de razas.

Desde la conspiración de Morales, la mas antigua de que hay noticias, hasta la de José María González, en tiempo de Ricafort los conjurados trabajaban guiados por deseos de superación, de ascender hacia planos políticos de mayor dignidad; y naturalmente, en este afán de mejoramiento los blancos no olvidaron a pardos y negros. En la de 1844 aparecieron fuerzas distintas a las concepciones hasta entonces, que respon-



dían al propósito de estorbar cualquier empeño de anexión, ya que los siervos se opondrían al ingreso de la isla en los Estados Unidos, por ser estos esclavistas.

En la conspiración de Nicolás Morales se unieron blancos y mulatos, llevando el nombre de Morales, porque así se llamaba el cabecilla aparente; pero fueron denunciados como instigadores el abogado don Manuel José de Estrada, y el Cadete don Gabriel José de Estrada. Esta conspiración guarda mucha analogía con la del zambo José Leonardo Chirino en Coro, también descubierta en 1795, y dirigida por el doctor Chirino, blanco. La labor de propaganda en Coro y en Bayamo fué la misma, en los dos lugares se dijo que el Rey había dictado una Real Cédula aboliendo la esclavitud; los conjurados de Cuba y los revolucionarios de Venezuela pedían mejoras sociales y fiscales. Los españoles creyeron que José Leonardo Chirino, al que suponían en contacto con el mexicano Martínez que tocaría en Venezuela para insurreccionarla. Abundan los lugares comunes en una y otra conspiración para suponerlos casuales, quizás si la mano de Miranda no fué ajena a estos trabajos.

A la conspiración de Morales siguió en tiempo la del escribano Manuel Ramírez, sin que se conozca la ideología de este precursor; pero si puede establecerse una relación de hechos para clasificarla dentro del mismo grupo de las dos de Roman de la Luz. En efecto, cuando deportaron a Ramírez, acusado de francmasonería, le sustituyó en la escribanía el Procurador Judas Tadeo de Aljovín, encausado cuando la primera conspiración de Luz, la descubierta la noche del 19 de Octubre de 1809; años después sucedió a Aljovín en el oficio de Ramírez, el Licenciado Rojo, que aparece como uno de los jefes en la Habana de la Gran Legión del Aguila Negra; el Licenciado Rojo aseguró al tribunal que los papeles comprometedores encontrados en su casa pertenecieron a Ramírez.

El fracaso de 1809 no detuvo a

don Román de la Luz, que persistió en sus trabajos en compañía de don Luís Francisco Basave y otros vecinos de la Habana hasta dar el golpe la noche del 4 de Octubre de 1810, en que cayeron presos en compañía de negros libres y de esclavos. Condenados por los delitos de francmasonería y sublección fueron deportados todos a España y pocos años después amnistiados.

En la de los 'Soles y Rayos de Bolívar', no olvidaron los conjurados el problema de la esclavitud, Lemus en una de sus proclamas indicaba que lo resolvería porque "todos eran hijos del mismo Dios". Algunos entienden que la conspiración de la Gran Logia del Aguila Negra era de blancos exclusivamente. La afirmación es un tanto aventurada, debido a que solo se conocen las bases de la sociedad, dictadas para México, y no los planes concretos con respecto a Cuba; y como en México la esclavitud del negro no representaba el problema que para Cuba, aquellas se refieren únicamente a los indios. Es muy difícil, imposible tal vez, que los blancos de la isla organizaran revoluciones sin contar con la otra raza que poblaba el país; porque su número representaba una fuerza extraordinaria que no podían ignorar, cuya inclinación a uno u otro bando significaba la victoria.

La conspiración de 1840, con ramificaciones amplias en la provincia de la Habana la dirigía un blanco, don Martín de Ayala. En ella estuvieron mezclados y condenados por sentencia de 25 de Abril de 1840, el Capitán de Morenos León Monzón a la pena de cuatro años de prisión en España, exonerándosele de los empleo y condecoraciones que disfrutaba con prohibición de volver a Cuba, el subteniente José del Monte Pino, Pilar Borrego, Ambrosio Borrego, sargento José Florencio Davan, José Andrade, José Felipe Cabrera, Agustín Cabrera, Margarito Blanco y Tomás Peñalver, deportados permanentemente a España. Eusebio Mora Serapio Villate, Gabino Rodríguez Padrón, Regino Abad, Bartolomé Villena, Mateo Abrantes y Ambrosio No-



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

riega a seis meses de trabajos en las obras públicas; y absueltos José Nemesio Jaramillo y Francisco Valdés Mollares. Los conspiradores se reunían con el pretexto de bailes y se les sorprendió en uno que daban en Bejucal. Claudio Brindis aseguraba que el cabecilla principal era el pardo José María González, que no fué habido; y la Comisión Militar oficiaba al Capitán General sobre la conducta sospechosa del Comisario de barrio Don Cayetano Mata que permitía reuniones de negros en su casa.

A esta conspiración sigue la llamada de 1844 o de "La Escalera", la mas importante de las ocurridas hasta entonces en Cuba; su conocimiento es interesante por ciertas conexiones internacionales. Fué la primera gran conspiración cubana separatista con ramificaciones en toda la isla; su estudio minucioso se impone para fijar la posición de ciertos hombres. Señala, como ninguna de las anteriores, la hostilidad de la sociedad cubana contra el régimen español; pues en ella estuvieron mezclados muchos criollos principales que andando los años fueron enemigos irreconciliables de la antigua Metrópolis. En este último aspecto las acusaciones de cohecho contra el Fiscal Salazar, y su condena posterior, desorientan algo, por lo que es imprescindible investigar en torno a su conducta, y así llegar a conocer si cuando rompió ciertos documentos, favorecía a los cubanos comprometidos, por dinero probablemente, o en defensa de su cargo oficial. España en esos momentos contaba con el apoyo incondicional de los Estados Unidos, y los manejos de Salazar en el curso de la causa, no representaban innovaciones en los procedimientos de aquellos años.

La Habana, Marzo 7 de 1944.

Lib. del at. 13/44

Las Rebeldeas Negras
[Conspiracion de la Escalera - 1844]
por José L. Paules



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

LOS viejos del pasado siglo llenaron de horror las mentes juveniles de la época con relatos escalofriantes de los sucesos del año terrible; de aquellos trágicos episodios, históricamente conocidos bajo el nombre de Conspiración de la Escalera.

Los testigos de aquella represión brutal temblaban de miedo, cincuenta años después, recordando el látigo del mayoral destruyendo cuerpos humanos, y el asesinato legal de millares de hombres y mujeres cuyo delito no había sido otro, que el de amar la libertad y odiar la esclavitud.

La leyenda, con la eterna justicia de los juicios populares, cubrió a los mártires de 1844 de una teoría infinita de relatos prodigiosos en cuyo fondo palpitaba la verdad histórica. Hubo de rodear el pueblo, a los que siempre consideró carne de su propia carne, de una aureola de prestigiosa simpatía, que ha podido, a través de un siglo, resistir victoriosamente todas las intrigas y calumnias de la esclavocracia colonial, que no ha cesado un solo momento en el empeño mezquino de rebajar ante los ojos de la posteridad la dignidad humana y la justeza de propósitos, no solo de los hombres del 44, sino de todos aquellos que a través de siglos de ignominia, habían soñado en el Nuevo Mundo con suprimir el régimen esclavista.

Es natural que los folicularios coloniales y sus epigonos de la era republicana, rompieran sus mejores lanzas por defender la tiranía y la opresión, por combatir el derecho de los hombres a ser libres, a ser respetados y considerados como iguales a los demás. No hacían sino traducir idealmente el estado de cosas en vigor. Las ideas que expresaban

ta por conquistadores y colonizadores.

Tantas cuantas veces sintieron los esclavos que les eran favorables determinadas circunstancias históricas —depresión económica, protestas de los hacendados contra la burocracia colonial y sus leyes o propagandas filosóficas— se lanzaron con heroísmo ejemplar a romper las cadenas odiosas de la esclavitud.

A principios del siglo XVI —26 de Diciembre de 1522— estalló en La Española, en un ingenio del Almirante D. Diego Colón, la primera insurrección de los negros esclavos. El Virrey de Nueva España, D. Antonio de Mendoza, escribía al Emperador que el 24 de septiembre de 1537 había descubierto una conspiración de negros esclavos, concertados con los indios para matar a los españoles y quedarse con sus tierras. Capitaneados por un esclavo llamado Felipillo, se sublevaron en Panamá, en el año 1549, los negros cansados del continuo maltrato de los blancos colonizadores.

Cerca de Barquisimeto, en unas minas de oro, durante el año 1555, el esclavo Miguel, incitó a sus compañeros de infortunio a la revuelta. Muchos le siguieron. Lo proclamaron rey, y después de varias acciones afortunadas, fué derrotado y muerto por las tropas españolas al mando del capitán Diego de Losada.

Los siglos XVIII y XIX. están jalonados en toda su extensión por la inquietud revolucionaria de los esclavos.

Los comuneros del Socorro, en Nueva Granada, llevando de capitán a José Antonio Galán, se sublevaron en 1781 contra el mal gobierno. Galán, liberta los esclavos de las haciendas por donde pasaba. Los indios, los negros, los mulattos siguen al capitán mestizo que

G. Sagastume, Propulsor del Partido Liberal

Goal Tranquilino Sagastume ha tenido la iniciativa de proponer el establecimiento de un organismo o directorio liberal de cordialidad y coordinación.

Propone a la vez, Sagastume, gestionar el retorno a la liza política del Dr. Orestes Ferrera Marino, el reintegro al partido de varios representantes que figurar en otras agrupaciones, realizar trabajos de acercamiento entre líderes distanciados y pedirle a otros que se hallan al margen de la actividad liberal, que renueven sus luchas dentro del partido.

Muy acertado está en todos aspectos el periodista Goal Sagastume y en bien del tradicional partido del Gallo y el Arado, le deseamos un verdadero éxito en esta plausible labor.

(PASA A LA PAG. 10).

formadas por los directores parlamentarios. En las sesiones parlamentarias no para nada con ellos. En la del gabinete, tampoco; los ministros los sitúa en las salas, amén de que el presupuesto les viene mordiendo las orejas y despedazándoles presentantes y senadores nos no volverán a unirse democrata, por virtud de las existentes entre Alonzo y Sagastume, (se dice por el, pero este detalle relativo al futuro de un gobierno que contribuyó eficazmente al triunfo de un gobierno despreciado ostensible y sus aliados de ayer.

Los liberales unidos fortran un buen momento en el momento del doctor Gran empuje a la tropa con el instrumento de mayor eficacia y si a los republicanos contribuyeron a la exaltación no se les toma en cuenta para nada, como pertenecientes a ellos

LOS viejos del pasado siglo llenaron de horror las mentes juveniles de la época con relatos escalofriantes de los sucesos del año terrible; de aquellos trágicos episodios, históricamente conocidos bajo el nombre de Conspiración de la Escalera.

Los testigos de aquella represión brutal temblaban de miedo, cincuenta años después, recordando el látigo del mayoral destrozando cuerpos humanos, y el asesinato legal de millares de hombres y mujeres cuyo delito no había sido otro, que el de amar la libertad y odiar la esclavitud.

La leyenda, con la eterna justicia de los juicios populares, cubrió a los mártires de 1844 de una teoría infinita de relatos prodigiosos en cuyo fondo palpitaba la verdad histórica. Hubo de rodear el pueblo, a los que siempre consideró carne de su propia carne, de una aureola de prestigiosa simpatía, que ha podido, a través de un siglo, resistir victoriosamente todas las intrigas y calumnias de la esclavocracia colonial, que no ha cesado un solo momento en el empeño mezquino de rebajar ante los ojos de la posteridad la dignidad humana y la justeza de propósitos, no solo de los hombres del 44, sino de todos aquellos que a través de siglos de ignominia, habían soñado en el Nuevo Mundo con suprimir el régimen esclavista.

Es natural que los folicularios coloniales y sus epígonos de la era republicana, rompieran sus mejores lanzas por defender la tiranía y la opresión, por combatir el derecho de los hombres a ser libres, a ser respetados y considerados como iguales a los demás. No hacían "sino traducir idealmente el estado de cosas en vigor". Las ideas que expresaban tenían su raíz en hechos materiales producidos por la clase dominante. Y son las ideas de esta citada clase, miradas como verdades eternas, las que se han impuesto, no solo en aquel momento histórico, sino que se han filtrado hasta aquí bajo el manto hipócrita de la neutralidad de la cultura.

Desgraciadamente la economía de nuestro país —la Revolución del 95 dejó en pie la que nos rigió en el período esclavista— no ha progresado con el ritmo que demandan las urgentes necesidades de nuestro pueblo. Se ha conservado, en sus líneas generales, como cien años atrás, con la característica de una economía de planificaciones, cuyos regresivos impulsos se oponen tenazmente al progreso y libertad de amplias capas de la nación cubana.

Y esa presencia, en el orden de las ideas, como en el del estado de cosas materiales que padecemos, hace que se juzguen hoy todavía los sucesos de 1844, con el criterio reaccionario de los opresores de ayer, o simplemente se hable de la Conspiración de la Escalera, como de un intento racista más o menos aislado, sin otros antecedentes que el odio natural que los esclavos profesaban al amo, que los hacía víctimas de su crueldad.

La Escalera ha sido en la historia colonial de Cuba, un episodio de las luchas continuas, sordas o declaradas, que han librado las clases que componen nuestra sociedad, desde los primeros días de la conquista. Episodio que está ligado socialmente, por más de una razón o de un hecho significativo que no puede escapar a la mirada del investigador honesto, a todos los que han tenido lugar en otros países del continente americano, y muy especialmente en los que componen estas Antillas Mulatas, protagonizados por los oprimidos —esclavos indios o negros— en lucha formidable contra sus opresores, europeos o criollos.

Los pueblos sometidos del Mundo Colombino —indígenas o inmigrantes por la fuerza de otros continentes— jamás aceptaron con resignación la esclavitud impues-

ta por conquistadores y colonizadores.

Tantas cuantas veces sintieron los esclavos que les eran favorables determinadas circunstancias históricas —depresión económica, protestas de los hacendados contra la burocracia colonial y sus leyes o propagandas filosóficas— se lanzaron con heroísmo ejemplar a romper las cadenas odiosas de la esclavitud.

A principios del siglo XVI —26 de Diciembre de 1522— estalló en La Española, en un ingenio del Almirante D. Diego Colón, la primera insurrección de los negros esclavos. El Virrey de Nueva España, D. Antonio de Mendoza, escribía al Emperador que el 24 de septiembre de 1537 había descubierto una conspiración de negros esclavos, concertados con los indios para matar a los españoles y quedarse con sus tierras. Capitaneados por un esclavo llamado Felipillo, se sublevaron en Panamá, en el año 1549, los negros cansados del continuo maltrato de los blancos colonizadores.

Cerca de Barquisimeto, en unas minas de oro, durante el año 1553, el esclavo Miguel, incitó a sus compañeros de infortunio a la revuelta. Muchos le siguieron, lo proclamaron rey, y después de varias acciones afortunadas, fué derrotado y muerto por las tropas españolas al mando del capitán Diego de Losada.

Los siglos XVIII y XIX, están jalonados en toda su extensión por la inquietud revolucionaria de los esclavos.

Los comuneros del Socorro, en Nueva Granada, llevando de capitán a José Antonio Galán, se sublevaron en 1781 contra el mal gobierno. Galán, liberta los esclavos de las haciendas por donde pasa. Los indios, los negros, los mulatos siguen al capitán mestizo, que lleva en sus manos poderosas la antorcha de la libertad. En Antioquia, en Medellín, y en Río Negro, los esclavos se reúnen para sublevarse. Dicen que existe una Real Cédula, que les han ocultado maliciosamente, en que el Rey de España hace libres a los esclavos. Esto mismo ha de decirse en Cuba treinta años después. Son denunciados, perseguidos, quizás por los mismos que reclaman justicia de España, y cruelmente castigados. Con el suplicio del gran caudillo de los comuneros, de José Antonio Galán, traicionado por los criollos que fueron sus compañeros, las esperanzas de redención de indios y negros, en lo que hoy es Colombia, quedaron sepultadas por muchos años.

España, desde que sus colonias adquirieron alguna riqueza e importancia, no poseía ni el espíritu de empresa, ni los capitales necesarios para comerciar con ellas; sentía recular su poderío ante el ascenso del poder de los terratenientes criollos, cada día más exigentes y amenazadores. Inspirada todavía por el reformismo o iluminismo espíritu reformista de la época reciente del despotismo ilustrado, dictó la famosa Real Cédula, de "gracias al sacar" con ánimo de ganarse la buena voluntad y el dinero de los numerosos mulatos, cuarterones, etc. que poblaban sus extensos dominios de América. "Los hidalgos aventureros", —afirma Gil Fortoul— para quienes no había regla ni medidas, saciaban sus ímpetus amorosos con las indias y mestizas y negras y zambas;... Gran número de criollos que alegaban pureza de sangre española, eran en realidad mestizos o pardos, por secretos desvíos de sus abuelos, o como descendientes legítimos de conquistadores mezclados... La misma familia de Bolívar, aunque de abolengo ilustre, tenían ya sangre mestiza a fines de la colonia".

Los criollos ambicionaban la igualdad con los españoles, más no la de los negros con ellos... La Real Cédula de gracias al sacar, expedida en Aranjuez el 10 de febrero de 1795, en que se tra-

taba de la "dispensación de calidad de pardos, y quinterones, y distintivo de Don, levantó una tempestad de protestas entre la pseudo-aristocracia criolla de Caracas, muy orgullosa de su presunta limpieza de sangre, y que como máxima explotadora del tra bajo esclavo, vivía muy bien man teniendo las deferencias raciales. "Un acta del Ayuntamiento de Caracas, fechada 14 de abril de 1796, revela mejor que documento alguno cuan agria era la lucha social entre blancos y pardos... Después de renovar la súplica dirigida ya al rey en 13 de octubre de 1788, para que denegase el privilegio a que pretendieron algunos pardos caraqueños para contraer matrimonio con personas blancas y para ser admitidos a las órdenes sagradas, continua el acta: "Dispensados los pardos y quinterones de la calidad de tales, quedarían habilitados entre otras cosas para los oficios de república, propios de personas blancas, y vendrán a ocuparlos sin impedimento mezclándose e igualándose con los blancos y gentes principales de mayor distinción..."

El tránsito de los pardos a la calidad de blancos —dice la representación que dirigió el Ayuntamiento al Rey— "es espantoso a los vecinos y naturales de América, porque solo ellos, desde que nacen, o por el transcurso de muchos años de trato en ella, corren la inmensa distancia que separa a los blancos y pardos, la ventaja y superioridad de aquellos, y la bajeza y subordinación de éstos... Y termina proponiendo, que se les obligue a trabajar en los campos, y se les ponga tasa en las artes mecánicas que ejercen, apartándolos de toda ocasión que despierte sus pensamientos altivos.

Como respuesta, en ese mismo año se sublevaron en Coro los ne-

que nacieron John Brown y Nat Turner, el año en que Denmark Vesey compró su libertad, y el año de la gran conspiración de Gabriel.

Serían interminables estas cuartillas, si refiriéramos las docenas revueltas y conspiraciones de esclavos en Norte América, pero debemos señalar, que casi al mismo tiempo que en Cuba, en Agosto 18 de 1812, se descubrió en Nueva Orleans, una conspiración para insurreccionar a los negros. Como en la de Aponte, blancos y negros libres estaban implicados. Uno de los hombres blancos Joseph Wood, fué condenado, y ajusticiado en Nueva Orleans el 13 de Septiembre de 1813, como líder de la revolución.

El 16 Pluvioso del año II (4 de Febrero de 1794) la Convención francesa vota dentro del mayor entusiasmo, la abolición de la esclavitud.

La noticia produjo en todas las Antillas, sacudidas ya por los progresos que enunciaba los mensajes alentadores de la Revolución, y por las crisis perennes provocadas dentro del régimen colonial, una profunda emoción entre todos sus habitantes, libres o esclavos.

En la Martinica, los mulatos (petit-blancos) y los comerciantes de Saint-Pierre, habían abrazado la causa de la democracia republicana; los dueños de esclavos y de plantaciones, apoyados por la división naval mandada por le Rivière, permanecieron fieles a la bandera blanca del feudalismo realista. Vencidos por los republicanos de Rochambeau, pasaron en 1793 a la Trinidad, colonia española, a borde de barcos de Rivière, o la isla de Dominica, en el navío de guerra inglés Culloden, para continuar desde aquellos lugares conspirando contra la libertad.

El 15 de Abril de 1794, la es-

cuadra inglesa del Almirante Jervis, destruye la resistencia republicana de la Martinica, se apodera de la Guadalupe, restablece en todo su vigor el régimen anterior a 1789, y quedan abolidas todas las mejoras que los negros habían obtenido con la Revolución.

Oficiales de color, los generales Pelage, Delgrés e Ignace, después de unas administraciones desastrosas que los colonos realistas empujaban impuesto, restablecen en la Guadalupe la discreta autoridad que restablece el orden republicano. El contra-almirante La Fayette, secretario de la Alianza de los colonos blancos. Pelage, cubana en formas descompuestas, política, parece haberse expresado y

Fernando del Busto, abogado y

Así como que el...
América, D. Joaquín...
Gal... en 31 de...
de ver... de 1794...
daba cuenta al...
recepción de la...
convención...
de la...
la...
los...
quedó...
restable...
los...
[Archie...]
de...
el...
le...
In...
dra...
que...
latis...
prop...
de...
de...
de...

¡yo!
Lo que está...
de...

Desmienten al Dr. Del Busto

El 15 de Abril de 1794, la es-

cuadra inglesa del Almirante Jervis, destruye la resistencia republicana de la Martinica, se apodera de la Guadalupe, restablece en todo su vigor el régimen anterior a 1789, y quedan abolidas todas las mejoras que los negros habían obtenido con la Revolución.

Oficiales de color, los generales Pelage, Delgrés e Ignace, después de unas administraciones desastrosas que los colonos realistas empujaban impuesto, restablecen en la Guadalupe la discreta autoridad que restablece el orden republicano. El contra-almirante La Fayette, secretario de la Alianza de los colonos blancos. Pelage, cubana en formas descompuestas, política, parece haberse expresado y

Fernando del Busto, abogado y



regreso en Cuba, en los días de septiembre pró-

taba de la "dispensación de calidad de pardos, y quinterones, y distintivo de Don, levantó una tempestad de protestas entre la pseudo-aristocracia criolla de Caracas, muy orgullosa de su presunta limpieza de sangre, y que como máxima explotadora del trabajo esclavo, vivía muy bien manteniendo las deferencias raciales. "Un acta del Ayuntamiento de Caracas, fechada 14 de abril de 1796, revela mejor que documento alguno cuan agria era la lucha social entre blancos y pardos... Después de renovar la súplica dirigida ya al rey en 13 de octubre de 1788, para que denegase el privilegio a que pretendieron algunos pardos caraqueños para contraer matrimonio con personas blancas y para ser admitidos a las órdenes sagradas, continua el acta: "Dispensados los pardos y quinterones de la calidad de tales, quedarían habilitados entre otras cosas para los oficios de república, propios de personas blancas, y vendrán a ocuparlos sin impedimento mezclándose e igualándose con los blancos y gentes principales de mayor distinción...

El tránsito de los pardos a la calidad de blancos —dice la representación que dirigió el Ayuntamiento al Rey— "es espantoso a los vecinos y naturales de América, porque solo ellos, desde que nacen, o por el transcurso de muchos años de trato en ella, conocen la inmensa distancia que separa a los blancos y pardos, la ventaja y superioridad de aquellos, y la bajeza y subordinación de éstos... Y termina proponiendo, que se les obligue a trabajar en los campos, y se les ponga tasa en las artes mecánicas que ejercen, apartándolos de toda ocasión que despierte sus pensamientos altivos.

Como respuesta, en ese mismo año se sublevaron en Coro los negros esclavos. Proclamaron los derechos del hombre, que llamaban la ley de los franceses.

Los criollos de Caracas debieron conocer, para calmar su fobia, que Patrick Henry, siendo presidente de la Asamblea Legislativa de Virginia, presentó un proyecto de ley tendiente a dar un premio en dinero, del Tesoro del Estado, a los padres de todo niño de sangre mezclada.

En las rebeldías negras, y en sus luchas por la abolición de la esclavitud, participaron ampliamente, en numerosas ocasiones, no solo indios, sino hombres blancos. En 1795, el barón de Carondelet, gobernador de Luisiana, remitió presos a la Habana, por activa conspiración para sublevar la provincia contra la esclavitud, 37 individuos prisioneros blancos y de color.

La revolución de los esclavos en Santo Domingo, que culminó con la independencia de Haití y la desaparición de la trata de negros, causó una enorme impresión en los Estados Unidos. El tópico de las conversaciones en el Norte y en el Sur, y los comentarios de la prensa, estaban ocupados por los acontecimientos de Haití. Centenares de esclavistas del Sur, presos de pánico, huyeron de sus haciendas y se refugiaron en Richmond, Norfolk, Charleston. Un considerable aumento tuvo entonces el sentimiento anti-esclavista en los Estados Unidos. Cuáqueros y Metodistas, alentaron la formación de sociedades abolicionistas. El Kentuckiano David Rice, declaró, en la convención constitucional de su estado de 1792, que los esclavos de Santo Domingo "estaban comprometidos en un noble conflicto". Ideas similares expresó en 1794, el prominente ciudadano de Connecticut, Theodore Dwight. En 1797, el líder negro, Prince Hall, sugería en Massachusetts, que los negros americanos debían imitar a los de las Indias Occidentales Francesas. El año 1800, es uno de los más importantes en la historia de las rebeldías de los negros esclavos de Norte América. Fué el año en

que nacieron John Brown y Nat Turner, el año en que Denmark Vesey compró su libertad, y el año de la gran conspiración de Gabriel.

Serían interminables estas cuartillas, si refiriéramos las doscientas revueltas y conspiraciones de esclavos en Norte América, pero debemos señalar, que casi al mismo tiempo que en Cuba, en Agosto 18 de 1812, se descubrió en Nueva Orleans, una conspiración para insurreccionar a los negros. Como en la de Aponte, blancos y negros libres estaban implicados. Uno de los hombres blancos Joseph Wood, fué condenado, y ajusticiado en Nueva Orleans el 13 de Septiembre de 1813, como líder de la revolución.

El 16 Pluvioso del año II (4 de Febrero de 1794) la Convención francesa vota dentro del mayor entusiasmo, la abolición de la esclavitud.

La noticia produjo en todas las Antillas, sacudidas ya por los progresos que enunciaba los mensajes alentadores de la Revolución, y por las crisis perennes provocadas dentro del régimen colonial, una profunda emoción entre todos sus habitantes, libres o esclavos.

En la Martinica, los mulattos (petit-blancos), y los comerciantes de Saint-Pierre, habían abrazado la causa de la democracia republicana; los dueños de esclavos y de plantaciones, apoyados por la división naval mandada por le Rivière, permanecieron fieles a la bandera blanca del feudalismo realista. Vencidos por los republicanos de Rochambeau, pasaron en 1793 a la Trinidad, colonia española, a bordo de barcos de Rivière, o la isla de Dominica, en el navío de guerra inglés Culloden, para continuar desde aquellos lugares conspirando contra la libertad.

El 15 de Abril de 1794, la escuadra inglesa del Almirante Jervis, destruye la resistencia republicana de la Martinica, se apodera de la Guadalupe, restablece en todo su vigor el régimen anterior a 1789, y quedan abolidas todas las mejoras que los negros habían obtenido con la Revolución.

Oficiales de color, los generales Pelage, Delgrés e Ignace, después de unas administraciones desastrosas que los colonos realistas habían impuesto, restablecen en la Guadalupe la discreta autocracia que restablece el orden republicano. El contra-almirante Lacrosse, famoso por su antipatía a los hombres de color, subleva a los colonos blancos. Pelage, cuyas dotes de político liberal y de gobernante honesto asombra a sus propios enemigos, lo reduce por las armas y lo deja después en libertad. La reacción bonapartista envía una flota y un ejército contra la Guadalupe, al mando de Richepanse. Ignace y Delgrés que le hacen frente, son derrotados. El primero, muere heroicamente combatiendo por la libertad de los suyos; Delgrés, a punto de ser hecho prisionero en Matouba, se suicida haciéndose volar con la casa que le servía de refugio. El 20 de Mayo de 1802, Richepanse restablece la esclavitud y la trata de los negros.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

Anexo a la carta N.º 53 del Capitán General de Venezuela don Pedro Cabello, al Ministro de España en Filadelfia, don Diego Gardoqui, le enviaba el informe del Justo Ayuntamiento de la ciudad de Coro, rendido en ocasión "de la victoria conseguida en batalla campal contra los negros y zamboz libres y esclavos de la Serranía fronteriza, sublevados contra los blancos" en 12 de mayo de 1797, a las ocho y media de la mañana.

[Archivo General de Indias - Estante B1 - Legajo 7 (11)]

Pocos días antes, el propio Cabello había certificado al Príncipe de la Paz - marzo 6 de 1797 - la ejecución del caudillo de la sublevación de Coro, Josef Leonardo Chirinos.

[Archivo General de Indias - Estado - Caracas - Legajo 10 (32)]



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

La Revolución de Julio en Francia —1830— que dió un golpe mortal al feudalismo europeo, hizo restituir, por una ordenanza de 24 de febrero de 1831, los derechos políticos y civiles a los negros y mulatos libres de las colonias antillanas.

En Haití, los hombres de color libres, dirigidos por Ogé, que había regresado de Francia por la vía de Inglaterra y los Estados Unidos, reclamaron el cumplimiento del Decreto de la Asamblea Constituyente de 8 de Marzo de 1790, que les concedía el derecho a participar en la formación de la Asamblea Colonial. Los propietarios blancos y las autoridades, se opusieron formalmente a cumplir los preceptos que favorecían a los ciudadanos negros en el mencionado Decreto. La tentativa de Ogé, Chavannes, de exigir por las armas lo que legalmente les correspondía, fracasó. Refugiados en la parte española de Santo Domingo, fueron presos y remitidos al gobernador del Cap, que los ahorcó, pretendiendo con un castigo ejemplar alejar de las gentes de color toda idea o deseo de pedir derechos. La derrota de los libertos del Norte y su martirio, levantaron el espíritu de revancha, en todo Haití. La agitación violentísima que provocó, dió lugar a la insurrección de los esclavos, dirigidos por Jean Francois Biassou, etc. en 14 de Agosto de 1791. Estaban dispuestos a morir antes de seguir soportando las horribles crueldades de los plantadores.

En medio de los terribles sucesos que invadían la Colonia apareció Toussaint Louverture. No nos proponemos hacer aquí un resumen detallado del papel que este ilustre negro representa en la historia de la libertad americana. Pero no debemos olvidar que su actividad política-revolucionaria, rechazando sucesivamente a ingleses y españoles, y devolviendo a Francia los funcionarios coloniales que como Hedouville, pretendían de acuerdo con los oligarcas-blancos o mulatos— restablecer la esclavitud, es la prueba excepcional de que las rebeldías negras no tenían como fin el exterminio de otros pueblos, sino la de alcanzar el grado de privilegios e igualdad política que gozaban los demás.

Pocos años después de la inícuca prisión de Louverture, cuando Rochambeau, que había sucedido en el mando al desvergonzado traidor Leveque, organiza la salvaje carnicería que le dió tan triste fama, es que los haitianos...

anunciaron
estará d
primeros
ximo, y
prepara
c:bliment
la concu
de sexte

cada ya la
uda del Dr.
rtinez Fraga

En 1795, en Jamaica, los cimarrones enviaron una delegación a las autoridades inglesas exigiéndoles que abandonaran sus comarcas. Las milicias al mando del general Palmer, atemorizaron un tanto a los rebeldes, que al fin celebraron un convenio con las autoridades coloniales. El arreglo final, fué impuesto a los negros más que por las armas del general Palmer, por los perros de presa que D. Luis de las Casas, gobernador de la isla de Cuba, facilitó al Coronel Quarrel, enviado por Lord Balcarrés a la Habana con ese fin, y por los expertos ranchadores, verdaderos cazadores de negros, que llenaron de pavor los palenques jamaicanos. En Barbados, una crisis de proporciones insospechadas, motivó la sublevación de los esclavos, en 1816, que fué aplastada con la peculiar ferocidad de las autoridades coloniales inglesas. El abandono de los campos, la miseria enseñoreada de los pueblos y aldeas, animados también por la propaganda abolicionista de Wilberforce y sus amigos en el Parlamento inglés, produjo en Jamaica, en 1831, una revolución de amplias proporciones. Para apaciguar los ánimos, el gobierno inglés de Jamaica, asesió a diez mil negros. No respetó ni a las mujeres, ni a los niños. En Julio de 1833, el correo de Jamaica, que se dirigía a Nassau, en las Islas Bahamas, fué dejado, por todos los lugares que arribaban, la noticia de que el Parlamento inglés había decretado la abolición de la servidumbre, lo que despertó la natural inquietud entre los negros. El gobernador de Bahama, Balfour, metió en la cárcel a la tripulación por difundir noticias alarmantes, y lanzó una proclama a la población esclava de la isla, invitándola, con las palabras mejores y más dulces que jamás salieran de labios de un colonial inglés, a no perturbar la...

SA A LA PAG. 10).
por consiguiente, la
expresión a la voluntad
lo que ha permitido dar-
ta, marca un ascenso
trato. Esa significación
e mil novecientos cua-
elecciones del primero
pancha del relieve histo-
Partido Republicano
cuarto que literalmente
Republicano, párrafos
algunos días por el al-
es de principios formu-
rtantes párrafos de las
reproducir, dos de los
orico de la hora, sólo
cias políticas. Como de-
que se abre entre am-
tos a la distancia in-
tamos hoy nuevos pro-
insubilidad en el nuev-
de cargos de confian-
Republicano



La Revolución de Julio en Francia —1830— que dió un golpe mortal al feudalismo europeo, hizo restituir, por una ordenanza de 24 de febrero de 1831, los derechos políticos y civiles a los negros y mulatos libres de las colonias antillanas.

En Haití, los hombres de color libres, dirigidos por Ogé, que había regresado de Francia por la vía de Inglaterra y los Estados Unidos, reclamaron el cumplimiento del Decreto de la Asamblea Constituyente de 8 de Marzo de 1790, que les concedía el derecho a participar en la formación de la Asamblea Colonial. Los propietarios blancos y las autoridades, se opusieron formalmente a cumplir los preceptos que favorecían a los ciudadanos negros en el mencionado Decreto. La tentativa de Ogé, Chavannes, de exigir por las armas lo que legalmente les correspondía, fracasó. Refugiados en la parte española de Santo Domingo, fueron presos y remitidos al gobernador del Cap, que los ahorcó, pretendiendo con un castigo ejemplar alejar de las gentes de color toda idea o deseo de pedir derechos. La derrota de los libertos del Norte y su martirio, levantaron el espíritu de revancha, en todo Haití. La agitación violentísima que provocó, dió lugar a la insurrección de los esclavos, dirigidos por Jean François Biassou, etc. en 14 de Agosto de 1791. Estaban dispuestos a morir antes de seguir soportando las horribles crueldades de los plantadores.

En medio de los terribles sucesos que invadían la Colonia apareció Toussaint Louverture. No nos proponemos hacer aquí un resumen detallado del papel que este ilustre negro representa en la historia de la libertad americana. Pero no debemos olvidar que su actividad política-revolucionaria, rechazando sucesivamente a ingleses y españoles, y devolviendo a Francia los funcionarios coloniales que como Hedouville, pretendían de acuerdo con los oligarcas-blancos o mulatos— restablecer la esclavitud, es la prueba excepcional de que las rebeldías negras no tenían como fin el exterminio de otros pueblos, sino la de alcanzar el grado de privilegios e igualdad política que gozaban los demás. Pocos años después de la inícuca prisión de Louverture, cuando Rochambeau, que había sucedido en el mando al desvergonzado traidor ~~Leperc~~, organiza la salvaje carnicería que le dió tan triste fama, es que los haitianos reaccionan con toda violencia contra sus antiguos amos, y una sangrienta guerra de exterminio tiene lugar. Establecida la independencia de Haití, los intereses esclavistas de las otras Antillas, forman a su alrededor una muralla impenetrable, para provocar el colapso de la república negra. Y ocultando cuidadosamente toda referencia a los asesinatos en masa perpetrados por Rochambeau y sus lacayos, sostienen una propaganda incesante entre los pueblos de América, atemorizándolos con la falsa amenaza de una revolución que pudiera ser como la que ellos malvadamente contaban que había sido la de Haití.

En 1795, en Jamaica, los cimarrones enviaron una delegación a las autoridades inglesas exigiéndoles que abandonaran sus comarcas. Las milicias al mando del general Palmer, atemorizaron un tanto a los rebeldes, que al fin celebraron un convenio con las autoridades coloniales. El arreglo final, fué impuesto a los negros más que por las armas del general Palmer, por los perros de presa que D. Luis de las Casas, gobernador de la isla de Cuba, facilitó al Coronel Quarrel, enviado por Lord Balcarrés a la Habana con ese fin, y por los expertos-ranchadores, verdaderos cazadores de negros, que llenaron de pavor los palenques jamaicanos. En Barbados, una crisis de proporciones insospechadas, motivó la sublevación de los esclavos, en 1816, que fué aplastada con la peculiar ferocidad de las autoridades coloniales inglesas. El abandono de los campos, la miseria enseñoreada de los pueblos y aldeas, animados también por la propaganda abolicionista de Wilberforce y sus amigos en el Parlamento inglés, produjo en Jamaica, en 1831, una revolución de amplias proporciones. Para apaciguar los ánimos, el gobierno inglés de Jamaica, asesinó a diez mil negros. No respetó ni a las mujeres, ni a los niños. En Julio de 1833, el correo de Jamaica, que se dirigía a Nassau, en las Islas Bahamas, fué dejado, por todos los lugares que arribaban, la noticia de que el Parlamento inglés había decretado la abolición de la servidumbre, lo que despertó la natural inquietud entre los negros. El gobernador de Bahama, Balfour, metió en la cárcel a la tripulación por difundir noticias alarmantes, y lanzó una proclama a la población esclava de la isla, invitándola, con las palabras mejores y más dulces que jamás salieran de labios de un colonial inglés, a no perturbar la tranquilidad pública, explicándoles que si bien la Cámara de los Comunes había decretado su libertad, quedaban sin embargo sujetos por la ley a una situación intermedia entre la libertad y la servidumbre: el aprendizaje.

Los negros liberados en Jamaica durante el período de 1834-35, comenzaron a participar, bajo ciega, y, hasta donde esto puede ocultar limitaciones, en la vida pública en una colonia inglesa, en teoría por lo menos, en un plé de igualdad con los blancos. Pero el motín de Morant Bay, en 1865, liderado por George Williams Gordon, que demandaba mejoras específicas para las masas negras que arrastraban una vida miserable, dió lugar a que el gobernador Edward John Eyre, luciera sus admirables condiciones de verdugo ejemplar. Es verdad que durante el motín de Morant Bay, murieron una docena de comerciantes. Pero Eyre hizo fusilar a 454 negros, arrasó y quemó más de mil casas de humildes trabajadores negros, torturó públicamente a mas de 600. Gordon, el líder popular, fué ahorcado en la plaza pública de Morant Bay. Las leyes autonómicas que favorecían a los negros en la vida pública, fueron derogadas.

Varela, el ilustre sacerdote, exponía a las Cortes en su alegato en favor de la abolición de la servidumbre del hombre negro, que "Constitución, libertad, igualdad, son sinónimos; y a estos términos repugnan los de esclavitud y desigualdad de derechos". Y los oprimidos de Cuba estaban, desde los primeros días de los movimientos revolucionarios de las Antillas francesas, con la inquieta ansiedad de los que han esperado largo tiempo el momento de su liberación. El incesante tráfico con los demás países del Caribe y de la América continental, les aportaba periódicamente las noticias de los sucesos de Europa, así como las repercusiones naturales.

40

que tenían en el Nuevo Mundo. Los negros y pardos de La Habana habían participado en la guerra de independencia de los Estados Unidos y muchos de los que ostentaban grados en los batallones de milicias, con frecuencia prestaban servicios de guarnición en Nueva España y las Floridas y sentían mejor que otros las felices perspectivas que le brindaban las mágicas palabras de libertad e igualdad que constantemente sonaban en sus oídos esclavos, y cuan repulsivo les era el amargo contraste de un régimen odioso mantenido no tanto por la fuerza del hispano expoliador y del negrero monopolista, como por la falta de unidad y dirección entre ellos mismos. De los brazos poderosos del negro surgían las riquezas que ostentaban los criollos explotadores o que iban a España para sostén y ayuda de los esplendores de la realeza; del negro dependían la agricultura y las artes todas de Cuba, que menospreciaban los parásitos de la oligarquía colonial.

La organización social española, reproducida en América, que pudo ser útil en los primeros tiempos de la conquista y colonización, era inadecuada en los albores del siglo XIX. En lo alto, el rey o su imagen visible el virrey, el capitán general... luego, en círculos cada vez más vastos —dice Varona— las distintas jerarquías del Estado, militares, civiles, eclesiásticos, compuestas por los españoles europeos; abajo, soportando todo el peso de la enorme pirámide, los indígenas, después los negros y los mestizos, después los criollos, los españoles americanos.

La semilla del descontento brotaba en Cuba al iniciarse el pasado siglo. Las guerras con Inglaterra y Francia, la invasión de la península por Napoleón, las revoluciones...

podemos afirmar, después de examinar detenidamente su proceso, que en el proyecto formado habían colaborado blancos nativos, y que existían conexiones con agentes extranjeros, blancos también, y que la finalidad perseguida era la liberación del negro, y derrocar el régimen colonial. La cantidad de libros que la policía recogió en la casa de Aponte, las figuras, planos, copias de Rls. Cédules, referencias a la revolución haitiana, y a la ayuda probable del general Salinas, dan una idea exacta de que esta rebeldía negra estaba alimentada por un vasto plan con ramificaciones en varios países. En esa misma época, ya lo hemos dicho, se descubrió en Nueva Orleans, otra conspiración de los esclavos, sangrientamente reprimida por el Gobernador Claiborne, que bien pudiera haber correspondido a la de Cuba, y en la que también aparecían complicados notorios abolicionistas blancos de Norte América.

Someruelos, en el bando que publicó en la víspera de la ejecución de Aponte, y de sus compañeros Clemente Chacón, Salvador Ternerero, Juan Barbier, Juan Bautista Lisundia, Estanislao Aguilar y los esclavos Tomás, Joaquín y Esteban, confirmaba que la conspiración se había originado por los debates sobre la abolición en las Cortes. Tal es el fruto, —decía Someruelos— que cogen de su ambición los reos libres indicados, y tal es también el de haberse prestado los esclavos a un criminal proyecto, seducidos por falsas y halagüeñas noticias y promesas, reducidas a que las supremas actuales Cortes extraordinarias de la nación, habían decretado su libertad y que el gobierno de esta isla les ocultaba tan importante gracia. Esta fué la principal especie con que se procuró trastornar la antigua y bien acreditada su-

Declaración del Partido

Enrique Brinquier
Candidato Fuerte
a la Presidencia

Es incontestable que cada vez resulta más arido el problema existente entre republicanos y gabinete por razón de haberse relegado a un plano más que secundario, a los primeros, en la traza Administrativa en vigor dentro de veinte años muchos empleados dando carreras para que acción institucional a es, no los ponga en la hambre.

— 0 —
elecciones constituyeron Ecuador, según el cable. Ya se celebraron hace ya y todavía el país si- si en realidad no hubie- Constitución.

— 0 —
posibilidad alguna de extraordinaria, dicen parlamentarios y los del Congreso. Lo di- no se conoce como se alinearan

(Pasa a la pág. DIEZ)

(Pasa a la pág. 10)



que tenían en el Nuevo Mundo. Los negros y pardos de La Habana habían participado en la guerra de independencia de los Estados Unidos y muchos de los que ostentaban grados en los batallones de milicias, con frecuencia prestaban servicios de guarnición en Nueva España y las Floridas y sentían mejor que otros las felices perspectivas que le brindaban las mágicas palabras de libertad e igualdad que constantemente sonaban en sus oídos esclavos, y cuan repulsivo les era el amargo contraste de un régimen odioso mantenido no tanto por la fuerza del hispano expoliador y del negrero monopolista, como por la falta de unidad y dirección entre ellos mismos. De los brazos poderosos del negro surgían las riquezas que ostentaban los criollos explotadores o que iban a España para sostén y ayuda de los esplendores de la realeza; del negro dependían la agricultura y las artes todas de Cuba, que menospreciaban los parásitos de la oligarquía colonial.

La organización social española, reproducida en América, que pudo ser útil en los primeros tiempos de la conquista y colonización, era inadecuada en los albores del siglo XIX. En lo alto, el rey o su imagen visible el virrey, el capitán general... luego, en círculos cada vez más vastos —dice Varona— las distintas jerarquías del Estado, militares, civiles, eclesiásticos, compuestas por los españoles europeos; abajo, soportando todo el peso de la enorme pirámide, los indígenas, después los negros y los mestizos, después los criollos, los españoles americanos.

La semilla del descontento brotaba en Cuba al iniciarse el pasado siglo. Las guerras con Inglaterra y Francia, la invasión de la península por Napoleón, las revoluciones antillanas, y el embargo decretado por la república norteamericana —a lo que más tarde, en 1812, se sumó la guerra anglo-americana— agudizaron la crisis económica que amenazó con la total parálisis de la producción de los artículos coloniales de mayor venta en el extranjero, y amenazó la isla, en determinadas ocasiones, con el estallido de una revuelta de grandes proporciones a causa de la escasez de artículos indispensables para la vida de la población libre, blancos y negros.

En tal estado de cosas llegó a La Habana, una noticia espeluznante para los negreros. En las Cortes Constituyentes de Cádiz, el diputado mexicano José Miguel Guridi y Alcocer, había presentado varias proposiciones encaminadas a suprimir la trata negrera, y a producir la abolición de la esclavitud. Inmediatamente protestó contra tal medida el Capitán general Someruelos. El Consulado, la Sociedad Patriótica y el Ayuntamiento de La Habana, elevaron a la Regencia, una exposición —redactada por Arango y Parreño— en parecidos términos a la de Someruelos, en 20 de Julio de 1811, en la que combatían toda medida encaminada a suprimir el comercio y la esclavitud de los negros, y lanzando ya la primera sugestión del peligro que significaba para la seguridad de los criollos y peninsulares blancos, cualquier mudanza que se hiciera en el estado de la clase servil.

Todo lo que llevamos apuntado fué la causa inmediata de la Conspiración de Aponte.

Los documentos que en el Archivo Nacional se conservan, gracias a la ejemplar devoción del Capitán Joaquín Llaverías, dicen al investigador, que José Antonio Aponte y Ulabarra, negro libre y con una cultura propia de las clases medias de la época, conspiró contra el régimen esclavista. Pero que no fué una conspiración racista, todo lo contrario. Aún cuando los nombres de los blancos que en la misma participaron, es muy difícil de identificar,

podemos afirmar, después de examinar detenidamente su proceso, que en el proyecto formado habían colaborado blancos nativos, y que existían conexiones con agentes extranjeros, blancos también, y que la finalidad perseguida era la liberación del negro, y derrocar el régimen colonial. La cantidad de libros que la policía recogió en la casa de Aponte, las figuras, planos, copias de Rls. Cédulas, referencias a la revolución haitiana, y a la ayuda probable del general Salinas, dan una idea exacta de que esta rebeldía negra, estaba alimentada por un vasto plan con ramificaciones en varios países. En esa misma época, ya lo hemos dicho, se descubrió en Nueva Orleans, otra conspiración de los esclavos, sangrientamente reprimida por el Gobernador Claiborne, que bien pudiera haber correspondido a la de Cuba, y en la que también aparecían complicados notorios abolicionistas blancos de Norte América.

Someruelos, en el bando que publicó en la víspera de la ejecución de Aponte, y de sus compañeros Clemente Chacón, Salvador Ternerero, Juan Barbier, Juan Bautista Lisundia, Estanislao Aguilar y los esclavos Tomás, Joaquín y Esteban, confirmaba que la conspiración se había originado por los debates sobre la abolición en las Cortes". Tal es el fruto, —decía Someruelos— que cogen de su ambición los reos libres indicados, y tal es también el de haberse prestado los esclavos a un criminal proyecto, seducidos por falsas y halagüeñas noticias y promesas, reducidas a que las supremas actuales Cortes extraordinarias de la nación, habían decretado su libertad y que el gobierno de esta isla les ocultaba tan importante gracia. Esta fué la principal especie con que se procuró trastornar la antigua y bien acreditada sumisión de los siervos..."

La fuga era el ideal del esclavo —nos dice el ilustre polígrafo cubano D. Fernando Ortiz— por que significaba la libertad temporal por lo menos. En las maniguas y vírgenes bosques los negros protegidos por la lujuriosa flora tropical conseguían hacerse libres de hecho; entonces eran llamados cimarrones.

Los esclavos fugitivos se reunían en lugares montañosos, formaban en tal estado de rebeldía, un seguro retiro llamado palenque.

En Cuba, durante muchos años, fueron los palenques los únicos signo de la inconformidad con el régimen colonial, la protesta viril contra las infamias de la esclavitud. Según acta de Cabildo de Santiago de Cuba de 23 de febrero de 1815, un regidor informó en la Sala Capitular, que los cimarrones habían formado en el palenque cercano a la ciudad, un poblado con más de 200 bohíos.

La figura más destacada entre los caudillos de los negros rebeldes de Santiago de Cuba, es sin disputa la de Ventura Sánchez, conocido por Coba. Su influencia se hizo sentir con tal fuerza, que un periódico inglés (Morning Chronicle —Archivo Nacional —Correspondencia de los Capitanes Generales—Legajo 239-No. 1) en 20 de septiembre de 1819 se hacía eco de noticias recibidas de La Habana, afirmando que 320 negros se habían reunido y pedido su libertad y la posesión de cierta extensión de terreno y "que el gobernador ha consentido en ello".

La verdad es que el Brigadier D. Eusebio Escudero, envió un sacerdote, Presbítero J. L. Monfugás, a parlamentar con Ventura Sánchez, el caudillo de los rebeldes. Este había organizado en gran escala la producción de cera, y de otros artículos, y con ayuda de comerciantes blancos vendía en Jamaica y Haití. Por conducto del sacerdote, Sánchez reclamó al Gobernador la libertad de los rebeldes, y tierras para estos y sus familias. Confiado en la palabra

56

del Brigadier Escudero, Sánchez descuidó su seguridad personal, y una partida de cazadores de esclavos lo sorprendió en Diciembre de 1819, pero prefirió darse la muerte antes de aceptar la esclavitud.

Poco tiempo después de los saugrientos sucesos de 1816 en Barbados, el Cura Sedella, párroco de Nueva Orleans, y espía de España en Estados Unidos, escribía una carta reservada al Intendente Ramírez 23 de Febrero de 1817, dando cuenta que se preparaba en los Estados Unidos una "expedición contra la Isla de Cuba, donde el fin es de sublevar los negros de la Isla".

En lo sucesivo, este ha de ser el tema obligado que han de emplear los negreros para justificar su desvergonzada explotación. Han de hacer crecer entre los cubanos blancos un profundo temor a los negros, como el medio más seguro de asegurar la permanencia del régimen colonial.

Haití, fue "la eterna amenaza que la vulgaridad o la mala fe —decía D. Rafael María de Labra— tienen en los labios para amedrentar a los tímidos que abogan por la abolición de la esclavitud". Y la propaganda de ideas tan malsana tuvo tal influjo, que hasta Bolívar se dejó ganar por ella. En carta dirigida a Santander, fechada en Arequipa en 29 de Mayo de 1825 el Libertador da como advertencia política la de "no libertar a la Habana", para no dar lugar al "establecimiento de una nueva república de Haití".

La burocracia colonial, los negreros y esclavistas criollos, crearon para defender sus privilegios, el prejuicio racista contra las gentes de color. Este prejuicio, elevado a la categoría de un dogma, gustaba de envolverse en razonamientos destinados a reforzar las barreras que impedían el mejoramiento de las condiciones de vida de los pueblos esclavizados. Las causas económicas que mantenían la esclavitud, se ocultaban tras de cada idea lanzada contra indios y negros considerados como seres inferiores, y unido esto al temor que infundían de que esos pueblos compartieran un día con ellos el poder político, les daba la base para justificar sus monopolios inicuos, y las bárbaras represiones contra todo anhelo de liberación.

que el pueblo pueda intervenir en sus leyes". En el orden legislativo lo que existía —comenta Sedano— se iba formando poco a poco a fuerza de necesidades que satisfacer o de abusos, aglomerados durante tres siglos, que corregir.

La explotación esclavista por otra parte, ponía límites muy estrechos al progreso económico del país: era poco productiva. El Barón de Humboldt, al estudiar las plantaciones antillanas, hubo de notar lo poco razonable del tráfico negrero: conseguía todo lo contrario de lo que proponía. Aseguraba Humboldt, después de estudiar la esclavitud en todos sus aspectos, que el trabajo libre era indispensable para el progreso económico de las colonias antillanas.

Pero los hombres del monopolio de la trata, que formaban la camarilla de los capitales generales, se negaban obstinadamente a hacer la menor concesión. Con la complicidad pasiva de los criollos blancos, y la activa de propietarios y comerciantes españoles, frenaban con la fuerza del poder toda noción de cultura, de progreso y de libertad.

Millares de negros y mulatos libres constituían el artesanado de la Isla. Otros muchos eran pequeños comerciantes y propietarios. Y, algunos, se dedicaban a las letras, a la música. Constituían socialmente una pequeña burguesía con aspiraciones políticas, a que tenían un legítimo derecho. Millares de negros y mulatos esclavos, eternos rebeldes inconformes, aspiraban con justicia a romper las cadenas de la esclavitud.

Muchos de los parcos, al amparo de ciertas disposiciones reales, habían comprado cargos honoríficos de postín, que le daban cierta importancia. Y, todos, inconformes, conspiraban con timidez en el recogimiento de sus hogares, en la penumbra del taller, en el soleado conuco; algunos, más atrevidos, lo hacían con mayor desenfado: se mezclaban con los criollos blancos en los secretos cabildos que anunciaban la proximidad de la lucha por la independencia.

Toda la teoría infinita de rebeldías y conspiraciones del pasado se asomaban en la cuarta década del siglo XIX a los que soñaban con la libertad, como el único

El part
tor Gran
posibleme
intervención
muchos a
no. Los
despacio.
● La Ca
trata en
días, pero
que están
esa legisla
todas las



Guillermo Alonso Pujol no ha
hecho manifestación alguna res-
pecto a quién ayudará en las elec-
ciones de segun

Abri'ra la Boca

Alvarez Recio ha opina-
sentido de que debe la
de Actas declarar con
impugnación de Figueras
genc Rodríguez Martínez
significa que correspond-
mero la sustitución de la
Herminda Rodríguez.
a Cámara sigue en rece-
ha sido un paliativo na-
Al no reunirse la Cáma-
le podrá dar posesión ni
as ni a René Rodríguez
peritos digan que po-
los haberes...
sus otros la-
para que abra-
ricos lo citaban
reporteros polí-
Matanzas, y los
gobertador de
la provincia de
da vuelta para
ciones de segun

del Brigadier Escudero, Sánchez descuidó su seguridad personal, y una partida de cazadores de esclavos lo sorprendió en Diciembre de 1819, pero prefirió darse la muerte antes de aceptar la esclavitud.

Poco tiempo después de los sangrientos sucesos de 1816 en Barbados, el Cura Sedella, párroco de Nueva Orleans, y espía de España en Estados Unidos, escribía una carta reservada al Intendente Ramírez 23 de Febrero de 1817, dando cuenta que se preparaba en los Estados Unidos una "expedición contra la Isla de Cuba, donde el fin es de sublevar los negros de la Isla".

En lo sucesivo, este ha de ser el tema obligado que han de emplear los negreros para justificar su desvergonzada explotación. Han de hacer crecer entre los cubanos blancos un profundo temor a los negros, como el medio más seguro de asegurar la permanencia del régimen colonial.

Haití, fue "la eterna amenaza que la vulgaridad o la mala fe —decía D. Rafael María de Labra— tienen en los labios para amedrentar a los tímidos que abogan por la abolición de la esclavitud". Y la propaganda de ideas tan malsana tuvo tal influjo, que hasta Bolívar se dejó ganar por ella. En carta dirigida a Santander, fechada en Arequipa en 29 de Mayo de 1825 el Libertador da como advertencia política la de "no libertar a la Habana", para no dar lugar al "establecimiento de una nueva república de Haití".

La burocracia colonial, los negreros y esclavistas criollos, crearon para esclavistas sus privilegios, el prejuicio racista contra las gentes de color. Este prejuicio, elevado a la categoría de un dogma, gustaba de envolverse en razonamientos destinados a reforzar las barreras que impedían el mejoramiento de las condiciones de vida de los pueblos esclavizados. Las causas económicas que mantenían la esclavitud, se ocultaban tras de cada idea lanzada contra indios y negros considerados como seres inferiores, y unido esto al temor que infundían de que esos pueblos compartieran un día con ellos el poder político, les daba la base para justificar sus monopolios inicuos, y las bárbaras represiones contra todo anhelo de liberación.

Arango y Parreño, el mayor culpable del incremento de la trata se dió cuenta al final del error económico que significaba el régimen esclavista, la incompatibilidad manifiesta con el desarrollo progresista de la burguesía criolla. En carta al Rey de España fecha Habana 28 de Mayo de 1832, se declara partidario de la adopción de medidas que borren o destruyan la preocupación del color, y, naturalmente, de la abolición de la esclavitud.

Hasta el año de 1850, el régimen político, administrativo, eclesiástico y económico vigente en la isla —según informe publicado en Madrid por Carlos de Sedano— estaba regulado por las Leyes de Indias, inaplicables a Cuba en casi su totalidad, pues apenas la mencionan; las Ordenanzas Municipales de 1154; la Sinodo diocesana de 1660; el Alcabalatorio de Pinillos y el bando de Policía del General Valdés de 1842. A partir de 1825 se exigió a todo empleado o funcionario público el juramento de "que no reconocería el absurdo principio de

que el pueblo pueda intervenir en sus leyes". En el orden legislativo lo que existía —comenta Sedano— se iba formando poco a poco a fuerza de necesidades que satisfacer o de abusos, aglomerados durante tres siglos, que corregir.

La explotación esclavista por otra parte, ponía límites muy estrechos al progreso económico del país: era poco productiva. El Barón de Humboldt, al estudiar las plantaciones antillanas, hubo de notar lo poco razonable del tráfico negrero: consergufa todo lo contrario de lo que proponía. Aseguraba Humboldt, después de estudiar la esclavitud en todos sus aspectos, que el trabajo libre era indispensable para el progreso económico de las colonias antillanas.

Pero los hombres del monopolio de la trata, que formaban la camarilla de los capitanes generales, se negaban obstinadamente a hacer la menor concesión. Con la complicidad pasiva de los criollos blancos, y la activa de propietarios y comerciantes españoles, frenaban con la fuerza del poder toda noción de cultura, de progreso y de libertad.

Millares de negros y mulatos libres constituían el artesanado de la Isla. Otros muchos eran pequeños comerciantes y propietarios. Y, algunos, se dedicaban a las letras, a la música. Constituían socialmente una pequeña burguesía con aspiraciones políticas, a que tenían un legítimo derecho. Millares de negros y mulatos esclavos, eternos rebeldes inconformes, aspiraban con justicia a romper las cadenas de la esclavitud.

Muchos de los pardos, al amparo de ciertas disposiciones reales, habían comprado cargos honoríficos de postín, que le daban cierta importancia. Y, todos, inconformes, conspiraban con timidez en el recogimiento de sus hogares, en la penumbra del taller, en el solleado conuco; algunos, más atrevidos, lo hacían con mayor desenfado: se mezclaban con los criollos blancos en los secretos cabildos que anunciaban la proximidad de la lucha por la independencia.

Toda la teoría infinita de rebeldías y conspiraciones del pasado se asomaban en la cuarta década del siglo XIX a los que soñaban con la libertad, como el único camino a seguir. El ejemplo de países hermanos del Caribe y de las dos Américas encendían los ánimos mejor dispuestos, y las torturas crueles de los esclavos hacían rugir de rabia e impotencia a los hombres de vergüenza.

La atmósfera enrarecida del 41 —así como la seguridad de que era económicamente imposible mantener la servidumbre— alentó a los hombres más liberales del país para pedir un profundo cambio de todo lo establecido. Así, Martínez Serrano, en su voto particular de 26 de Octubre de 1841, apuntaba francamente que la prosperidad de Cuba no dependía del trabajo esclavo, sino que los resultados serían más ventajosos, empleando hombres libres.

Eran los prolegómenos de la ansiada libertad. Todos conspiraban en mayor o menor escala: Balceña, Plácido, Brindis de Sala, Dodge, Pimienta... Para frustrar la Revolución, la oligarquía colonial pidió y obtuvo el envío de un verdugo capacitado. Y España mandó, no un leopardo, como era su

(Continúa en la pág. 10).

apodo, sino una hiena con plenas facultades para asesinar.

Faltaba la oportunidad. Las intrigas contra el Cónsul inglés no fueron suficientes. Domingo del Monte proporcionó —en un acto que llena de oprobio su nombre de escritor y de patriota— el pretexto para que el régimen colonial liquidara, con una comedia de proceso que facilitó el asesinato legal, toda aquella clase inquitada de hombres de color libres que pretendían el cambio revolucionario de un régimen inepto y ladrón.

El proceso de 1844. La causa por conspiración instruida por la Comisión Militar, es, como afirmó nuestro ilustre amigo y compañero González del Valle, "un borrón de ignominia para el gobierno de España en Cuba y un crimen de lesa humanidad".

O'Donell cumplió cabalmente con la tarea que de él se esperaba. La Escalera le sirvió para asesinar, martirizar o deportar, o someter a las vejaciones más crueles a todos los hombres que pudieron haber nucleado las filas de la Revolución Cubana. La crueldad de la Escalera, retrasó en un cuarto de siglo la posibilidad de forjar la unidad del pueblo cubano, la formación del clima revolucionario que le diera la libertad.

O'Donell, robó a las familias cubanas hasta el último pan... No le bastó con quitar vidas a los hombres a fuerza de látigo y de privaciones, sino que aplicó torturas dignas del más destacado hitlerista de la hora actual, a mujeres y niños inocentes. O'Donell se agarró al ideario racista de la reacción, para calificar el fracaso del movimiento liberador de 1844 como una conspiración de gente de color contra los blancos. No se contentó con robar y asesinar, sino que quiso lanzar, ante el juicio de la historia, el fango que le envolvía sobre las figuras inmortales de los mártires de la Escalera.

La culminación de todas las rebeliones negras se logró en 1844 Plácido, y sus compañeros de

martirio, quisieron oponer, a la violencia y brutalidad coloniales, la fuerza del corazón, la fuerza de una idea justa, la fuerza de la libertad. Se interpuso la más feroz de las reacciones y cayeron en la empresa.

Conmemoramos hoy la tragedia de la Escalera, en medio de un mundo en llamas. Como hace cien años, los hombres que aman la libertad quisieron oponer la fuerza de una idea justa a las bestias desencadenadas de la barbarie. Pero más previsores que en el lejano ayer, llevaron en las manos un arma para no dejarse sorprender. Y la barbarie está próxima a ser vencida.

En el dintel de una nueva era, en este histórico centenario, los hombres de todos los pueblos nos danos fraternalmente las manos, para luchar unidos para que desaparezcan, hasta de los más oscuros rincones de la tierra, los últimos vestigios de la esclavitud humana, y que el recuerdo de los mártires de la Escalera sirva para que en los corazones cubanos arraigue aún más el amor a la libertad y el odio al racismo.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

145

INSURRECCION DE JOAQUIN DE AGÜERO ⁽¹⁾

Por Adolfo Pierra.

Chesnut Street, 1530.—Philadelphia, Diciembre 4 de 1901.

Sr. Dr. Vidal Morales y Morales.—Habana, Cuba.

MI estimado amigo y distinguido compatriota: Antes de ayer tuve el gusto de contestarle su muy apreciable del veintiseis de Noviembre, y ahora procedo á darle algunos detalles sobre los acontecimientos en que tomé parte, de los cuales puede usted hacer el uso que crea conveniente. Algunas de las observaciones que pensaba hacerle se hallan ya en las dos cartas que le escribí al buen amigo Julio Rosas y tuvo usted la bondad de insertar en el apéndice á su muy importante obra. Desde el año de 1848 tomé una parte activa en el movimiento revolucionario de Puerto Príncipe, pues aunque no formé parte, á tan corta edad, de la junta ó club revolucionario de aquella ciudad, estaba en comunicación constante por conducto de uno de sus miembros, mi primo Carlos Vasseur y Agüero, el padre de Aristides Vasseur. Mis principales servicios fueron comunicarle todas las noticias sobre los actos del gobierno español, distribuir las proclamas secretamente impresas, coleccionar fondos para la causa, escarapelas cubanas, hechas por mi lamentada hermana Martina, etc. Cuando empezaron á formarse las partidas revolucionarias en los montes del Camagüey, se reunían á menudo en casa de la señora de Joaquín de Agüero varias jóvenes camagüeyanas, entre ellas mi querida hermana, á preparar hilas y vendas para los heridos, escarapelas cubanas, y la bandera que debía enarbolar Joaquín, la

de Narciso López, y en un momento de entusiasmo y de fe en el buen éxito de nuestra causa, improvisó mi hermana Martina un soneto para que se recitara al entregar dicha bandera á nuestra partida. Al leérselo á Pepilla Agüero y las demás primas, se entusiasmaron tanto, que le pidieron que firmase el soneto, pues ya estaban seguras de nuestro triunfo. Así lo hizo, y este soneto junto con la bandera que llevaba Joaquín Agüero y Sánchez (el hermano de Perico) cayó en poder del gobierno español, habiendo sido atacado por numerosa fuerza de caballería á una legua de la ciudad, al ir, en unión de otros varios jóvenes de las mejores familias á reunirse con la partida. A mi hermana se le formó causa; pero teniendo mi padre algunos amigos entre las autoridades españolas, y no estando aún tan enconadas como más tarde las pasiones de los españoles, se dispuso que permaneciese arrestada en nuestra casa, á donde iban el fiscal y el escribano de la comisión militar á tomarle las declaraciones, y se consideró prudente que negase ella haber escrito esa poesía. Afortunadamente tenía dos formas de letra. Cuando escribía con pluma de acero usaba la forma de letra inglesa; cuando con pluma de ave, la forma española. Se le hizo que escribiera ella misma su declaración, y lo hizo usando la forma española, y como el soneto lo había escrito con la forma inglesa, se tuvo que sobreseer la causa absolviéndola de culpa y pena.

Aunque el soneto no tiene gran mé-

(1) Datos sobre la Insurrección de Joaquín de Agüero y sus demás compatriotas en Puerto Príncipe, 1851, para esclarecer la narración que de estos sucesos ha hecho el Dr. Vidal Morales en su libro "Iniciadores y Primeros Mártires de la Revolución Cubana."



rito literario, siendo muy inferior á sus posteriores poesías, considerando que á la sazón sólo contaba 16 años, creo que es digno de conservarse. Dice así el soneto:

A LOS CAMAGÜEYANOS AL ENTREGARLES
LA BANDERA

De libertad, sublime y glorioso,
El pendón recibid, Camagüeyanos;
Con entusiasmo desplegado ufanos,
Que ha llegado el momento venturoso.

Hacedlo que tremole siempre hermoso,
En vuestras firmes, valientes manos,
Y el que ostentan los déspotas hispanos
Destruíd con su influjo portentoso.

Valientes, combatid, mientras al cielo
Una plegaria alzamos fervorosa,
Para que Dios nos dé pronto el consuelo
De libre ver á nuestra patria hermosa.

Combatid, combatid, que la victoria
Risueña os muestra el campo de la gloria.

MARTINA PIERRA Y AGÜERO.

Ahora le haré una sucinta reseña del modo cómo fuimos vendidos y hechos prisioneros. Después del descalabro de las Tunas, y de la sorpresa y ataque de San Carlos, que desmoralizaron á otras dos partidas que se estaban formando en otras partes de la jurisdicción para cooperar con la nuestra, con la activa persecución de numerosas columnas de tropas procedentes de Santiago de Cuba y de Puerto Príncipe, con la ayuda de varias partidas de hijos del país, mandadas por los capitanes de partido, no nos quedó otro remedio que dar por fracasado aquel primer movimiento revolucionario, y tratar de salir del país. Los cuatro que escapábamos de la desgraciada aunque gloriosa batida de San Carlos, Joaquín de Agüero y Agüero, Miguel Benavides, Ubaldo Arteaga (mal herido) y yo, tras dos días de penosa marcha, sufriendo la sed y el hambre, unas veces vadeando pantanos y otras donde no se encontraba una gota de agua, teniendo algunas veces que escondernos al acercarse partidas de hombres armados, llegamos á la hacienda "El Júcaro", propiedad de la familia de Primeyes, de Nuevitas. Allí encontramos á cinco de nuestros compañeros: Fernando de

Zayas, Miguel Castellanos, Antonio Cosío, José Tomás Betancourt y Francisco Hernández, hijo del conde de Villamar. Una vez tuvimos que huir de la casa y meternos en los manigua-zos al divisar nuestro centinela dos columnas de tropas que simultáneamente venían de direcciones opuestas. Otro día al oscurecer se presentó á atacarnos una partida de campesinos mandada por el capitán de partido don Nicolás de Zayas. Empezaba á llover, y sucedió una cosa cómica, para amenizar la tragedia de que éramos actores. Al presentarse ante la baranda del portal de la casa aquella partida, les dió el "quién vive" el que teníamos de centinela. Al contestar el jefe de la partida (toda montada) "España", instintivamente corrimos los ocho que allí nos hallábamos á coger nuestras escopetas. Al ruido que hicimos, como movidos por un choque eléctrico, los 30 ó 40 hombres que componían la partida volvieron grupas, y despavoridos huyeron cuesta abajo á todo correr. Sólo el capitán de partido y otro hombre quedaron allí con la cabeza de sus caballos sobre la baranda y una pistola amartillada en la mano. Joaquín se le acercó, y, recuerdo bien sus palabras: "Guarden ustedes esas pistolas, que también nosotros tenemos armas, y no queremos hacer uso de ellas, como podríamos ahora." Entonces ellos pusieron sus pistolas en el arzón, y en seguida procedió Joaquín á echarles una filípica, acusándoles de hacer traición á su patria, pues eran cubanos. El capitán de partido se disculpó diciendo que se veía comprometido, que por orden perentoria del gobierno había tenido que salir á perseguirlos, etcétera. Joaquín los invitó á que entrasen en la casa, pues estaba lloviendo, pero ellos rehusaron la invitación y desaparecieron.

Durante nuestra permanencia allí se presentaron un pariente nuestro, Vicente Agüero Rioseco y el hijo mayor de la familia de Primeyes, trayéndonos una proclama impresa del general Lemery, en que ofrecía completo indulto á todos los insurreccionados que se presentasen dentro de cierto número de días. Entonces Joaquín dijo que el que quisiese quedaba en libertad de acogerse á ese indulto; que él por su parte jamás lo haría. Ubaldo Arteaga (mal herido), Antonio Cosío y Francisco Hernández, ha-



JOAQUIN DE AGÜERO Y AGÜERO.

biendo conseguido caballos se separaron de nosotros, pero no para presentarse. Los dos primeros lograron embarcarse para los Estados Unidos. Panchito Hernández, aconsejado por su familia, y dos más que no estaban á la sazón con nosotros, fueron los únicos

que en Puerto Príncipe se presentaron y por poco les cuesta la vida, pues en vez de cumplirles la promesa de indulto, los juzgaron por un consejo de guerra, los sentenciaron á la última pena y después les conmutaron la sentencia por la de diez años de presidio. ¡Buen ejemplo de lo que valía la palabra de honor del gobierno español! Fernando de Zayas, José Tomás Betancourt, Miguel Benavides, Miguel Castellanos y yo le dijimos á Joaquín que lo seguiríamos hasta la muerte.

Por conducto de los individuos mencionados antes se puso Joaquín en comunicación con su familia y amigos de Nuevitas, y se convino en pagarse nuestro pasaje á un buque mercante norte-americano que debía salir de aquel puerto dentro de pocos días, el cual mandaría un bote al lugar de la costa que se le indicaría, y á bordo del cual se pondría ropa y otras cosas necesarias que precisábamos. En la noche del día en que estuvieron á punto de sorprendernos las tropas, habiéndose retirado éstas, se nos presentó Norberto Primeyes con un pañuelo ensangrentado atado en la cabeza, diciéndonos que venía con el encargo de llevarnos al pesquero de Punta de Ganado, á donde se había convenido que mandaría la barca americana, que se pondría á la capa, un bote que nos llevaría á bordo. Inmediatamente nos pusimos en marcha para aquel lugar, caminando unas veces sobre un lecho de piedra de dientes de perro, como la llaman allí, las cuales acabaron de despedazar los ya estropeados zapatos que calzábamos, y otras veces por unos lagunazos de agua de mar llena de la viscosa agua mala que nos hacían arder los llagados pies. Las apariencias y las acciones de Norberto Primeyes hicieron sospechar á Joaquín que no estaba de buena fe, y habiéndonos manifestado su sospecha en un momento en que Primeyes se hallaba á alguna distancia, Fernando de Zayas, que estaba emparentado con su familia, nos aseguró que era hombre de toda su confianza. Anduvimos toda la noche, y al amanecer, ya casi á la vista del

pesquero de Punta de Ganado, volvió á decirnos: "¡Alto, alto!" retumba con pavoroso estruendino, á lo cual le dijo Joaquín que no era á aquel pesquero á donde nos había dicho que debía llevarnos. Nadie de aquellos alrededores. Joaquín lo contestó á esto Primeyes, y así continuó rompiendo la fila de soldados que nos seguían por el lado del mar, en donde claro llegamos al dicho pesquero. Los pescadores eran un isleño y un negro, un muchacho, también isleño, sin más armas que un puñal, pues mojado su revolver que era de los de blanco. Ellos nos recibieron bien, nos dieron dos buenas comidas durante el día. Cuando acabábamos de comer, como la choza se hallaba en una playa abierta, nos metimos á descansar entre los manglares, á una cierta distancia; pero al oscurecer de aquel día, devorados por los mosquitos, la cara y las manos hinchadas, y los pies despedazados, y todos acalorados, resolvimos irnos á dormir á la choza. Esta era de guano con paja, y estaba dividida en dos piezas. En una con enyaguado por los cuatro costados, y una puerta que la comunicaba con la otra pieza, pues dormían los tres pescadores y la isla de las balas penetraron por aquel enyaguado con horroroso estallido. Apenas de enyaguado por los lados, y en un momento se replegaron las hojas para cerrarla. El otro lado estaba enteramente abierto. En la última pieza, cuyo suelo era de arena, muy fina y suelta, nos acostamos en seis y también Primeyes. Este había dicho que el buque americano saldría para Nuevitas al romper día, y como la entrada de esa bahía sólo estaba á una legua del pesquero, nos tardarían en llegar allí. Todo esto nos estaba profundamente dormidos cuando á eso de la media noche poco después, nos despertó un ruido de ladrido de perros. (Había varios en el pesquero.) Joaquín fué el primero que se levantó, diciéndonos: "Muchacho: lo que dijo el capitán Conus para alerta, esos perros ladran á gentes. Inmediatamente se asoma á la puerta de uno de los lados enyaguado, y en seguida se dirige á nosotros diciéndonos: "estamos rodeados de mucha tropa, síganme." Diciendo fué la verdad. El teniente Pérez, que haciendo se lanza fuera revólver en mano, y una descarga cerrada, prece los careos conmigo al instruirnos la

sumaria, sostuvo, bajo su palabra de honor, que habíamos sostenido fuego contra su tropa por media hora, y ¡cosa singular! seis hombres haciéndole fuego por media hora á una tropa en columna cerrada á quince ó veinte pasos de distancia no logran herir á un solo soldado! Pero la mentira les era necesaria, y en efecto, el capitán fué ascendido á comandante, y el teniente á capitán, pocos días después.

Los oficiales les exigieron á los pescadores todas las cuerdas que tenían, y nos hicieron atar fuertemente con los brazos atrás. Mientras se llevaba á cabo esta operación trajeron á Joaquín y á José Tomás Betancourt á donde estábamos nosotros, y al vernos nos preguntó Joaquín: "¿Señores, ha tenido alguno de ustedes la dicha de haber sido herido por la patria?" Al sacarlo del mar los lanceros, ya herido como estaba, uno de los soldados de infantería que lo rodearon inmediatamente le dió cobardemente un culatazo con el fusil por la espalda que le hizo escupir la sangre. Habiendo atado á Joaquín y traído una lámpara del pesquero, se dispuso el capitán á tomar nuestros nombres. Empezó por Joaquín, quien le dió su nombre y dos apellidos. Luego le pidió los nombres de sus compañeros, contestándole Joaquín: "Pregúnteselo usted á ellos." Esto incomodó al capitán, y uno de los soldados, con su servilidad acostumbrada, le dió una bofetada á un hombre herido y atado! En honor de la verdad, sin embargo, diré que el capitán, lejos de aprobar semejante acto de cobardía, le dió otra bofetada al soldado agresor, á lo que replicó Joaquín, defendiendo al soldado: "El creyó cumplir con su deber." Estos pequeños incidentes pintan bien el carácter de Joaquín Agüero y Agüero. Poco después atados como estábamos y rodeados de soldados con bayoneta calada, alcanzó á ver Joaquín á uno de los lanceros con quienes había luchado en el mar, el que le hirió, cuya lanza dejó Joaquín sin banderola, y dirigiéndole la palabra le dijo: "Amigo, lo he dejado á palo seco. ¿Cómo se llama usted?"

“Benancio Díaz, para servir á usted” contestó el lancero. “En cuanto pueda comunicarme con mi familia le regalaré una onza para que tome á mi salud por haber sido el primer hombre que me ha sacado sangre peleando frente á frente.” Esto lo hizo para avergonzar al soldado de infantería que después de rendido, le dió el culatazo por la espalda. La promesa que le hizo al lancero se la cumplió cuando nos hallábamos en el cuartel de lanceros, y tal era el respeto que aquel lancero concibió por Joaquín, que cada vez que pasaba por la ventana de nuestro calabozo, lo que hacía varias veces al día, le dirigía el más reverente saludo militar.

Todos vestíamos pantalones y camisa larga de falda afuera, como los guajiros, la camisa ceñida á la cintura por la canana en que llevábamos los cartuchos. Nuestras camisas tenían hondas faltriqueras, y en una de ellas llevaba yo la cartera que contenía las desaliñadas notas que aparecen en la causa y algunos otros papeles. Atados como nos tenían y rodeados de muchos centinelas de vista, sentados sobre la arena de la playa, logré hacer salir y caer entre mis piernas dicha cartera, pues estaba aún oscura la madrugada. Con las nalgas, poco á poco, hice una pequeña hondonada en la arena, que era movediza, y dentro de ella empujé la cartera. Ya empezaba á cubrirla con la arena, cuando el teniente Pérez mandó que nos trajesen unos petates del pesquero, pues la arena estaba húmeda. Creyó sin duda hacernos un bien, pero para mí resultó ser un mal, pues con aquella medida cayó la cartera en poder del capitán Conus, quien la remitió al gobierno al dar el parte.

Poco después de salir el sol nos montaron dos en cada caballo, con los brazos atados por detrás, como estábamos, y un cabo de la cuerda amarrado al caballo. Al emprender la marcha nos apostrofó el capitán Conus diciéndonos: “Señores, los fusiles van cargados; se lo advierto por si intentan escapar,” ¡Qué valentía! En la guerra civil de los Estados Unidos vi, muchos años después, conducir á

miles de prisioneros sueltos y custodiados por una pequeña escolta, andes como fueron mis tormentos aquel jefe español tenía se le escaparon seis hombres estropeados, medio enfermos, uno de ellos herido, y todo fuertemente amarrados y rodeados por una compañía de infantería y un pelotón de caballería!

Antes del medio día llegamos á la hacienda *El Júcaro*, y nos colocaron en un colgadizo sin paredes á poca distancia de la casa de vivienda, en donde se alojaron los oficiales, dejándonos custodiados por una numerosa guardia. Pedían agua, pues nos devoraba la sed, pero fué con bastante dilación y á muy mala gana que al fin se nos trajeron una gran jícara. Se me olvidaba decir que se había representado la costumbre de amarrar á Primeyes del mismo modo que á nosotros; pero á poco de estar en su hacienda *El Júcaro* á donde estábamos el teniente Pérez y dirigiéndose á Joaquín le preguntó, y señalando á Primeyes: “¿Cuándo se reunió el señor con ustedes?”—“Años atrás,” contestó Joaquín.—“Y ha estado él de algún modo relacionado con el movimiento de ustedes?”—“Dijéramos seiscientos,” pensé yo, y lo mismo tal vez pensaron mis compañeros, “no vendríamos de este modo.” gento de la guardia:—“Suelte usted al señor,” le mandó. Y así se hizo. Con una amarga sonrisa cambió Joaquín con todos nosotros una mirada de inteligencia. La familia de Norberto Primeyes tuvo que embarcarse para España, pues en Puerto Príncipe en su jurisdicción poco tiempo hubieran dejado con vida.

Como á las tres de la tarde nos hicieron emprender de nuevo la marcha, esta vez á pie. Un largo cabo de cuerda que nos ataba los brazos por detrás, nos la anudaron en los tobillos, dejando todavía unas dos varas de cuerda suelta, haciendo que el soldado agarrase por la punta la cuerda de cada uno de nosotros, y de este modo nos condujeron hasta la hacienda de *Santa Lucía*, á donde llegamos cerca del oscurecer bajo una lluvia torrencial. Allí nos pusieron á los seis en un incómodo cepo, sin más lecho y

pitán Conus, el cual le amenazó con hacerlo amarrar y llevarlo preso como á nosotros, si no se callaba. A esto le replicó Mr. Eaton, en un español algo estropeado, que ya se guardaría de hacerlo; que recordara que él era un ciudadano americano.

El ferrocarril sólo llegaba entonces hasta la Sabanilla, á una legua del Camagüey. De allí nos llevaron á pie paseándonos por las calles de Puerto Príncipe hasta el cuartel de caballería, vasto y fortificado edificio de mampostería, al extremo norte de la ciudad, y nos entregaron al oficial de la guardia. Algo varió allí el tratamiento que recibimos, pues aunque nos encerraron en tres calabozos, dos en cada uno, incomunicados, permitieron que nuestras familias nos mandasen ropa decente y las comidas. Las comidas, sin embargo, antes de llegar á nosotros las examinaban escrupulosamente, partiendo hasta el pan en pequeñas rabanadas. Tres ó cuatro días, mientras se instruía la sumaria, nos tuvieron incomunicados. Terminada ésta nos pusieron á Joaquín, á Benavides y á mí en un calabozo, y á Zayas, Betancourt y Castellanos en otro, enfrente del nuestro, y permitieron que nos visitasen á ciertas horas del día nuestras familias, parientes y amigos. Un día, soplando el viento del norte, oímos claramente el pito de la locomotora, y esto le produjo una sensación agradable á Joaquín, que le hizo exclamar: “Al fin he tenido el gusto, antes de morir, de oír en el Camagüey ese nuncio de la civilización.” Joaquín fué, después del *Lugareño*, quien más trabajó por la construcción del ferrocarril de Nuevititas á Puerto Príncipe.

Inmenso fué el interés que se tomó la población de Puerto Príncipe por nuestra suerte, especialmente las señoras y señoritas de las principales familias, quienes á menudo iban á vernos, al través de las rejas de nuestros calabozos, á las horas permitidas. Un plan se fraguó para nuestra fuga; se colectó una gruesa suma de dinero, y se tenía ganado á un oficial del regimiento de caballería. Este, la noche

del día que le tocase estar de guardia, debía abrirnos las puertas de nuestros calabozos á media noche, y si no se podía sobornar al centinela que vigilaba nuestros calabozos, tendríamos que matarlo con un puñal, para hacer el menor ruido posible. Lo mismo tendríamos que hacer con el centinela que se tenía á la puerta del cuartel, y una vez fuera nosotros seis con el oficial correríamos á un solar ya designado á pocas cuadras del cuartel, donde se tendrían buenos caballos ensillados, armas y dinero para cada uno de nosotros. Tal era el proyectado plan, y ya teníamos hasta los puñales en nuestros calabozos, á pesar de la vigilancia de los centinelas. Llegó el día ansiosamente esperado. Le tocó la guardia al oficial que se tenía ó se creía tener ganado. Fué precisamente la víspera del día en que se iba á celebrar el consejo de guerra, cuando, nos llama la atención el toque de cornetas y tambores, y poco después vemos entrar y desfilar por delante de nuestros calabozos dos compañías de infantería. Al ver la primera, exclamó Joaquín: “¡Tropa del regimiento de Cantabria! ¡Todo está perdido!” Fueron fuerzas de ese regimiento las que nos sorprendieron y capturaron en Punta de Ganado. La otra compañía pertenecía al regimiento de la Habana. Hasta aquel día sólo nos guardaba el regimiento de lanceros. Ahora iban á guardarnos fuerzas de tres diferentes cuerpos, las cuales, según supimos después, tenían órdenes no sólo de vigilarnos, sino de vigilarse unas á otras. El gobierno desconfiaba de sus mismas tropas. El oficial que se creía tener ganado se acercó á nuestra ventana, y á media voz nos dijo: “Todo se ha descubierto.” Gran sensación causó aquello en Puerto Príncipe. Se dijo, y se creía generalmente, que el proyecto de escape había llegado á oídos de una señorita de buena familia, pero en aquel tiempo muy españolizada, y que ésta se lo había comunicado á un oficial español que le hacía la corte y visitaba su casa todos los días. Esto, sin embargo, nunca creí yo que pasase de una mera sospecha.

Más natural he creído siempre á de mi hermana Martina. Su leer que el oficial que había fi me llegó al corazón, y al mismo dejarse sobornar obraba de malaquin le saltaron las lágrimas á los que fué, para sincerarse ó ganar, cuando se la dí y la leyó. Me subuena voluntad del gobierno espaba que por el amor de mi madre, quien le descubrió aquel proyectopadre, que se hallaba en cama, escape. Aquello fué un golpe móiallo por el pesar, y de mis her-

Ahora, aunque poco me gustos, entregase al consejo el memorial de lo que individualment que le dirigía mi padre. En ese concierne, le referiré lo que me morial incluía mi padre certificados la vida. Mi defensor, el tenientosmédicos conocidos de la ciudad Heras, que era amigo de la familia que declaraban bajo su firma que interesó mucho por mí, y en la pnahabían asistido en varios casos de ra entrevista que tuvo conmigésos de locura, y que en vista de propuso su plan de defensa, quos, de sus servicios al gobierno, le alegar que yo padecía accesos deaba al tribunal tuviese alguna ra, y que en uno de esos accesos, sideración al imponerme la pena. fuí al campo y me uní á la partido la más dolorosa impresión y Joaquín. A esto me negué; pero consejado por Joaquín, acepté el ruelultándolo con Joaquín me acode, mi madre y mi hermana, y preque aceptara el plan de mi deferé al consejo aquel memorial. A

“A mí, añadió, también me llar de todo eso, poco faltó para que loco; esa locura, es una locura me condenase á la última pena. me.” Poco persuadido quedé, y las seis de la mañana se reunió el una segunda entrevista con mi depejo en los altos del cuartel de casor, me dijo, que consultando las loria. Enfrente de la ventana de españolas, halló una que dispono, pro calabozo se hallaba la ancha cuando un menor cometía un esaa que conducía á esos altos. La en compañía de un pariente de m en fué pública, y unos cincuenta edad, se considerase que el menor, bres, la mayor parte españoles, bía obrado bajo el influjo de silenciaron el acto. Terminados los riente. A esto me negué rotundamentedimientos, se nos llamó, primero te, y la prueba, usted que tiene o Joaquín, á Benavides y á mí, y lueuario de la causa, puede verla en Zayas, Betancourt y Castellanos. declaración. El fiscal trató do hegutado Joaquín si tenía algo que me declarar que algún otro me l en, contestó con la mayor serenidad inducido á tomar parte en el prodignidad; no recuerdo sus palabras, ciamiento, pero, lea mi declaraco daba á entender que no reconocía No recuerdo las palabras exactamenterecho de aquel tribunal para juzpero en substancia declaré lo sigulo, á lo cual le replicó el coronel te: “Que habiendo oído decir qu Gándara, lo que en substancia, seestaban formando partidas en el cael mismo Joaquín repitió después po para proclamar la libertad é in el chiste que le era característico, pendencia de Cuba, y creyendo qu en los momentos más terribles: deber de todo cubano era tomar pú lo quisiste, Fraile Mostén; tú lo en esa empresa decidí unirme á siste, tú te lo ten.” Al preguntarpartidas, y que, ignorándolo mi fal á mí el presidente si tenía algo lia, salí al campo.” Se me pregune alegar, respondí: “Sólo presentar quien había oído decir lo que me memorial al consejo,” diciendo lo dujo á tomar parte en aquel mal me adelanté á la mesa y allí demiento. Mi respuesta fué que nosité el memorial.

acordaba. Al amanecer del día en A la conclusión de todos aquellos se celebró el consejo de guerra vintos, se despejó el salón donde se ceverme mi madre á través de la rejoraba el consejo, y se procedió á de la ventana, y llorando me entregó erar. Lo que allí pasó lo supimos

después por algunos de los oficiales allí presentes. El fiscal había pedido la pena de muerte para todos nosotros, exceptuando á Castellanos. A la primera votación estuvieron unánimes los seis vocales, absteniéndose de votar el presidente, en imponerles la pena de muerte en garrote vil á Joaquín, Benavides, Zayas y Betancourt, y la pena inmediata á Castellanos; pero tres votaron por la pena de muerte para mí y tres por la inmediata. Las deliberaciones duraron todo el día. Allí se les subieron las comidas, licores, etc., y el resultado de un gran número de votaciones fué siempre el mismo. Finalmente, ya cerca de las seis de la tarde, dijo el presidente: “Señores, ya esto ha durado demasiado. Yo doy mi voto por imponerle á Pierra la pena inmediata, y deseo que la votación se haga unánime.” Eso me salvó la vida.

Al día siguiente al amanecer (Agosto 10) vinieron uno ó dos oficiales amigos á la ventana enrejada á saludarnos, y en el curso de la conversación, sin hacer la menor referencia al consejo, nos presentó Joaquín un espejito de mano, diciéndonos: “Hijos míos, miraos esas caras patibularias.” salida que arrancó una sonrisa á los oficiales. Poco después, estando yo solo asomado á la reja, llegó un oficial á quien conocíamos, y apretándome la mano me guiñó un ojo. La idea que se me ocurrió fué que aquel oficial estaba ganado y que había todavía esperanza de escaparnos. Esto se lo comuniqué á Joaquín, pero él, sin inmutarse en lo más mínimo, me dijo: “Lo que ese oficial quiso darte á entender es que á tí no te han impuesto la última pena.” En vez de alegrarme, sus palabras me echaron un jarro de agua fría, pues hubiera preferido correr la misma suerte que él.

Al día siguiente por la mañana, con imponente aparato militar, se nos leyó la sentencia. Imposible me sería dar una idea de lo que pasó por mí. Mi primer impulso fué darle un abrazo de despedida al heroico Joaquín, pero la sangre cesó por un momento de correr en mis venas, me sentí paralizado, y

PALMAS HISTORICAS DE CAMAGUEY.

La Discusión, agosto 12/910.

1851. Hoy es el 59° aniversario del luctuoso hecho que tuvo por escena y teatro la capital del Camagüey. Este día, gobernando á Cuba el sanguinario general don José Gutiérrez de la Concha, fueron fusilados en el lugar conocido por Arroyo Méndez el insigne patriota Joaquín Agüero, en unión de los no menos dignos y valerosos Arteaga, Benavides y Zayas, que estaban de acuerdo con la Junta Cubana de Nueva York, del general Narciso López y de Isidro Armenteros que residía en Trinidad.

Alzado Agüero con unos pocos— como ya he referido extensamente en referencias de este mismo día, en años anteriores, no logró que se le uniera número suficiente de cubanos para llevar adelante el movimiento revolucionario iniciado; así fué que después de ligeros combates fueron hechos prisioneros y condenados á muerte por el Consejo de Guerra de la Comisión Militar Permanente que los juzgó.

En el año 1853 se sembraron en la Plaza de Armas de Puerto Príncipe cuatro palmas, para conmemorar el fusilamiento de los expresados patriotas.

He aquí lo que con ese motivo ha escrito la señorita Isabel Velazco y Céspedes:

PALMAS HISTORICAS DEL CAMAGUEY.—Con orgullo decimos que cuando se terminó de reedificar en 1852 la Plaza de Armas (hoy Agramonte) todavía palpitaba en la memoria de los camagüeyanos el recuerdo de Joaquín de Agüero y sus inolvidables compañeros. El pueblo, que admira á los héroes del 51, aprovecha esta oportunidad para conmemorar, de modo original, un hecho tan glorioso. "Era entonces Alcalde el señor José Antonio de Miranda Boza, el cual, enterado de que se formaban cuatro jardines alrededor de la plaza, iba todas las mañanas, como pasatiempo, á presenciar los trabajos que se hacían para embellecer el lugar. Celebrándolo todo, el señor Miranda dijo al Arquitecto Municipal, amigo suyo, que sería de gran efecto colocar al centro de cada jardín una mata de coco ó de palma. Gustándole la idea al Arquitecto, el señor Miranda le hace ver que resultarían más lindas, al crecer, las palmas; ofreciendo proporcionar, en breve tiempo, y pidiéndolas con este final al ingenio de su hermano José Agustín.

"Miranda Boza, que vivía frente á un costado de la mencionada plaza, manifestó á sus contertullianos diarios Pedro Recio Sánchez (a) "El Patriota", licenciado José Agramonte Porro y don José Manuel de Velazco Sánchez que el haber él indicado la plantación de las palmas era con el objeto de que cada una representara, respectivamente, á Joaquín de Agüero, Fernando de Zayas, Miguel Benavides y Tomás Betancourt.

"Aplaudiendo la patriótica intención, propuso el venerable señor Velazco levantar un acta donde constase lo expresado; hasta que la Patria libre reemplazara las palmas con un busto de cada mártir. Hecha el acta, fué firmada por los amigos con los nombres simbólicos que usaban como masones y revolucionarios.

"Sembradas las palmas y concluido el arreglo de la plaza, influyó Miranda para que se encomendase el cuidado de los jardines á los vecinos siguientes: él se hacia cargo del que quedaba frente á su casa y cuya palma simbolizaba á Joaquín Agüero; á Ramón Castillo y Betancourt le tocó aquella en que estaba Fernando de Zayas; al licenciado Miguel Xiques, el cuadro en que se elevaba Miguel Benavides, y á don Feliciano Vilató el que correspondía á Tomás Betancourt. Las personas designadas, que eran de arraigo en la ciudad, aceptaron con entusiasmo la comisión, incluso el señor Vilató, comerciante español, único que ignoraba que la palma que lucía en el cuadro que se le destinó estaba consagrada á Betancourt.

"Pasado algún tiempo Miranda hizo notar á sus visitantes lo hermosas que se destacaban las palmas, y marcando la que estaba en el tramo que le correspondía á él, dijo: "El rumor de las hojas acariciadas por el viento será conocido por "los lamentos de Joaquín de Agüero". Estas palabras impresionaron á los oyentes, dando origen para que Agramonte Porro, al encontrarse con el joven doctor Nicolás González, músico de la Academia de San Fernando, le suplicara que le hiciera una danza muy sentimental y que se le llevara. González hizo lo que se le pedía y llenando la danza, que fué tocada por la señorita Luisa Porro y Muñoz, los deseos de Agramonte, éste le significa al compositor que su lindo trabajo tendría por nombre "Los Lamentos". Con este distintivo fué muy popular en Camagüey:



llegando su fama á Santiago de Cuba, donde era conocida por "La sombra de Joaquín Agüero". La referida danza existe aún en poder del benemérito C. Francisco de Arredondo y Miranda.

"En 1868 trataron los intransigentes de echar abajo las palmas, porque simbolizaban la libertad de Cuba, pero fué rechazada la idea, pues algunos de los españoles manifestaron que no debía tener esa significación; que el emblema de Libertad sería si en vez de cuatro fuera una sola sembrada al centro de la plaza, en cuyo caso la hubieran tumbado al principio de la Insurrección.

"Conserven los camagüeyanos, como reliquias, esas palmas que durante medio siglo han representado á los cuatro valientes que sucumbieron en el memorable 12 de Agosto de 1851 hasta que se lleve á cabo lo consignado en el acta que levantara el señor Velazco, y que fué escrita en el bufete del señor Miranda Boza, iniciador de la obra magna. ¡Ojalá los que nos sobrevivan puedan contemplar las estatuas de esos célebres cubanos, teniendo al centro la del inmortal y más virtuoso de los hombres: Ignacio Agramonte y Loynaz. Enlazando así las dos fechas memorables de 1851 y 1868, no se olvidará que en esa misma plaza fueron sacrificados Andrés M. Sánchez y Francisco Agüero Velazco, en 1826, por la independencia de Cuba".

PALMAS HEROICAS

Palmas que han sido la sombra gloriosa de cuatro mártires, merecen que todo el mundo con entusiasmo les cante.

Desde unos campos hermosos Miranda Boza las trae al pueblo, donde con gloria se columpia su ramaje.

Ninguna se puso triste al cambiar de punto y aire, resistiendo con firmeza de dos guerras los ataques.

Aún conservan en el tronco de dimensiones gigantes, el recuerdo de esos nombres que se escribieron con sangre.

Alzando su verde copa, como sublime homenaje, parece que toca el cielo Joaquín de Agüero triunfante.

Y Zayas, y Benavides, y Betancourt, no distantes, se ven de laurel ceñidos como cubanos notables.

Pronto lucirá entre ellos la figura interesante del general Agramonte, que al centro va á levantarse.

Un aplauso al Camagüey que honrar á los suyos sabe haciendo, con brillo en lázo de dos fechas memorables!

CELEBRES PALMAS

¿Cómo no amar las palmas misteriosas que, con sabia intención, fueron sembradas en medio de otras plantas olorosas?

El pensamiento sueña que las hadas en concierto feliz con las estrellas, bruñen las ramas por el sol doradas.

Se alzan en la memoria, siempre bellas, siendo mucho mayor el lucimiento por el brillo especial que tienen ellas.

Cuando juegan las hojas con el viento, vibra como una lira en el oído; con eterna expresión de sentimiento.

¡Cuánta nota patriótica ha salido envuelta en ese tono lastimero, que llega al corazón como un gemido!

¿Cómo no ser así, de Enero á Enero, si de esas cuatro palmas una ostenta este nombre inmortal: Joaquín de Agüero?

La del lado derecho representa á Fernando de Zayas, cuya muerte como gloria política se cuenta.

Al frente, unido con cariño fuerte, va Miguel Benavides compartiendo, por voto popular, la misma suerte.

Luego el insigne cuadro concluyendo con Tomás Betancourt, otro cubano, muy digno del laurel que está ceñiendo.

Siempre será un placer que en lo más sano de la alegre ciudad del Camagüey se halle honrado el valor camagüeyano.

Que no pudo impedir ninguna ley el hacer unas pompas funerales como nunca las tuvo ningún rey.

Medio siglo, por minutos, especiales esos nombres queridos, horas que se cubrieron con flores naturales.

Sin que hubiera huracán que los troncos mochara.

diera fin á la fiesta encantadora.

Que culmina erigiéndose al presente la estatua de Agramonte al centro de una plaza y de un pueblo tan valiente.

Parece consagrado al heroísmo ese hermoso pedazo de la tierra, cuna y tumba, á la vez, del patriotismo.

Así en el libro que la Historia cierra al escribir con fuego algunos nombres, se bendice á los hombres de la guerra y á Cuba porque dió tan grandes hombres!

Isabel Velasco y Cisneros.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

Erigen en Trinidad un monumento a los patriotas del 51

Se pereptúa la memoria de Isidoro de Armenteros y sus bravos compañeros de lucha

Un hermoso busto-monumento se ha erigido en la legendaria ciudad de Trinidad, para perpetuar la memoria de los patriotas Isodoro de Armenteros y Muñoz y sus compañeros José Fernando Hernández Echerri y Rafael de Arcis y Bravo, jefes del movimiento revolucionario de 1851: los tres eran hijos de Trinidad.

El proyecto de la obra es del escultor italiano. Ettore Salvatori di Carlo.

El noble y decidido patriota Isidoro de Armenteros —dice el Dr. Vidal y Morales en «Iniciadores y primeros mártires de la revolución cubana»—Tomo 2do—, nacido en Trinidad el 4 de abril de 1808, pertenecía a una de las familias más distinguidas de la isla. Fue Teniente Coronel, graduado de milicias de caballería, de avanzadas ideas, y residía en Cienfuegos, en cuya jurisdicción, Partido de Yaguaramas, poseía un ingenio denominado, «San Luis y Laberinto».

Los Armenteros constituyen uno de los apellidos más ilustres de nuestra patria. Don Tomás Armenteros, tronco fundador de aquella familia en Cuba, era natural de Gibraltar. Contador y Alguacil Mayor de la Santa Cruzada en la Habana donde promovió información de nobleza con fecha 26 de febrero de 1650, ante Melchor Arias de la Marcha, Alcalde Ordinario de la Habana y por ante el escribano Gaspar de los Reyes. Su abuelo, don Juan Armenteros, vecino de la ciudad de Salamanca, obtuvo ejecutoria de nobleza en juicio contradictorio celebrado en Valladolid el 29 de noviembre de 1514.

De la citada familia Armenteros, procedió el Capitán don Pedro José de este apellido y Poveda, también tronco fundador de la de Trinidad y de la cual fué director el caudillo Armenteros.

Isidoro de Armenteros tenía 43 años cuando la revolución en Trinidad. Antes de iniciarla estuvo varias veces en la Habana donde ultimó los preparativos; adquirió los tipos para la impresión de las proclamas que después aparecieron publicadas en la Gúinía de Miranda. Visitó al eminente jurisconsulto Anacleto Bermúdez, fervoroso patriota y a Serapio Recio que presidía la Sociedad Libertadora de Puerto Príncipe.

El 24 de Julio del 51 se levantó en armas en las márgenes del Río Ay, en Trinidad.

José Fernando Hernández Echerri, nació en Trinidad el 30 de octubre de 1823. Murió fusilado en la misma ciudad, 28 años más tarde.

Fueron sus padres don Manuel Hernández y doña María Elena Echerri. Estudió las primeras letras en su ciudad natal y fué después discípulo de Luz y Caballero. Dedicado a la enseñanza, trabajó como ayudante en varios colegios, y en 7 de Junio de 1846 le otorgó el entonces Gobernador General don Leopoldo O-Donell título de preceptor de instrucción primaria. En el colegio «El Salvador» desempeñó varias clases, y allí tuvo por alumnos, entre otros jóvenes, que luego se hicieron hombres notables, a Enrique Piñeyro y José Bruzón.

Patriota y poeta dice José Agustín Quintero: «Su cabello era rubio y naturalmente crespo, su frente meditativa; sus ojos azules y amorosos brillaban con resplandor intelectual, y su boca mostraba la sonrisa de un corazón afectado por el dolor. Faz expresiva, figura gallarda, tipo de genio y de belleza varonil...»

En cuanto a Rafael Arcis y Bravo los antecedentes personales que se tienen son bastante escasos, ya que desde que naciera residió, habitualmente, en los campos de Trinidad. Sábese, no obstante, que fué un valiente patriota y que cuando Armenteros solicitó su concurso, lo obtuvo, en el acto, y tanta estimación le dispensó que a raíz del grito de rebelión, le confirió los actos más arriesgados como lo fueron el asalto a los ingenios Mayaguara, Sacra-Familia y Algaba en el Valle de Trinidad.

Armenteros, Arcis y Hernández Echerri, fueron fusilados en los campos de la «Mano del Negro», el 18 de Agosto de 1851.

Estos datos nos fueron facilitados amablemente, por el Sr. Ramón Zayas Rodríguez, periodista y Presidente del Comité Pro Busto Armenteros, que fué inaugurado brillantemente el día 8 de diciembre.

J. F. GANDARA,

Corresponsal.

Orig. Dic 31/37 -



LOS PROTOMARTIRES DE LA INDEPENDENCIA

Por Jorge Juárez Sedeño

LOS primeros inmolados por el principio de la independencia política de Cuba, fueron los camagüeyanos Andrés Manuel Leocadio Sánchez y Pérez, mestizo, y el blanco Francisco Agüero y Velazco, conocido por "Frasquito", a las seis de la mañana del 16 de marzo de 1826, en la Plaza de Armas de Puerto Príncipe, hoy Parque Agramonte de Camagüey, en la parte donde se alza majestuosa la estatua del Bayardo Agramonte.

Algunos pretenden esta primacia, a favor de los vegueros de Vuelta Abajo en el siglo anterior, pero esos, no tenían el ideal de la independencia política del país, sino el fin de impuestos, por lo cual su movimiento fué de carácter económico, sin la aspiración a romper el yugo con la Monarquía española.

Al entrar el año 1826, los camagüeyanos esperaban la llegada de una expedición por la Costa Sur, procedente de Sudamérica, para levantarse en armas, y romper las cadenas con la España monárquica.

Con tal fin, desde aquel continente de pueblos hermanos que luchaban bajo la dirección de Bolívar, Sucre, Páez, San Martín, O'Higgins, y otros, vinieron como emisarios esos camagüeyanos, que eran oficiales en Colombia, peleando por el propio ideal político.

A fines de enero, ocultamente, desembarcaron en Cuba y se dirigieron hacia el interior de la jurisdicción, comenzando sus contactos con los demás comprometidos. Estando ambos mártires en el ingenio "Las Cuavas", fueron denunciados por dos negras esclavas, a quienes se les pagó el servicio con la compra de la libertad, mediante una colecta pública, a la que contribuyeron los enemigos de la independencia de Cuba de esos días.

El día 19 de febrero, el Alcalde Ordinario de la ciudad Don Feliciano Carnesoltas, catalán con descendientes que lucharon por la independencia de Cuba en 1895, acom-

pañado de los Alcaldes de la Santa Hermandad Susano Alvarez y Domingo Valdés y un pelotón de tropa veterana, se encaminó al mencionado Ingenio "Las Cuavas", y en la madrugada del 20, apresó a Sánchez y Agüero ocupándoles a cada uno un par de pistolas, espadas, pólvora, municiones y documentos comprometedores, siendo traídos a la ciudad.

En vez de ser internados en la Cárcel Pública, situada en los bajos de la Casa Ayuntamiento, lo fueron en el Cuartel del Batallón de León, a la sazón de guarnición en la plaza, que estaba en el antiguo Convento de San Francisco, hoy Escuelas Pías.

El juicio se celebró civilmente en la Audiencia, cuyo tribunal los condenó a muerte, conforme a la petición del Fiscal, una vez comprobadas todas las acusaciones.

En la mañana del 15 de marzo, los reos entraron en capilla, y las fuerzas de la ciudad toda, se pusieron sobre las armas, en prevención de levantamientos, desórdenes y rebeliones, en cuya actitud siguieron hasta el 17.

A las cinco de la mañana del 16, los reos fueron sacados de la capilla, y escoltados por todas las tropas de la plaza: Batallón de León, Batallón de Voluntarios Realistas de Fernando VII y Milicias, en todo un paseo militar, los llevaron por las calles de San Juan, hoy Avellaneda, Soledad, ahora Estrada Palma, y Mayor, actualmente Cisneros, hasta el lugar de la ejecución ya indicado. Esas tropas formaron en los cuatro costados de la Plaza de Armas, mientras que en su interior estaban el Teniente Gobernador Francisco Sedano, nativo de la Habana, la Audiencia en pleno, el Cabildo de la ciudad completo y todas las autoridades y funcionarios, ocupando sillones instalados para la función.

Primero se ahorcó a Sánchez, y luego a Agüero y ambos permanecieron colgados allí hasta las cuatro de la tarde, a la espectación pública, a cuya hora fueron llevados al Cementerio General y sepultados.

Una vez terminado el acto, cada autoridad y funcionario fué a desempeñar las actividades de su cargo y del día, y las tropas, por la calle de San Francisco, hoy Antonio Luaces, regresaron a sus respectivos cuarteles, para seguir sobre las armas hasta el siguiente día 17 por la tarde.

En Camagüey, desde 1802, empezaron los orígenes de las luchas por la independencia política, y tuvieron sus manifestaciones en sociedades secretas como los 32 Labradores y la Cadena Eléctrica.

El Teniente Gobernador Sedano, nativo de la Habana, que presidió esa ejecución, ya en 1812 había reprimido sangrientamente la sublevación de los esclavos, que buscaban la independencia de Cuba, de los que se ajusticiaron 8 en la propia Plaza de Armas, 31 fueron azotados muriendo algunos en el acto del flagelamiento, 42 reclusos con trabajos forzados en la Cárcel de la ciudad, y el resto deportados al Presidio de San Agustín de la Florida; y además, en las elecciones celebradas, entre ellas para los Diputados a los Cortes Constituyentes de Cádiz, falseó sus resultados y cometió atropellos con los votantes de tendencias contrarias a las suyas.

Al Alcalde Carnesoltas, se le premió su servicio con el Escudo de Fidelidad, que para recibirlo había que jurar lealtad al altar y al trono, y el ascenso de Capitán a Comandante del Batallón de Voluntarios Realistas de Fernando VII. El fué el iniciador de la colecta de 700 pesos para comprarle la libertad a las esclavas deladoras de los reos.

2

Mario Guiral Moreno *Voz de la* Homenaje a los Mártires del 51

En el Consejo de Ministros celebrado el jueves 2 del actual, a propuesta del Ministro de Comercio, se tomó el acuerdo de designar una representación del Gobierno para participar en el homenaje que se rendirá en la



M. GUIRAL MORENO

ciudad de Camagüey el próximo domingo día 12, al glorioso precursor de nuestras luchas independentistas Joaquín de Agüero y Agüero y sus tres ilustres compañeros inmolados en la propia fecha del año 1851, con motivo de conmemorarse este año el centenario de su fusilamiento, habiéndose designado para llevar la representación del Gobierno en dichos actos al Primer Ministro, el Presidente del Senado, los Ministros de Educación, de Comercio, de trabajo y de Obras Públicas, el Presidente de la Comisión de Fomento Nacional y a un Ministro sin Cartera, que ocupa un cargo en el Congreso por la provincia de Pinar del Río.

Es verdaderamente lamentable que el fusilamiento de los cuatro protomártires camagüeyanos no haya sido conmemorado mediante la realización de actos que tuvieran un carácter nacional, y no provincial como en este caso ha sucedido, limitándose el Gobierno a hacerse representar en ellos, con la circunstancia curiosa de haber propuesto y refrendado dicho decreto el actual Ministro de Comercio, cuyo Departamento nada tiene que ver con los asuntos históricos, según lo reconoce implícitamente el propio decreto al encomendar el

cumplimiento de sus preceptos al Ministro de Educación.

Pero, aparte de esta anomalía que por primera vez se advierte en nuestra desarticulada Administración, y que sólo se explica por la circunstancia de ser el proponente del decreto un Ministro de procedencia camagüeyana, como también son el Presidente del Senado y el Ministro del Trabajo, designados para integrar dicha representación, merece señalarse el hecho de que aún estamos en tiempo de acordar la forma en que deben ser recordados y homenajeados justicieramente los mártires del año 1851, durante cuyo transcurso el martirologio de nuestro pueblo se anotó un gran número de víctimas ilustres, entre las cuales se contaron muchos de nuestros más insignes próceres.

Recuérdase, en efecto, que en dicho año, y bajo el Gobierno del funesto General Concha, fueron fusilados-sumariamente en la sabana de Arroyo Méndez, Camagüey, los patriotas Joaquín de Agüero, José Tomás Betancourt, Fernando de Zayas y Miguel Benavides (12 agosto 1851); que cuatro días después (16 agosto) fueron ejecutados en las falda del Castillo de Atarés el norteamericano William Crittenden y sus 51 compañeros apresados en Cayo Levisa cuando se disponían a reembarcar para los Estados Unidos; que dos días después (18 de agosto) fueron pasados por las armas en Trinidad Isidoro Armenteros, el poeta Fernando Hernández Echerri y Rafael Arcis, jefes principales del levantamiento ocurrido semanas antes en aquella jurisdicción; y que a los pocos días (10. septiembre) era ejecutado en garrote vil Narciso López, el infortunado expedicionario del Pampero, en la explanada de La Punta, de esta capital.

Como es imperativo honrar la memoria de todos los citados patriotas, cuyas vidas fueron tronchadas y ofrendadas en aras del ideal de la independencia en el breve lapso de tres semanas, creemos que lo procedente y justo sería conmemorar el Centenario de la inmolación de todos ellos el día 10. de septiembre próximo, no sólo porque fué en esa fecha cuando terminó el año 1851 el sacrificio de las citadas víctimas, sino porque ella es la que corresponde al día en que sucumbió agarrutado en La Punta la más excelsa figura de los que combatieron por la consecución de nuestros ideales libertadores a mediados del pasado siglo, el valeroso general Narciso López, creador de nuestra enseña nacional y el primero que la hizo tremolar en territorio cubano el 19 de mayo de 1850.

Creemos, pues, que con la premura que el caso requiere, puesto que nos hallamos a sólo veinte días de distancia de la expresada fecha, deben efectuarse el próximo día 10. de septiembre una serie de actos patrióticos que sirvan para exaltar la memoria de los valientes protomártires del ideal independentista que fueron sacrificados en distintos lugares de la República, correspondientes a las provincias de Camagüey, Las Villas y La Habana, en el año 1851, conmemorándose así de una manera digna el Centenario de la inmolación de todos ellos, tal como lo ha solicitado la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales en escrito dirigido al Presidente de la República, trasladándole el acuerdo tomado por dicha Sociedad en sesión celebrada el martes de la semana en curso. Honremos el día 10. de septiembre próximo, en el primer Centenario de su gloriosa muerte, a todos los protomártires del año 1851.

El Mundo, La Habana, agosto 10, 1957

EL AYER QUE VIVE AUN
al cuidado de Rafael Soto Paz

Sept 17/52 Bohemia
HACE YA UN SIGLO...

CONSTITUCION

Y

REGLAMENTO INTERIOR

DE LA



Sab hoc signo vincimus.

ORDEN DE LA JOVEN CUBA.

NUEVA ORLEANS.
1852.

El "Delta", de New Orleans, el 16 de Sep. de 1852 publicó lo siguiente: LA JOVEN CUBA. Este es el título de una nueva organización de los amigos de Cuba, que se ha formado por jóvenes cubanos, ahora residentes en ésta (Nueva Orleans). El nombre es bello y cuando se pronuncia correctamente, muy eufónico. El número de cubanos desterrados en esta ciudad se aumenta con tal rapidez, que cuando llegue la hora de estallar el grito de independencia de aquella isla, habrá suficientes para formar un Regimiento, que no dudamos se señale por su bizarría. Los cubanos que acompañaron al general López en su noble aunque desgraciada expedición, fueron siempre colocados por él a la vanguardia, y pelearon con el valor y coraje de soldados veteranos.

Bohemia 2/14

GUERRA LIBERTADORA DE 1868 A 1878



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



GUÁIMARO
PARQUE DE LA CONSTITUCION.
LA CENICIENTA GLORIOSA DE CUBA.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

la bayamesa himno bayamo himno nacional

Oración a Satán
Antes de referirnos a la significación del título que encabeza este escrito debemos conocer algunos aspectos de la patriótica vida de su autor, Pedro Figueredo (Perucho).

Pedro Figueredo fué Abogado y Músico que conjuntamente con Carlos Manuel de Céspedes, Francisco Vicente Aguilera, Maceo Osorio y otros conspiraba por la Independencia de Cuba desde años anteriores al 10 de Octubre del año 1868 en que Carlos Manuel de Céspedes en el Ingenio de la Demajagua se lanzara a la guerra, a quien acompaña Pedro Figueredo y donde peleó. Estando enfermo en un rancho fué hecho prisionero de los españoles, trasladado a Manzanillo y después a Santiago de Cuba, donde el sanguinario Valmaseda antes de ser fusilado le ofrece la libertad con la condición de no combatir a la metrópoli, a lo que Figueredo tiene el gesto viril de contestar: "Hay proposiciones que deben hacerse personalmente, para personalmente oír la contestación; estoy en capilla, espero no se me moleste en los últimos instantes que me quedan de vida".

Cuando iba al sacrificio era tal la debilidad, que no podía caminar y pidió un coche, y la soldadesca le contestó: "Eso sería demasiado honor para un insurrecto; te traeremos un asno y montado en él, fué al lugar de su fusilamiento.

Pues bien; este patriota así terminó su vida. Cuando en los días cercanos a la toma de Bayamo por las fuerzas cubanas desde la montura de su caballo escribió la Bayamesa, que pasó a ser el Himno de Bayamo cantado en todos los actos y por el pueblo, y que muchos confundieron con otra Bayamesa escrita por José Fornaris y Carlos Manuel de Céspedes, comenzando la de Figueredo con las estrofas "Al combate corred bayameses" y la de Fornaris "No recuerdas gentil bayamesa". La Bayamesa de Figueredo fué el Himno de Bayamo y más tarde nuestro Himno Nacional.

Este Himno ha sufrido algunas transformaciones como lo explicó con lujo de deta



PERUCHO FIGUEREDO

—x—

lles el Académico y laureado músico Dr. Eugenio Sánchez Fuentes en la magnífica e ilustrativa conferencia pronunciada en la Academia el 15 de Febrero del año 1929 donde se ejecutó el Himno de Bayamo con todas las variantes sustridas.

Allí el Dr. Sánchez Fuentes abogó por la formación de una comisión técnica encargada de estudiar y aconsejar la revisión de nuestro Himno Nacional, para que se restituya la verdad histórica, que no debe ser otra que la versión original de Perucho Figueredo.

Nosotros creíamos que esto había sido definitivo; pero ahora en el año 1954, 25 años después de aquella admirable e ilustrativa conferencia del Dr. Sánchez Fuentes, la Sra. Flora Mora, distinguida musicógrafa pronuncia una conferencia en la Asociación de Repórteres de la Habana, donde plantea la necesidad de salvar el Himno Nacional de las adulteraciones, lo que nos hace pensar que aquellas palabras finales del Dr. Sánchez Fuentes en su conferencia que dijo: "Es absolutamente indispensable; es necesario bajo todos conceptos, que termine este estado de cosas, censurable e incomprensible".

Estas palabras cayeron en el vacío. Nuestro himno sigue impuro.

J. G. CASTELLANOS

TRIMONIO DOCUMENTAL

Oración a Satán, en 1955

EL EPISODIO DEL ENTIERRO DEL GORRIÓN

Por Emilio Roig de Leuchsenring.

La identificación de la Iglesia Católica con el régimen español colonial y su enemiga a todo lo cubano llegó a alcanzar extremos tan agudos, que no se detuvo ni siquiera ante el degradante ridículo de aquella farsa grotesca del episodio, rigurosamente histórico, que ha llegado a nuestros días con el nombre del "entierro del gorrión".

Sabido es que durante nuestras guerras emancipadoras, el apasionamiento y encono populares entre los dos bandos en que se encontraba dividida la población de Cuba, simbolizó a españoles reaccionarios y a cubanos revolucionarios en dos pajaritos muy abundantes en la Isla: el gorrión y la bijirita. Gorriones, eran los peninsulares y bijiritas los criollos.

Es el caso que un buen día del mes de marzo de 1869, gobernando esta Isla don Domingo Dulce y Garsy, un voluntario encontró un gorrión muerto debajo de los laureles de la Plaza de Armas, frente al Palacio del Capitán General. El voluntario llevó el cadáver de la infeliz avecilla al Cuerpo de Guardia y después al Castillo de La Fuerza. En la ociosidad propia de los cuarteles, dice el historiador español Antonio Pirala, en sus Anales de la Guerra de Cuba, que "el batallón que estaba de retén, para entretener sus ocios, considerando a la avecilla como paisana, y ampliando la idea del iniciador, colocó en un altar al gorrión amortajado y embalsamado".

Los voluntarios se dispusieron entonces a tributar honras fúnebres a aquel gorrión, proponiéndose con este ridículo homenaje za-

herir al capitán general Dulce, a quien consideraban poco enérgico y hasta simpatizador de los revolucionarios cubanos, en los primeros días de su gobierno, y también trataron, según apunta José Ramón Betancourt en su folleto Las dos banderas, "de vejar y perseguir a todo aquel que no quisiera entrar en la farsa ridícula de rendir homenaje al pájaro muerto, nada más que por se llamaba gorrión".

El chiste, cuenta Pirala, "tomó carácter de cuestión patriótica, se ocupó del hecho la prensa, se circularon invitaciones para visitar al gorrión voluntario, que aceptaron la marquesa de Castell-Flo-rit, la esposa del Gobernador Político y otra señora, que llevaron coronas de flores para el gorrión, mientras sus acompañantes dejaban dinero para levantarle el monumento".

En la más vieja de nuestras fortalezas, en el Castillo de La Fuerza, se alzó un imponente y lujoso monumento funerario, y en un rico sarcófago fué colocado el cadáver del gorrión. Fuerzas de voluntarios hacían guardia de honor al compañero fallecido, y en derredor, de rodillas, rezaban hombres y mujeres. Los poetas españoles Camprodón y Estrella le recitaron sentidas composiciones patrióticas, y fué tal la concurrencia durante la noche del velorio de aquel día, Sábado de Gloria, 26 de marzo, que fué necesario cerrar la verja del Castillo de La Fuerza, a fin de impedir la entrada a nuevos concurrentes; pero según refiere el gacetillero del diario La Quincena, se abrió la puerta a una niña hija del Gobernador Político, que comenzó a gritar "que le dejaran ver a su paisanito".

El domingo, el Batallón de Ligeros colocó el gorrión entre coronas y flores en el pórtico del cuartel e hizo una colecta a real,

recogiéndose unos mil duros.

Un nutrido cortejo, que presidía el Capitán General y del que formaban parte las principales autoridades militares y civiles de la colonia paseó el cadáver del gorrión por las más importantes calles de la ciudad, y después fué llevado también en procesión a otras poblaciones de la Isla, entre ellas Guanabacoa, Matanzas y Cárdenas, recorrido procesional de un héroe y mártir del reaccionarismo español.

Este episodio lo he referido exclusivamente como una prueba más de la identificación que inalterablemente existió entre la Iglesia Católica y el despotismo español de Cuba. A esa ridícula comedia no tuvo inconveniente alguno en sumarse la Iglesia Católica. Y Francisco Javier Balmaseda en su libro Los confinados a Fernando Poo, da a conocer que el día del entierro, "a las 9 de la mañana, algunos sacerdotes católicos, indignos de su ministerio, dijeron la misa llamada de cuerpo presente al pajarillo".

Y el año 1940 descubrió a la opinión pública cubana el doctor Armando de Córdova y Quesada, en su libro: La locura en Cuba, otra prueba elocuentísima, de muy pocos conocida hasta entonces, de la participación que la Iglesia Católica tuvo, representada en este caso por los jesuitas, y por el Colegio de Belén, en aquella farsa, reproduciendo una copia a la pluma de la lápida de mármol erigida al gorrión muerto, cuya leyenda, al pie de un dibujo que representa un gorrión sobre la rama de un árbol, dice así: "D. E. P. Recuerdo que los voluntarios de este Colegio consagran al gorrión que yace aquí. Habana y abril 24, 1873".

El dibujo que a página entera publica en su obra el doctor Córdova, dice al pie: "Cortesía del R. P. José Rubinos", de la Compa-

ña de Jesús.

Y para que se vea que en nada ha variado el espíritu reaccionario y anticubano de los jesuitas y del Colegio de Belén, me basta sólo decir que aquéllos guardan en éste, amorosamente, esa lápida, por sus antecesores consagrada, al corrión voluntario de 1869.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

EL EPISODIO DEL ENTIERRO DEL GORRIÓN

Por Emilio Roig de Leuchsenring.

La identificación de la Iglesia Católica con el régimen español colonial y su enemiga a todo lo cubano llegó a alcanzar extremos tan agudos, que no se detuvo ni siquiera ante el degradante ridículo de aquella farsa grotesca del episodio, rigurosamente histórico, que ha llegado a nuestros días con el nombre del "entierro del gorrión".

Sabido es que durante nuestras guerras emancipadoras, el apasionamiento y encono populares entre los dos bandos en que se encontraba dividida la población de Cuba, simbolizó a españoles reaccionarios y a cubanos revolucionarios en dos pajaritos muy abundantes en la Isla: el gorrión y la bijirita. Gorriones, eran los peninsulares y bijiritas los criollos.

Es el caso que un buen día del mes de marzo de 1869, gobernando esta Isla don Domingo Dulce y Garay, un voluntario encontró un gorrión muerto debajo de los laureles de la Plaza de Armas, frente al Palacio del Capitán General. El voluntario llevó el cadáver de la infeliz avecilla al Cuerpo de Guardia y después al Castillo de La Fuerza. En la ociosidad propia de los cuarteles, dice el historiador español Antonio Pirala, en sus Anales de la Guerra de Cuba, que "el batallón que estaba de retén, para entretener sus ocios, considerando a la avecilla como paisana, y ampliando la idea del iniciador, colocó en un altar al gorrión amortajado y embalsamado".

Los voluntarios se dispusieron entonces a tributar honras fúnebres a aquel gorrión, proponiéndose con este ridículo homenaje za-



herir al capitán general Dulce, a quien consideraban poco enérgico y hasta simpatizador de los revolucionarios cubanos, en los primeros días de su gobierno, y también trataron, según apunta José Ramón Betancourt en su folleto Las dos banderas, "de vejar y perseguir a todo aquel que no quisiera entrar en la farsa ridícula de rendir homenaje al pájaro muerto, nada más que por se llamaba gorrión".

El chiste, cuenta Pirala, "tomó carácter de cuestión patriótica, se ocupó del hecho la prensa, se circularon invitaciones para visitar al gorrión voluntario, que aceptaron la marquesa de Castell-Florit, la esposa del Gobernador Político y otra señora, que llevaron coronas de flores para el gorrión, mientras sus acompañantes dejaban dinero para levantarle el monumento".

En la más vieja de nuestras fortalezas, en el Castillo de La Fuerza, se alzó un imponente y lujoso monumento funerario, y en un rico sarcófago fué colocado el cadáver del gorrión. Fuerzas de voluntarios hacían guardia de honor al compañero fallecido, y en derredor, de rodillas, rezaban hombres y mujeres. Los poetas españoles Camprodón y Estrella le recitaron sentidas composiciones patrióticas, y fué tal la concurrencia durante la noche del velorio de aquel día, Sábado de Gloria, 26 de marzo, que fué necesario cerrar la verja del Castillo de La Fuerza, a fin de impedir la entrada a nuevos concurrentes; pero según refiere el gacetillero del diario La Quincena, se abrió la puerta a una niña hija del Gobernador Político, que comenzó a gritar "que le dejaran ver a su paisanito".

El domingo, el Batallón de Ligeros colocó el gorrión entre coronas y flores en el pórtico del cuartel e hizo una colecta a real,

recogiéndose unos mil duros.

Un nutrido cortejo, que presidía el Capitán General y del que formaban parte las principales autoridades militares y civiles de la colonia paseó el cadáver del gorrión por las más importantes calles de la ciudad, y después fué llevado también en procesión a otras poblaciones de la Isla, entre ellas Guanabacoa, Matanzas y Cárdenas, recorrido procesional de un héroe y mártir del reaccionarismo español.

Este episodio lo he referido exclusivamente como una prueba más de la identificación que inalterablemente existió entre la Iglesia Católica y el despotismo español de Cuba. A esa ridícula comedia no tuvo inconveniente alguno en sumarse la Iglesia Católica. Y Francisco Javier Balmaseda en su libro Los confinados a Fernando Poo, da a conocer que el día del entierro, "a las 9 de la mañana, algunos sacerdotes católicos, indignos de su ministerio, dijeron la misa llamada de cuerpo presente al pajarillo".

Y el año 1940 descubrió a la opinión pública cubana el doctor Armando de Córdova y Quesada, en su libro: La locura en Cuba, otra prueba elocuentísima, de muy pocos conocida hasta entonces, de la participación que la Iglesia Católica tuvo, representada en este caso por los jesuitas, y por el Colegio de Belén, en aquella farsa, reproduciendo una copia a la pluma de la lápida de mármol erigida al gorrión muerto, cuya leyenda, al pie de un dibujo que representa un gorrión sobre la rama de un árbol, dice así: "D. E. P. Recuerdo que los voluntarios de este Colegio consagran al gorrión que yace aquí. Habana y abril 24, 1873".

El dibujo que a página entera publica en su obra el doctor Córdova, dice al pie: "Cortesía del R. P. José Rubinos", de la Compa-

ña de Jesús.

Y para que se vea que en nada ha variado el espíritu reaccionario y anticubano de los jesuitas y del Colegio de Belén, me basta sólo decir que aquéllos guardan en éste, amorosamente, esa lápida, por sus antecesores consagrada, al corrión voluntario de 1869.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Trae un Cubano Documentos Inéditos de la Guerra del 68

Donará Fernando Hernández Agüero Cartas de su Abuelo

Las Entregará Mañana al Museo Nacional. Tratan de la Expedición del "Galvanic"

Por FERMÍN PERAZA
Especial Para EL MUNDO

Portando muy interesantes documentos y cartas inéditas relacionadas con las actividades revolucionarias cubanas, acaba de llegar a La Habana, procedente del Perú, donde tiene su residencia habitual, el doctor Fernando Hernández de Agüero; quien ha tenido la gentileza de dirigirse a EL MUNDO, para dar a conocer algunos de esos testimonios históricos, que entregará mañana al Museo Nacional de Cuba.

Desciende el doctor Hernández de Agüero, de una de las más ilustres familias cubanas del legendario Camagüey. Figuran en esta familia los nombres de Francisco Agüero y Velasco, complicado en los intentos revolucionarios de 1823 y 1826; Joaquín de Agüero y Agüero, fusilado en el Camagüey en 1851, con motivo del levantamiento de esa fecha; y pertenecen también a la misma una pléyade de valientes que dieron su brazo y su vida a las guerras cubanas por la independencia de 1868 a 1898. Además de estos servicios revolucionarios, la familia Agüero ha dado a las letras cubanas y al mejoramiento social de su región incontables beneficios, a través del sostenimiento de instituciones benéficas, culturales, etc.

A esa estirpe camagüeyana perteneció Fernando Agüero y Cisneros, abuelo materno del doctor Fernando Hernández de Agüero. Nació en la ciudad de Camagüey a principios del siglo XIX

y desde muy joven se identificó con las ideas revolucionarias, siguiendo con ello una tradición familiar.

Al iniciarse la primera guerra cubana por la independencia en 1868, fué de los primeros en sumarse a las filas del Ejército Libertador, y su valor y destreza militar lo hicieron figurar, rápidamente, como ayudante de Ignacio Agramonte y Loynaz.

En la batalla de Najasa, el espíritu patriótico de Agüero y Cisneros, y su arrojo militar ante las fuerzas españolas, lo destacaron como el salvador del mayor Agramonte, en su episodio memorable, sobre el cual tomamos este párrafo de un curioso folleto: *Genealogía de los Agüero*, publicado en Trujillo, Perú, en 1912, que forma parte de la colección del doctor Hernández Agüero, cuyo párrafo dice: "Fernando Agüero, en 1870 acompañó al general Ignacio Agramonte en la acción de Najasa y, después de reconocer el campo de combate, en cuya operación avistaron una fuerza que al darles el ¡quién vive! contestaron disparando y matando al General su famoso caballo "Pelo de Ratón", obsequiado por el general Bernabé de Varona (a) "Bemba". Viendo que los españoles se

les acercaban, saltó Agüero de su caballo y lo dió al General; éste y su estado mayor lo fueron acompañando al trote, haciendo fuego en retirada, a cada aproximación del enemigo y así lo fueron escoltando hasta atravesar la extensa sabana de Najasa y tocar con el monte en cuya espesura se internó Agüero: Agramonte quedó ya en libertad de ponerse en salvo con los suyos".

Después de terminada la primera guerra de independencia cubana de 1868 a 1878, Fernando Agüero y Cisneros tuvo que abandonar el país y se radicó en el Perú, al mismo tiempo que Aníbal Agüero se estableció en Chile, que asimismo tuvo que abandonar a Cuba por sus actividades revolucionarias.

Radicado en el Perú Agüero y Cisneros, contrajo matrimonio con Natalia de Bracamonte, de cuyo matrimonio nacieron dos hijas: María Laura y María Caridad, la primera ya fallecida y la segunda actualmente residente en Lima.

La señora María Laura Agüero y Bracamonte contrajo matrimonio en Lima, con el cubano, entonces Secretario de la Legación de Cuba en Lima, doctor Ramón Hernández Portela, actualmente embajador de Cuba en la República de Chile. De este matrimonio nacieron dos hijos: José Hernández Agüero, y Fernando Hernández Agüero. El segundo de estos hijos, que nos visita, nació en La Habana y realizó sus estudios en Europa, hasta graduarse en Ciencias Políticas y Económicas, en la Universidad de Munich, Alemania, pasando a residir después en el Perú, de cuya capital acaba de regresar a La Habana, para mostrarnos los papeles que estamos utilizando en esta información.

Entre los documentos inéditos que nos muestra Hernández de Agüero, figuran dos cartas dirigidas por Fernando de Agüero y Cisneros, a sus padres, con motivo de lanzarse a la revolución iniciada por Céspedes el 10 de octubre de 1868. El texto de la primera de esas cartas que ofrecemos en facsímil, es el siguiente: "New York, diciembre 3 de 1868. Queridísimos papá y mamita. Hoy que debiera mi corazón reoosar de alegría, hoy que debiera ser el mortal más feliz al ver que se presenta la ocasión de ir a combatir por la Santa causa de la libertad de mi adorada patria; hoy

digo; en vez de sentir mi corazón palpar con tan sublimes sensaciones, me encuentro abatido y triste y una losa siento pesar sobre mi corazón. Papá y mamita, no puedo levantar mi cabeza con gusto, cuando considero la desaprobación de ustedes y también la aflicción en que esto les sumerjirá; pero espero que ustedes comprenderán los deberes que todo hombre contrae con su patria desde el momento en que nace, y si estas consideraciones no son suficientes para calmarlos, piensen al menos que no somos hijos únicos y que por el contrario les quedan diez más en quienes depositar su cariño y que estos han sabido siempre corresponder. Cuán contento partiría yo hoy con la convicción de que mis hechos eran aprobados por ustedes; pero me queda el consuelo de que ustedes reflexionarán y se convencerán de que no he hecho más que cumplir con mi deber, y cuando esto haya sucedido, se enorgu-

necerán de tener hijos que saben marchar por la senda del honor. Esta es la primera vez que procedo sin el consentimiento de ustedes, es la primera vez que tengo el dolor profundo de desobedecerlos; pero espero que la consideración de la Santa causa que me impele a ello no los dejará darse por ofendidos, y en vez de esto sancionarán mi conducta para que pueda marchar tranquilo, sin el presentimiento de desgracias por haberles desobedecido, su más amante hijo que les pide la bendición, (Fdo.) Fernando de Agüero".

La segunda de las cartas citadas, contiene algunos párrafos que se refieren a la revolución, los cuales transcribimos: "Royal Victoria Hotel, Nassau N. P., diciembre 21 de 1868. Queridísimos papá y mamita. Esta noche, o tal vez mañana, nos haremos a la vela en una expedición de cien hombres con tres mil rifgles al mando del general Quesada que ha sido llamado oficialmente por la junta central de Cuba. Estando la justicia de nuestra parte, espero en Dios que tendremos buen éxito y que pronto tendré el gusto de abrazarlos bajo un cielo libre e independiente... Si acaso tengo la gloria de sucumbir por mi patria, quiero, previniendo esto, dejar aquí mi última voluntad... (y aquí señala, cómo han de distribuirse sus bienes). Siendo esta mi última carta, por ahora, me despido deseando a todos que sean felices; y pidiendo a Dios que los libre de los males de la guerra, que es lo que más me da que pensar, queda su más aman-

te hijo que les pide la bendición (Fdo.) Fernando de Agüero".

Se relacionan con esta carta que acabamos de transcribir, los siguientes párrafos pertenecientes a unos apuntes de memorias, redactados también por el mismo Fernando Agüero y Cisneros: "Fernando Agüero Cisneros cita a los cubanos en Filadelfia tan pronto como se supo allí el pronunciamiento de Yara; fórmase una junta que lo comisiona para ir a Nueva York; ve a Agustín Arango, Plutarco González y Carlos Basora para que establezcan junta permanente allí donde los cubanos eran más numerosos y mejor establecidos, y dado que los de nuestra junta querían todos ir al lado de los que peleaban, para llevarles aliento y prestarles el apoyo que faltó a los de los años 21 y 51.

Formada la junta por Arango, González y Basora, se embarcan los de Filadelfia para Cuba vía Nassau. Allí nos detuvo Martín Castillo para que nos juntásemos al general Quescada y a unos setenta cubanos que esperaba; a éstos de La Habana y a aquél, creo que de México. Llegados éstos, después de unos cuantos días formó el general dos compañías 1a. y 2a. y nos embarcamos diciembre 23, 1868, para llegar a Cayo Romano el día de Pascua, cuando habíamos escapado de la persecución del Juan de Austria, que debió temer el furioso temporal que se desencadenó en la "Nochebuena" y cesó de perseguirnos antes de ir a tener, en vez de buena, una noche mala: nuestro com-

pañero Antonio Zambrana sabe lo demás".

La expedición a que hace referencia Fernando Agüero Cisneros, fué efectivamente la primera que arribó a tierra cubana durante la primera guerra cubana por la independencia, y a ella se refiere Jorge Juárez y Cano en sus **Apuntes de Camagüey**, con las siguientes palabras: "El 27 de diciembre desembarcó por Guanaja, ocupada por los cubanos, la primera expedición de armas y municiones que vino a Cuba en esta campaña; conducida a bordo de la goleta inglesa Galvanic, había sido costeada por la Junta de La Habana y los camagüeyanos Martín Castillo y Diego y Enrique Loynaz y consistía en 3,000 carabinas, 150 fusiles Spencer medio millón de cartuchos, 200,000 cápsulas metálicas, y otros objetos para la campaña". Y otro historiador, Gerardo Castellanos, en su **Panorama histórico** nos dice también sobre esta expedición: "diciembre 27 1868. En esta fecha se embarcan cincuenta y nueve jóvenes patriotas en la goleta in-

glesa Galvanic y parten de Green Key, cerca de Nassau, llevando un rico cargamento de armas y pertrechos. Alijaron felizmente en el estero Piloto, de la Guanaja. Entre los expedicionarios estaban Luis V. Betancourt, Rafael Morales y González, Julio Sanguily, José Payán, Ramón Pérez Trujillo".

Otro importante documento nos muestra Hernández de Agüero. Es el original de una carta escrita en inglés por Nellie J. Beale, estadounidense que, según nos expresa Hernández de Agüero confeccionó la bandera de los expedicionarios del Galvanic. Esta carta está dirigida a Fernando Agüero y Cisneros, y tiene un curioso encabezamiento, agregado a la misma, que dice lo siguiente: "¡30 años después! Carta de un lapso del 68 al 98, amistad reanudada con motivo de haber visto publicada una noticia como salida del mundo de los muertos". Esta carta está redactada en inglés y de la misma ofrecemos el facsimil de su primera página, así como la traducción al español de algunos de sus párrafos: "...Señor Agüero. Querdo señor. Después de esperar algún tiempo para que mi padre contestase su carta que recibimos como "un mensaje de los muertos" determiné contestarle yo misma, puesto que él está muy viejo y débil, y no podemos depender de él para nada. La sorpresa al recibir su carta fué tan grande para nosotros, como el periódico para usted, y le diré francamente que yo estaba opuesta a que fuera publicada... Que extraño, Alberto viviendo tantos años en Nueva York, y nosotros pensábamos que estaba muerto, nos enteramos que había sido hecho prisionero, pero no volvimos a tener noticias posteriores. Que alegría que lo podamos ver de nuevo. El próximo año pronto estará aquí y espero que nada le impida su viaje a ésta. Por varios años después que todos ustedes se fueron, yo esperaba volverlos a ver, mas cuando uno solamente tiene 16 años, qué distintas se ven las cosas, y cuando esas esperanzas se quiebran, algunos no las volvemos a tener... Debe usted perdonar a mi padre por no escribirle, tiene 80 años de edad, y no se confía a sí mismo. Trataré de obtener algunas copias del periódico para usted. Quedo sinceramente su amiga, (Fdo.) Nellie J. Beale. Diciembre 11, 1898".

Otro de los documentos curiosos que nos muestra Hernández de Agüero, es la siguiente carta



de Nellie J. Beale, dirigida a Emilio de Heredia, fundador del Museo Nacional de Cuba, cuyo texto es el siguiente: "Bustleton, P. O., Philadelphia, Pa. Sr. Emilio Heredia, "Museo Nacional", Habana-Cuba. Estimado señor: Habiendo sido enterada que usted está colectando reliquias para el "Museo Nacional", ofrezco a usted la pequeña bandera y fotografía de algunos del grupo que fueron a Cuba en la primera expedición que salió de los Estados Unidos en el año 1868. En el año 1851 los señores López y Joaquín de Agüero llevaron ésta a Cuba, desde Nueva Orleans, cuando ellos fueron a proclamar la Libertad en la Isla; ellos no tuvieron éxito y pagaron la aventura con sus vidas; la pequeña bandera fué secuestrada y devuelta a América en la parte posterior de un marco de retrato. En 1868, mi padre, William A. Beale, dibujó, teniendo como modelo la pequeña bandera, otra bandera de seda, muy grande y bella, en la cual aparecían elegantemente bordadas alrededor de la estrella, las palabras: "Libertad o Muerte". Auxiliada por una hermana mía, juntas hicimos la bandera para la expedición mandada por el señor Fernando de Agüero, la cual salió de Filadelfia en diciembre de 1868.

En prueba de aprecio y gratitud por nuestra bondad, se nos obsequió con un retrato, en el cual aparecía el grupo de los expedicionarios... La única razón que tengo al desprenderme de esa pequeña bandera, es el temor de que pueda perderse o destruirse al tiempo de mi muerte. Por eso yo gustosamente le ofrezco a usted ese pequeño recuerdo de las luchas por la libertad y la independencia, y que yo durante cuarenta y cinco años, religiosamente he conservado. Muy sinceramente de usted, (Fdo.) Nellie L. Beale. Bustleton, P. O. Philadelphia. Noviembre 19, 1913".

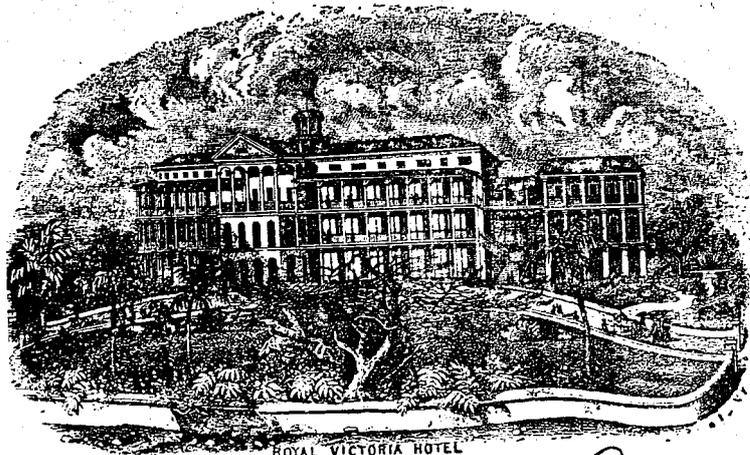
El periódico a que se refiere la carta de Nellie J. Beale, es la edición de *The Philadelphia Inquirer*, publicado en Filadelfia el 5 de junio de 1898. De este periódico tomamos el dibujo a pluma que representa a un grupo de los expedicionarios del Galvanic, antes de dirigirse a los campos de Cuba Libre. El dibujo reproduce la fotografía, que conjuntamente con la bandera de 1851, donó Beale al Museo Nacional de Cuba, en la cual aparecen Fernando de Agüero y Cisneros, Antonio Martínez, Enrique Recio, Alberto Agüero y Betancourt, Justo Canales, Luis Morejón, Ildefonso

Bravo, Teófilo Agüero y Cisneros, y otros no identificados.

Con ocasión de redactar para *EL MUNDO* estos comentarios, nos trasladamos al Museo Nacional, donde hemos podido comprobar que se conservan la bandera y la fotografía donadas por Nellie J. Beale; de cuyo donativo ofrecemos, por cortesía del director del Museo Nacional, el profesor Antonio Rodríguez Morey, una reproducción fotográfica.

Al ofrecer a los lectores de *EL MUNDO* la carta de Nellie J. Beale, de noviembre 19, de 1913, hemos suprimido de la misma la referencia errónea que hace al vapor Lillian, confundiéndolo con el Galvanic, que fué el que transportó la expedición de diciembre de 1868; error en que incurre también el periódico *The Philadelphia Inquirer*, en la edición que hemos mencionado anteriormente.

No nos es posible reproducir otros materiales de los cuales es portador Fernando Hernández de Agüero, para no hacer muy extensa esta información, aunque figuran entre los mismos algunos muy curiosos e interesantes que utilizaremos para los bosquejos biográficos que redactamos en este mismo diario, bajo el título de *Vidas Cubanas*.



Nassau N. P. Dicen 2 / de 1898.

Queridísimos Papá y Mamita,

Esta noche o tal vez

manana nos haremos a la vela en una expedición de cien hombres con tres mil rifles al mando del Sr. Cervera q. ha sido llamado oficialmente p. la junta central de Cuba. Estamos la justicia de nuestro país, espero en Dios q. tendremos buen éxito, y q. pronto tendremos el gusto de abrazaros bajo un cielo libre e independiente, no un prongo. Hado ya p. el d. de esos bandidos españoles q. tan atroces acontecimientos preparan a nuestra querida patria.

Si acaso tengo la gloria de sucumbir p. mi patria, quiero previendo esto, dejar aquí mi última voluntad. Con tío Fernando deje un papel escrito con la paz y a la guerra; si hoy aquel por malo y este sea el q. valdrá. También deje con él las prendas de ropa y dinero y además (\$250.00) doscientos cincuenta pesos en papel moneda. Mis prendas sean: la sortija de brillante de Cachemira hermanita a quien se la devolverá, dándole también el reloj de oro con la cadena y el dije a q. este es mío. El reloj esmaltado es para Sofía, a quien

Carta de Fernando de Agüero a sus padres, escrita al partir la expedición del Galvanic para los campos de Cuba Libre.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



El señor Antonio Rodríguez Morey (a la izquierda) director del Museo Nacional, muestra al señor Fernando Hernández de Agüero algunos documentos relacionados con la expedición del Galvanic, en presencia del doctor Fermín Peraza (a la derecha).

1955

EL EPISODIO DE "LA DEMAJAGUA"
orto un-die 1952
 POR QUE DECIMOS "EL GRITO DE YARA"

De la hazaña inmortal del 10 de Octubre de 1868 se ha escrito muchas veces por distintos historiadores, los más de ellos informados por las fuentes oficiales de las autoridades españolas, interesadas, como es de presumirse, en presentar a los caudillos de la gloriosa Revolución como bandoleros y en general a los revolucionarios como elementos insolventes, enemigos del orden, de su Majestad, y consiguientemente de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana. Los mismos cubanos que estuvieron más próximos al insigne Carlos Manuel de Céspedes, ni aún éste, se ocuparon de reseñar cuales fueron los primeros pasos dados al iniciarse el movimiento; y es por ésto que el que escribe estas líneas se atiene a los relatos oídos de boca de Miguel García Pavón, de Tomás Barrero y de algún otro de los que participaron personalmente en la gesta inicial de "La Demajagua".

Sabedor, Carlos Manuel de Céspedes, de la orden dada por el Capitán General que entonces gobernaba a la "siempre fiel Isla de Cuba", de meterlo en prisión, por habérselo comunicado su pariente Ismael Céspedes, telegrafista del Centro de Bayamo, se dispuso de inmediato, a actuar por su cuenta y riesgo, no obstante que los conspiradores, a cuya cabeza figuraba el venerable Francisco Vicente Aguilera, habían acordado, en la reunión efectuada en el ingenio "Rosario", próximo al de "La Demajagua", alzarse contra el poderío de España, para fecha más adelante que la del mes de Octubre. Carlos Manuel rápidamente convocó a los comprometidos que estaban más cerca de él, como Bartolomé Masó, como Isaías Masó, como Titá Calvar y otros cuyos nombres recuerda la historia patria. Ya en la noche del día 9, estaban Carlos Manuel y sus amigos, en la casa de vivienda de la "Demajagua", trazando los planes a seguir.

Y en hora temprana del día 10, Carlos Manuel ordena tocar la campana del Ingenio, que servía para reunir a los esclavos y demás trabajadores de la finca y una vez pre-



2)

sentes todos, les expresa que a partir de aquel momento quedaban en libertad de ir a donde quisieran, sin comprometer a ninguno a seguirlo en la aventura revolucionaria.

De la "Demajagua" sale Carlos Manuel seguido por treinta y dos hombres y, evitando las dificultades del terreno, atraviesan las fincas situadas en el trayecto que le conduce al camino real de Manzanillo a Bayamo, hace aparición en el punto nombrado Palmas Altas y aquí hace alto. Mientras se descansa un rato, pasa el correo que viene de Bayamo para Manzanillo. Carlos Manuel ordena detenerlo y le ocupa la correspondencia oficial únicamente. Acto seguido, sigue hasta el punto "Coboa", a las orillas del río Yara. Hace nuevamene alto y envía un hombre al inmediato pueblo de Yara en averiguación de si hay o no alguna alarma o alguna fuerza española. Regresa el mensajero con la noticia de que en todo el pueblo hay quietud y entonces Carlos Manuel dispone entrar en Yara y efectivamente entra hasta llegar al centro de una plazoleta, en cuyo lugar se yergue el tamarindo que recuerda el sacrificio del indio Hatuey, según nos cuenta la tradición histórica.

Es en tal instante, es decir, cuando Carlos Manuel y su gente llegan a la plazoleta, que aparece a quinientos metros de distancia, viniendo por el camino de Bayamo a Manzanillo, una compañía de soldados españoles, ignorantes, en absoluto, de cuanto ocurría. Sorprendido, el jefe de la tropa, al ver el grupo de gente a caballo, sin señales de que se tratara de algún entierro, que sería la justificación de la caballería en orden de marcha, manda hacer alto a su gente y grita el clásico "quién vive". La gente de Carlos Manuel, sin perder su formación, sufre los efectos del inesperado encuentro; y es en ese instante cuando alguien, espontánea y entusiastamente contesta, a la vez que dispara su pistola: "Cuba libre!".

Es así como se produce el histórico GRITO DE YARA.

El capitán español, ante aquella imprecación inesperada, manda hacer fuego, pero haciéndose la primera descarga al aire y seguidamente la segunda hacia el grupo de jinetes. Estos, seguramente asustados, se dispersan en todas direcciones, y Carlos Manuel vuelve grupas hacia la salida del poblado, cruzando el río Yara por el punto conocido todavía por Barrancas Altas y toda la gente toma el rumbo de la sabana de Yara-Arriba. Es cuando uno de los acom-

Octo, nov-dic - 1954 -

pañantes del caudillo bayamés, se acerca a éste y le dice: "Carlos Manuel, no quedamos más que doce hombres" y el grande hombre contesta: "somos los suficientes para pelear por la independencia de Cuba".

Carlos Manuel, con sus doce hombres, sigue el rumbo del Sur en dirección a la montaña. En sentido contrario se ve venir a un solo jniete. Al fin, éste se encuentra con los revolucionarios. Se trata nada menos que de Luis Marcano, comandante que había sido de las milicias dominicanas y el primer militar que se suma a la hazaña de Carlos Manuel. Conferencian éste y Marcano, y el primero le dice a Marcano su propósito de alcanzar las estribaciones de la Sierra Maestra, situándose en Nagua "para reunir más gente". Marcano le hace conocer al caudillo el error de realizar ese propósito, diciéndole: "si te acampas en Nagua, las autoridades españolas harán creer a los campesinos de estos lugares que hay una partida de bandoleros en la zona y serán los mismos campesinos quienes acabarán con ustedes". Entonces Carlos Manuel interesa el consejo de Marcano, y éste, avezado a las luchas bélicas, le dice: "a Bayamo"! Carlos Manuel le pregunta: "Y tú, quieres acompañarnos"?, a lo que responde Marcano: "Ya estoy con ustedes".

Carlos Manuel dispone la marcha y la fuerza repasa el río Yara, situándose entre Calambrosio y Zarzal, con rumbo a Baja, lugar también histórico, porque allí fué adonde resultó sorprendido el gran Calixto García años después, produciéndose el intento de suicidio del famoso guerrero hijo de Holguín.

Ya puestos en el camino de Bayamo los revolucionarios, llegan al poblado de Barrancas, donde hay un capitán de partido, nombrado Manuel Tornés, quien enterado de cuanto ha sucedido, se les incorpora con sesenta hombres, y se dirigen todos a Bayamo, haciendo alto en el Ingenio "Las Mangas", de Perucho Figueredo. Lo demás, el sitio de Bayamo, la actitud hermosísima del general Modesto Díaz, la declaración de libertad a los esclavos, la amenaza de Valmaseda, el incendio de la ciudad de Bayamo, y el encauce de la incomparable Revolución del 68, constan en los textos de historia. Pero el inicio, el acto por el cual se dice EL GRITO DE YARA, ha quedado expuesto sencillamente.

RECORDANDO VIEJOS TIEMPOS

Un Grito que debe repercutir

El Grito de Vigarío

Continuamos haciendo historial patriótico de otros hechos sobresalientes acaecidos en Guanabacoa y sus barrios rurales relacionados con nuestras Gestas Históricas de los años 1868 y 1895; asuntos estos que han pasado desapercibidos para los que se dedican en Cuba a narrar las tristes peripecias de esas luchas sangrientas que llenó de luto a miles de hogares cubanos por la conquista de la tierra fértil y hermosa que los vió nacer.

Y como no tenemos espacio suficiente para escribir con lujo de detalles muchos de esos hechos a que me estoy refiriendo, en forma breve vamos a exponer lo ocurrido en Guanabacoa en los precisos instantes en que el cruel Gobernador Aristides de Santaliz había sembrado el terror en esta Villa y en sus barrios rurales, ordenando injustos fusilamientos y cientos de detenciones de hombres nativos que no acataban sumisos las atrocidades que a diario se sucedían durante su nefasto mando.

He aquí ahora dicha narración acaecida en el año 1869.

Hace más de dos siglos y medio que un rico terrateniente nombrado Francisco Rodríguez Vigarío construyó uno de los primeros "Cachimbos" que empezaron a moler caña por los arrabales de la población, en un predio que hicieron llamar "Río de Plata", y que más tarde le pusieron el nombre de "Vigarío" en mérito a que fué él quien instaló el ingenito en cuestión.

A través de ese considerable lapso de tiempo aún se conoce por el "Callejón de Vigarío" a la primera cuadra que se encuentra, pasada la esquina de Corralfalso —hoy Avenida de la Independencia— y el antiguo "Callejón de los Toros", llamado actualmente calle de Apodaca. (1)

En plena efervescencia revolucionaria, a raíz de haber estallado la guerra —Hispano-Cubana— del año mil ochocientos sesenta y ocho, un grupo de esforzados patriotas guanabacoenses gritaron: ¡Viva Cuba Libre! El jefe del grupo fué detenido en el caserío de "Peñalver" vestido de teniente de la insurrección; fué a visitar al Presbítero de esa feligresía, Don José María Hoyos, que fué enviado a "Chafarinas" acusado como "desafecto al régimen colonial". Simple narración histórica de este acontecimiento patriótico, del cual nada se ha escrito hasta ahora.

(Especial para la revista EL CARTE-RO, por Federico M. Mesa.)

Pues bien: En este solitario paraje fabricó una vivienda campesite el señor Pablo Santa Cruz, residencia que sólo utilizaba tan pronto el riguroso verano de la población dejaba sentir sus inconveniencias; se vivía entonces a principios del año 1869, cuando tan solo hacía pocos meses que había estallado el movimiento revolucionario del año 1868.

Todo era triste en esa etapa de ruina e incertidumbre, en donde, como ya expuse, los hechos vandálicos ocurrían a menudo: significarse como desafecto al régimen imperante —se precisa el volver a repetir los vocablos— era exponerse a perder incontinentemente la vida. El caso del valiente reglano Rafael Baso lo justifica, fusilado el 31 de marzo de 1870).

En tal crítica situación las cosas, el aludido Sr. Pablo Santa Cruz y sus hijos Pablo, Enrique y Alfredo Santa Cruz y Morales, cometieron la locura de invitar a un almuerzo en su hogar guajiro a varios amigos y vecinos; y como buenos criollos que resultaban todos los convidados al acto, se confeccionó la típica comidita criolla, compuesta de "chivo asado", frijoles negros, plátanos verdes fritos, dulce de guayaba,

4

2

queso blanco, y el correspondiente buen vinito, que entonces no solía adulterarse como ahora.

Como estos hombres, a pesar del momento tan alegre que disfrutaban no podían olvidarse de sus heroicos hermanos que se debatían en las maltrechas campiñas cubanas, tras la noble conquista de sagrados ideales, he ahí que, frenéticos de ira procedieron a gritar desafortunadamente: ¡Viva Cuba Libre!

Todos los comensales, al ver luego el inminente peligro que corrían de ser detenidos, abandonaron la "Choza mambisa"; pero el más viejo de todos ellos, el cabecilla autor del ágape, señor Pablo Santa Cruz y Castañeda, tuvo la audaz ocurrencia de vestirse de teniente de la insurrección, y galopando a más no poder, tomó el trillo próximo que lo conducía al caserío de "Peñalver" con el propósito de saludar al Párroco de dicha feligresía Don José María Hoyos, que en su humana condición de sacerdote que profesaba a conciencia la fe de Cristo, defendía a todos sus feligreses sin distingo de credos religiosos, raciales o políticos que eran perseguidos sin piedad por el solo hecho de que conocían al alemán que ya se hallaban alzados en armas contra la Metrópoli desde que estalló el movimiento revolucionario del año 1895;⁽²⁾ pero cierto aviso dado a tiempo por un indigno confidente de por aquellos contornos, provocó la detención del indómito mambí, con la acusación consiguiente del Capitán Pedanco del barrio que consignó en el acta levantada al efecto: "...que hubieron de sorprenderlo vestido de teniente de la insurrección; y de haber visitado al Cura de aquel puesto, harto conocido como enemigo del Gobierno". Vino —continúa diciendo el informe— en unión de

otros, todos señalados como desafectos". (Nota: En el Boletín del Archivo Nacional editado en el año 1902, tomo I, número 1 de Marzo y Abril, aparece consignado este suceso).

Si nuestros historiadores e investigadores han dado a conocer dos hechos de suma trascendencia para la Patria: *El Grito de Yara*"; pronunciado por Carlos Manuel de Céspedes, en el ingenio "La Demajagua" el día 10 de Octubre del 1868; y el sublime "Grito de Baire", del año 1895, es muy necesario que se conozca que, aquí en Guanabacoa, el día 8 de marzo del año 1869, en una alegre jira campestre efectuada en el "Callejón de Vigario", sitio conocido por "Pancho Loza", también se hubo de gritar a todo pulmón: ¡Viva Cuba Libre!

(1) Al antiguo "Callejón de los Toros", un trillo pedregoso y soturno, por donde habitan unos cuantos vecinos en destartaladas casuchas de madera, se le puso —desde épocas de la colonia— "Calle de Apodaca", en memoria del inclito Teniente Gobernador Civil de Guanabacoa, Cmdte. Don Ramón Flores y Apodaca, el mejor gobernante de todos los tiempos que ha tenido *La Villa Heroica de Aranguren*.

(2) Don José María Hoyos, cubano nativo de La Habana, cura en propiedad de la Iglesia de "Peñalver" —hoy nombrado Pepe" Antonio, barrio rural de Guanabacoa, en el año 1869 fué deportado a las mazmorras españolas de Ceuta, junto con estos arrojados mambises: Juan B. Bermúdez, Capitán del Partido; Joaquín Valdés Colón, Secretario del Juzgado de "Peñalver"; Felipe González (asesinado cuando volvió a Cuba con el propio "Peñalver"); Simón Espinosa; y Pablo y Francisco Pérez. (Antecedentes tomados de la Historia de Guanabacoa que con tanto tesón e inteligencia tiene escrita el muy querido compañero historiador local, Sr. Elpidio LaGuardia, que puede adquirirse por insignificante precio de dos pesos el ejemplar, dirigiéndose a su domicilio: Reparto De Beche. Guanabacoa. Prov. Habana.)



3

El Sacerdote Don José María Hoyos desempeñó las parroquias de Candelaria; Cayajabos; Hoyo Colorado; a donde escogió ir al regresar de Ceuta, pues temía que en "Peñalver" —la suya en propiedad— lo asesinaran como a su paisano de tristes aventuras revolucionarias Felipe González; San José de los Ramos; Bahía Honda; Casa Blanca; Calvario, en donde lo sustituyó el más tarde Obispo de la Habana Pedro González Estrada; El Cano, en donde construyó la nueva ermita de Arroyo Arenas; después pasó a San Nicolás de Bari, de la Habana, cuando tomó posesión del Obispado de la Capital Monseñor Pedro González Estrada, en mérito a su prestigio revolucionario y hombría de bien; de aquí pasó a la que era entonces segunda iglesia de La Habana en categoría: Nuestra Señora de Guadalupe.

El presbítero José María Hoyos fué muy querido de todos sus feligreses, pues jamás negó su noble concurso a cuantos de él hu-

bieron de solicitarlo, y en este curato dejó de existir a la edad de 84 años, el día 11 de Marzo del año 1913.

También prestigiaron al clero cubano estos ilustres sacerdotes desterrados de la Isla a las mazmorras españolas de Ceuta, Chafarinas y Fernando Poo: Don José Cecilio Santa Cruz, Cándido Valdés, Manuel de Jesús Doval, el que fué tan popular Pá-

roco de la Iglesia Jesús María, de La Habana; Miguel de los Santos, Betancourt, Castillo y otros que, como muy bien dijo el culto sacerdote católico Dr. Enrique Ortiz, cuando pronunció su brillante pieza oratoria en memoria de las víctimas de la Jata, el día 26 de Diciembre del año 1911: "...bajo este hábito sacerdotal existe un corazón cubano".

Dr. Enrique Ortiz
At. 1911

ANIVERSARIOS PATRIOS Por JUAN J. E. CASASUS

EL RESCATE DE SANGUILY (8 de Octubre de 1871)



General Ignacio Agramonte



General Julio Sanguily

"Sólo merece la libertad y la vida el que cada día sabe conquistarlas".

Corría el 8 de octubre de 1871; se hallaba acampado el Mayor Agramonte en el potrero Consuegra, al sur de Puerto Príncipe, con 70 hombres de caballería, cuando su segundo en el mando, el brigadier Julio Sanguily, solicitó autorización para visitar el rancho de la joven villareña Cirila López; enfermería, sastrería y lavandería, todo en una pieza, en medio de la selva huraña. Quería el Brigadier que le lavaran y cosieran sus ropas, ensuciadas y deshechas durante una breve campaña de treinta días por toda la región donde se paseaba como dueño y señor, el insigne adalid de la Democracia, el auténtico prócer que en Jimaguayú rindiera a la Patria la ofrenda votiva de una de las vidas más ilustres de nuestra tierra. Apenas serían las ocho de la mañana, cuando salía el Brigadier para el rancho recoleto de Cirila (a la que muy anciana tuvo el honor de entrevistar en Camagüey en 1935), al mismo tiempo que ciento veinte hombres a caballo, de "Pizarro", al mando del capitán Matos, desprendidos de la columna fuerte de Sabas Marín, que andaba en operaciones por la finca Matehuelo, guiados por dos presentados, dos traidores, se dirigen también al rancho de Cirila; van a destruir aquel refugio de patriotas, escondido en lo más intrincado de la selva camagüeyana.

Con el Brigadier van tres enfermos, un ayudante y un ordenanza; por suerte para Cuba, el ayudante se había rezagado, tal vez esta circunstancia inscribió en nuestro calendario heroico el hecho del Rescate. Apenas llegan los cubanos al ansiado asilo, se ven rodeados: Luciano, el ordenanza de Sanguily, cual otro Eneas, carga sobre las espaldas a su jefe inválido, pues no hay tiempo para buscar los caballos y el bosque, cercano y salvador, ofrece amparo del enemigo. En la carrera, el Brigadier se agarra a la rama de un árbol y ordena a su asistente que se interne en el bosque: para él no hay salvación. Un sargento le grita: "¡Mambi, date o te mató!". El inválido General, por toda respuesta, muestra su herida, profunda y abierta, del tobillo.

AL COMANDO UN HEROE DE LA ILIADA

Diego o Luciano, el ayudante o el asistente, no sabemos quién, llevó la noticia a uña de caballo, al potrero Consuegra. El Mayor en el acto escoge treinta y cinco centauros y parte al galope al encuentro del enemigo; él, como los lacedemonios, nunca preguntaba de aquéllos cuántos eran, sino dónde se encontraban.

Matos envía mensaje de la captura a su jefe y rápidamente se dirige al encuentro de la columna; ya había llegado al potrero "La Esperanza" y hecho alto. Allí,

arremolinados alrededor de un pozo, se hallaban los hombres de "Pizarro" cuando los descubre la vanguardia cubana que lleva a su comando un héroe de la Iliada: el comandante Reeve.

A la vista del enemigo, el Mayor se dirige a sus jinetes: "¡El brigadier Sanguily está en poder de esos españoles, a rescatarlo vivo o muerto, o perecer todos en la demanda!". Y virándose hacia el corneta ordena "toque a degüello". Al oír el agudo sonar del clarín cubano, el sorprendido jefe español grita: "Guerrilla, pie a tierra, atrincherarse". Pero aquella fuerza de 120 soldados de línea, sorprendida y aterrada, apenas acertó a fogear al enemigo y se desbandó al instante, ante un alud incontenible: la caballería camagüeyana al galope de carga, conducida por el gran soldado y enardecida por el amor a la libertad que en aquellos heroicos tiempos anidaba en el alma de los dignos y esforzados hijos de la Patria. Ya lo decía Goethe: "¡Sólo merece la libertad y la vida el que cada día sabe conquistarlas!". Por ese santo amor a la libertad y ese altivo desprecio a la vida, que conmovía hasta nuestros mismos enemigos, fué que sobre pirámides inmensas de cadáveres se logró la Independencia. Ihering lo ha dicho: "Sólo a través de sangre y de lágrimas pasan los pueblos de la servidumbre a la libertad".

Sanguily recibió a sus hermanos dando vivas a Cuba y a la Libertad; el sargento que lo conducía quedó muerto sobre el campo con otros once soldados de España; allí, dueños del palenque los cubanos, recogieron numerosas armas, 64 caballos, 40 monturas, revólveres, espadas, etc. Y todo a costa de un muerto y seis heridos. La noticia del Rescate causó decepción profunda en la colonia hispana de Camagüey, donde se esperaba la llegada del Brigadier prisionero. En tanto Agramonte anotaba en su "Diario": "Cargué, por la retaguardia al arma blanca y a la invocación del nombre y a la salvación del Brigadier prisionero, los nuestros, sin vacilar ante el número del enemigo, se arrojaron sobre él, le derrotaron y recuperamos al Brigadier".

LOS TITANES DE 1868

La victoria del Rescate hizo variar la estrategia hispana (en lo adelante se organizarían fuertes columnas, ante el temor de ser destrozadas las pequeñas por los incomparables macheteros de Agramonte), y levantó la moral de los soldados camagüeyanos, porque acreditó plenamente el alto grado de su poder ofensivo.

Fueron 35 contra 120 y les arrancaron su presa y los diezmaron y les hicieron huir, desperdigados por el monte. Esos fueron los hombres que levantaron el edificio de la nacionalidad; esos sí fueron leales y generosos y dignos servidores de Cuba. Esos fueron los titanes de 1868.

El Rescate de Sanguily

Vamos a redactar unas breves líneas, para recordar a nuestros lectores, que en este mes —el día 8— se cumple un aniversario más del hecho heroico de "El Rescate". Y lo vamos a recordar así, señaladamente, porque nos parece que aunque conocido y admirado no está lo suficientemente exaltado que debiera; dado el singular ejemplo de fidelidad al amigo, valor imponderable, y capacidad sobrada que entraña.

Veamos lo que escribió Manuel Sanguily: "Casi nadie ha dejado de oír en Cuba el famoso episodio en que en carga incontrastable, con un puñado, con treinticinco jinetes dignos de la inmortalidad de la fama, arrebató a una columna enemiga al amigo querido, acabado de caer prisionero... Aquel fué un acontecimiento en la guerra; encendió las almas en la fe e hizo sonreír la esperanza como un iris sobre los sombríos cam-

pamentos cubanos; pero más grande aún fué por noble, por generoso, por sublime de desinterés y de fraternidad, el impulso que dictó y realizó la grande hazaña, ante la cual se apagan como lumbres de luna en la irradiación del sol, tantos portentos que no merecen como ese, la exaltación fantástica de la leyenda.

El "Rescate" aparecerá siempre como portento de grandioso heroísmo en las luchas cubanas; pero será, por encima de todo, el fiel espejo que habrá de reflejar constantemente la grande alma de Ignacio Agramonte, en que se armonizaron todas las excelencias del alma de Cuba".

Y para finalizar estas líneas de recordación, vamos a reproducir el soneto que escribió el valiente revolucionario y gran poeta, Rubén Martínez Villena, tan prematuramente desaparecido:

Marchaba lento el escuadrón riflero,
ciento veinte soldados de la España
que llevaban, en lauro de campaña
a Sanguily baldado y prisionero.
Y en un grupo soñado por Homero
treinta y seis elegidos de la hazaña
espejaron al llano y la montaña,
la desnudez lujosa del acero.
Un estupor dramatizó el ambiente,
sonó un grito de mando prepotente
y un semidiós forjado en el combate,
ordenando una carga de locura,
voló con sus leones al rescate
¡y se llevó al cautivo en la montura!

Acuerdo de los señores...

Oct 1954

ANIVERSARIOS PATRIOS POR JUAN J. E. CASASUS



Los hijos del capitán Fry.

Capitán José Fry.
Tampa, 14 de junio 1826.
+ Stgo. de Cuba, 7 noviem-
bre 1873.

LA HECATOMBE DEL "VIRGINIUS" (23 de octubre — 8 de noviembre de 1873)

El entusiasmo, la unión y el sacrificio de la Emigración, habían enviado a las playas de la mártir numerosas y formidables expediciones que dieron gran impulso a la Guerra de Aguilera y de Céspedes. Corría el mes de junio de 1871, los tres barcos expedicionarios de la República, fracasado el noble empeño de Aldama por construir una Marina de Guerra, se hallaban en Port-au-Prince, Saint Thomas y Aspinwall: eran el "Hornet", el "Florida" y el "Virginius". El primero había dejado, en 7 de enero de 1871, en las costas de Punta Brava, jurisdicción de Tunas, a la "Legión Colombiana": 66 hombres con dos cañones de montaña, 1.300 fusiles, un millón de tiros y otros valiosos elementos. Y el tercero había alijado, en 21 de junio de 1871, en Boca de Caballo, Punta del Turquino, a la "Expedición Venezolana", al comando de Rafael de Quesada; eran 51 hombres con parque de cañón, de fusil, material abundante y burros numerosos para el transporte a lomo.

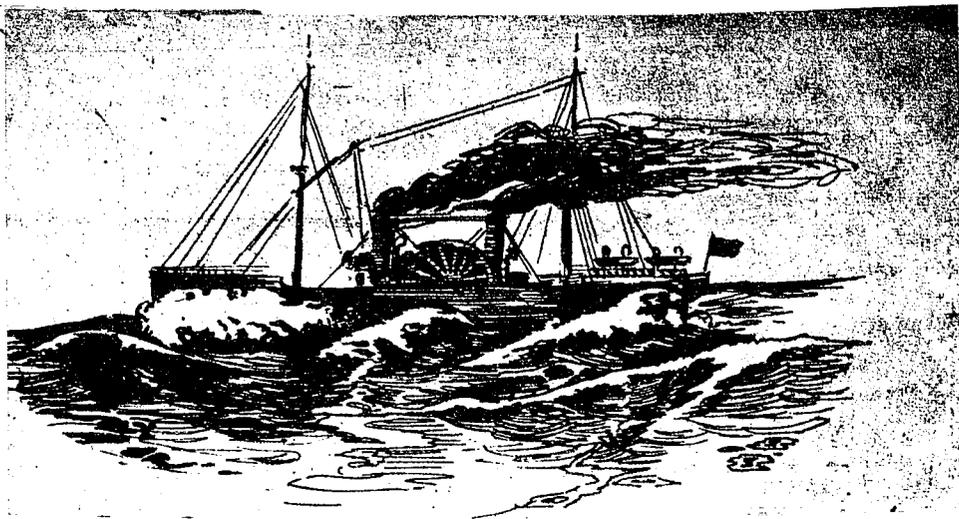
El Agente General trabajaba sin descanso en la gran tarea de enviar a Cuba recursos de toda índole para los heroicos gladiadores de la Libertad. Pero, es un fenómeno constante de la historia que siempre que se lucha por esta causa santa surgen obstáculos, que parecen infranqueables, puestos por el Destino en la ruta del deber, tal vez para obligar a los hijos del decoro a esfuerzos que revelan la abnegación y la grandeza del espíritu que necesitan los hombres y los pueblos para sacudir el ominoso y despreciable yugo de la opresión.

Corría el año de 1873, los ricos emigrados habían perdido sus fortunas, ahora faltaba el dinero y, para colmo de males, menudeaban las disensiones entre los jefes de la Emigración. A la ferina pugna entre Aldama y Quesada había sucedido la pugna entre Aguilera y Aldama.

Pero, llega el mes de junio de 1873, el "Virginius" que Aguilera había reservado, desde principios de su mandato en Estados Unidos, para la expedición de Quesada, ha recibido orden de partir. Se trataba de un magnífico barco, para la empresa expedicionaria, de hierro, con 400 toneladas de desplazamiento, construido en Inglaterra, para los confederados, durante la Guerra de Secesión. Había sido reparado en Colón, Panamá, de donde salió el 1 de julio de 1873 con 780 fusiles y buen cargamento de material, alijando el 6 de julio en un punto de



El "Virginus".



Recepción en Kingston en honor de Fry, Ryan y Varona.

la costa sur de Oriente, en el cual entregó al brigadier Jesús Pérez el cargamento. Lo dice a Quesada, en documento valioso que obra en el Archivo, carta de 13 de julio, el "Master" del buque: "Llegamos a Kingston el 9 de junio, después de haber dejado Colón, al segundo día, perdimos el buen tiempo... arribamos a... en la noche del domingo 6... salimos con la luz del alba". Firmado, James S. Williams.

Ha dejado el "Virginus" su segunda expedición en Cuba, se halla en Jamaica y va a organizarse la tercera, que frustra el destino, poniendo término, con la gran hecatombe, a las expediciones de la Guerra Grande.

El 4 de octubre de 1873 salía de Nueva York, con buen golpe de cubanos, en el vapor "Atlas" y con destino a Kingston el capitán Joseph Fry, viejo marino de la Armada Confederada, de carácter enérgico y resuelto, que servía a la causa de la libertad cubana con verdadera devoción. Fry iba a hacerse cargo del comando del buque para traer a nuestras costas la tercera expedición del "Virginus". Llegó a Jamaica con sus hombres el 14 de octubre; pero allí se cometieron gravísimos errores que darian al traste con el gran empeño. Fry y los cubanos fueron recibidos por el cónsul del Perú, el señor Córdova, y Manuel Govín, presidente en Jamaica de la asociación "Los Amigos de Cuba". Se celebró una recepción en honor de los arriesgados nautas. "Hubo bailes y brindis por la causa de Cuba..." "Durante los diez días, del 14 al 23, dice Jeanie Mort Walker, ininterrumpidamente se dieron comidas y bailes en honor de los heroicos expedicionarios"... en tanto los sabuesos españoles vigilaban e informaban. Por eso Burriel, gobernador de Santiago, pudo decir en la Orden General de 3 de noviembre: "Desde el 23 de octubre tuve conocimiento de la salida de Kingston de la expedición".

La empresa respondía al coanudo esfuerzo de la Emigración: era la acción conjunta y ordenada de la Junta de Nueva York, la mentada asociación jamaicana, Quesada y de Balbona, que entregó gruesa cantidad de dinero para el magno empeño. Al bravo capitán Fry le pagaba la Junta neoyorkina una mesada de ciento cincuenta pesos para atender al sostenimiento de sus hijos: tres parbulitos; para ellos recibió, antes de abandonar la ciudad del Hudson, la cantidad de cien pesos con que pagó Cuba la vida generosa del sureño insigne.

Después de tanto anuncio imprudente, salió el buque de Jamaica; era el 23 de octubre, en tanto el Cónsul de España informaba al Gobernador de Santiago. Pero, el barco no saldría para Cuba ese día 23; enfiló hacia Port-au-Prince donde debía completar su cargamento. Llegó a Jeremías el 24, lugar en que se le hicieron reparaciones y de donde salió el 26, arribando a Port-au-Prince el 27 al mediodía. Debemos subrayar que a través de toda la ruta le vigilaban los hispanos.

En Port-au-Prince la Patria contaba con un representante que quiso extremar la discreción y no embarcó el material sino con muchas precauciones y de noche. Es el conspirador más discreto de todos los que toman parte en la aventura audaz. "A las ocho de la noche, dice nuestro agente Fernández, comenzó el embarque del armamento y terminó a las diez y media, sin que se trasluciera la operación". Pero, una comisión fué a saludar al Preisdente de Haití: la formaban Pedro Céspedes, O'Ryan, el ayudante de Varona y el propio Fernández... El buque fué visitado por el público... Fernández vió "fisonomías sospechosas". Allí se cargaron 300 armas de precisión y 125,000 cartuchos, completando la magnífica expedición que ha costado a Cuba 200,000 pesos. Vienen a bordo 165 hombres de pelea y 37 tripulantes. Traen más de 1,000 fusiles, 400 revólveres, 600 sables, considerable cantidad de municiones, ropas, medicinas; en una palabra, era una de las mejores expediciones que preparara la entusiasta y abnegada Emigración.

El día 28 el buque, con su preciosa carga, sale para Puerto Caimito, y el 30, por fin, pondrá proa a Cuba: al comando de un héroe del Sur, un hijo de Tampa: el inmortal capitán Fry, clavado por su abnegación y su heroísmo en las páginas de nuestra historia.

M. J. 24/11

ANIVERSARIOS PATRIOS

Por JUAN J. E. CASASUS

LA HECATOMBE DEL "VIRGINIUS"

(23 de Octubre - 8 de Noviembre de 1873)

FINAL

Fusilados los cuatro jefes del "Virginus", un consejo de guerra, de jefes y oficiales de la armada (los odiados tribunales de marina), juzgó a los 37 tripulantes; el día siete habían sido condenados a muerte. La sentencia se aprobó, al instante, y ese mismo día, por la tarde, en masa, eran fusilados impiamente. Ese propio día se juzgaba también y condenaba a muerte a doce expedicionarios, entre ellos había un niño, que no había cumplido diez y ocho años, y el ocho, a las seis de la mañana, eran pasados por las armas los doce patriotas.

La ciudad estaba aterrorizada, al mundo consternado llegaban los mensajes de la espantosa carnicería que allí estaba emporcando el nombre de España; era uno de los crímenes más grandes de la humanidad, era el episodio más indigno de la conquista y colonización de América... El vicecónsul de Inglaterra en Santiago solicitó la suspensión de la sentencia, respecto de los tripulantes ingleses; pero, no se le hizo caso. El vicecónsul americano intentó ver a Fry; pero, no pudo. El cónsul americano en La Habana y el ministro Sickles, en Madrid, pidieron para sus súbditos los derechos estipulados en el Tratado de 1795. El embajador en Madrid, fué formalmente atendido. "El Gobierno había dispuesto, se le dijo, que se otorgaren a los prisioneros las garantías del Tratado". Y ordenó, por vía cablegráfica, que no se verificase ninguna ejecución sin conocimiento y consentimiento previo del Consejo de Ministros. Pero, Castelar, que presidía la República, parece ignoraba que los jefes de su Ejército en Cuba vivían al margen de la justicia, la piedad y la civilización y que esa actitud de ellos ante la vida había propiciado la hecatombe de los estudiantes y los espeluznantes fusilamientos de Atarés.

Ahora; prácticamente suplicaba a sus generales en Cuba que accedieran a las demandas del vecino poderoso; pero, "las líneas telegráficas se interrumpieron" y la orden llegó a Santiago después de la hecatombe, después de la triple orgía de sangre de los días cuatro, siete y ocho de noviembre. No pudo Castelar detener en su carrera de crímenes al vesánico Burriel.

Pero a las once de la mañana del día ocho de Noviembre entraba en el puerto de Santiago, que tantos crímenes ha visto cometer en nombre del despotismo; la fragata inglesa "Niobe", que comandaba Sir Lambton Lorraine, quien inmediatamente envió a Burriel un mensaje que guardan en sus páginas las historias de Cuba y de la humanidad: "No tengo órdenes de mi Gobierno, porque éste ignora lo que sucede, pero asumiendo yo toda la responsabilidad y convencido de que mi conducta será aprobada por su majestad Británica, puesto que el acto que realizo es en pro de la humanidad y la civilización, exijo a usted que inmediatamente suspenda esa inhumana carnicería que aquí se está llevando a cabo. No creo que tendré necesidad de decir cual será mi proceder en caso de que mi exigencia sea desatendida". Fdo. Lambton Lorraine.

El hijo desnaturalizado de España cedió, al instante, frente a la negra boca de los cañones de Albión, nunca tan bien comandados como bajo las órdenes del insigne capitán inglés. Las ejecuciones fueron suspendidas inmediatamente, en medio de la protesta de la soldadesca y de los feroces voluntarios, tan crueles con el vencido como cobardes con el enemigo en la pelea.

La enérgica voz de los Estados Unidos tronó ante la hispana cancillería. Sickles, Ministro americano en España, calificó ante Madrid el fusilamiento de "bárbaro y cruel". Dijo que las autoridades de Santiago de Cuba habían privado de la vida, precipitada y cruelmente, a gran número de personas capturadas en alta mar y llamó a los fusilados "desgraciadas víctimas de una administración cruel y sanguinaria". El Gobierno contestó que estaba decidido a cumplir los principios de justicia y castigar a los culpables. El presidente Castelar y el ministro de Estado Carvajal, con la guerra en la Península, alzaron las manos ante el poderoso país que defendía la causa de la humanidad. Se concertó el protocolo de 29 de noviembre, firmado en Washington por Hamilton Fish, ministro de Estado americano y José de Polo Bernabé, embajador español. Por él España devolvía a los Estados Unidos el "Virginus", con todos los expedicionarios que había salvado, de las garras ensangrentadas de Burriel, el coraje ejemplificador del inmortal marino inglés. El 16 de Diciembre, se entregaba el buque y el 18 los supervivientes quedaban colocados bajo la noble y segura protección de la divisa consagrada.

En febrero de 1875, por último, España pagaba a los Estados Unidos una indemnización de ochenta mil pesos y otra a Gran Bretaña como compensación por el crimen espantoso.

El desventurado viaje del "Virginus" puso término a las expediciones de la Guerra Grande, pues fué a mediados de 1875 que logró el incansable Aldama organizar la frustada del "Octavia", el último empeño serio, en la vía marítima, de aquella epopeya legendaria.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

2010/08/14

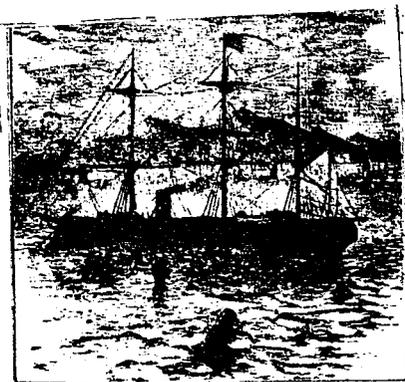


Ejecución del capitán Fry y sus camaradas.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



La fragata "Niobe", en el puerto de Santiago de Cuba.

Sir Lambton Lorraine.



La Habana, Domingo, 7 de Noviembre de 1954



Otra foto del canadiense O'Ryan, que fué fusilado el 4 de noviembre.



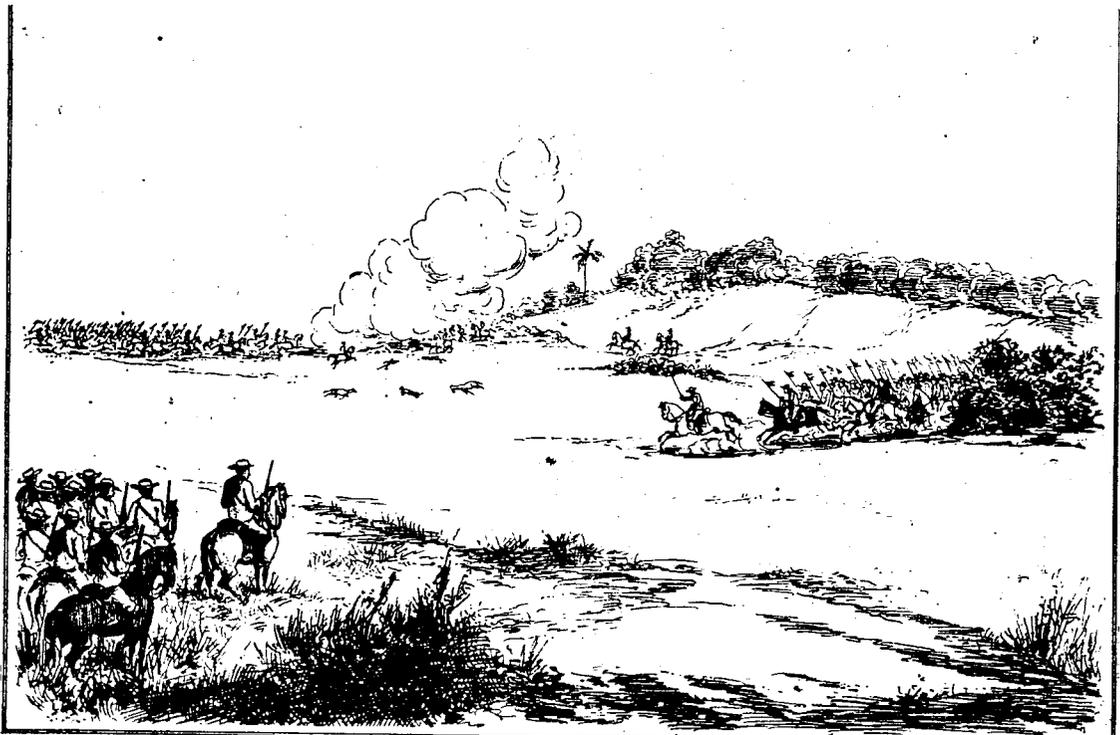
PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

ICONOGRAFIA DE LA GUERRA DEL 95

Tru Por BENIGNO SOUZA *a 7/54*

Con la colaboración del doctor Emerico S. Santovenia, presidente de la Academia de la Historia; los académicos coronel Cosme de la Torriente, capitán Joaquín Llaverías, teniente R. Pérez Landa y Gonzalo de Quesada.



Acción sostenida en los montes de Macaguabo y Palma Soia, donde fué anochillado el enemigo el día 22 de Abril de 1875. (Cópia de un original remitido por un amigo presencial).

Lit. a Imp. del Comercio, Otago 87.

La viñeta que publicamos apareció en los periódicos españoles, durante la guerra del 68, cuando invadió Máximo Gómez Las Villas, con el resultado que todos conocen, es decir, que llegó con sus piquetes hasta Colón, lo cual dió motivo a la destitución del general Concha, Marqués de La Habana. En vista de su fracaso militar, cuando aseguraba que la Trocha era infranqueable, y que la paz en Las Villas se encontraba asegurada, fué destituido, y en su lugar se nombró al Conde de Balmaseda. Este dibujo representa uno de los pocos eventos felices que tuvieron las armas españolas en el año 75, donde desgraciadamente se perdió la oportunidad de la iniciativa en las operaciones, brillantemente conquistada por Máximo Gómez, por la sublevación de Vicente García en las Lagunas de Varona, y la caída del gobierno revolucionario, con todas sus consecuencias.

La columna española la mandaba el teniente coronel de Caballería León, y guerrillas al mando del comandante José Hull; según el parte oficial tuvieron los cubanos 80 muertos y 18 prisioneros. La explicación de este desastre está en que después de una feliz incursión por la campiña de Las Villas occidentales, regresaba Cecilio González con una enorme impedimenta de desarmados, en su mayoría formada por esclavos de las dotaciones de los ingenios de la comarca, sobre los cuales se cebó la caballería española y los guerrilleros cubanos. Este fué el combate de Palma Soia, cerca de Macaguabo, que tuvo lugar el 23 de abril de 1875.

Mil, ab 7/54

ANIVERSARIOS PATRIOS

Toma de Victoria de las Tunas: 23 de Septiembre de 1876

Por JUAN J. E. CASASUS

"En la guerra, cuando no alcanza la piel de león se ha de poner un poco de la de zorro".

Lisandro.



Manuel Sanguily

Cerca de la Numancia cubana

EN medio de vastísima planicie, sobre el camino real de la Isla, bordeada en aquellos días por bosques seculares, donde halló refugio, en la Guerra Grande, la dignidad cubana; cerca de la Numancia mambisa y cerca también del pueblecito ignorado donde se promulgó la Carta Magna de nuestras libertades, se halla la ciudad de Victoria de las Tunas. Poco más de cincuenta kilómetros al sur corre el Cauto caudaloso en cuyas orillas habían construido los españoles el campamento fortificado del Guamo del cual, en la época en que ocurrió la hazaña estupenda que vamos a relatar, salían dos veces a la semana convoyes de provisiones para abastecer a la mentada plaza, por otra parte, centro de operaciones del Ejército español. "En ese trayecto de veinte leguas, entre el Guamo y Tunas, se abrieron más fosas, bajo las plantas de los soldados de España, que en ningún otro territorio de Cu-

ba", dijo don Fernando Figueredo. Tan pronto los convoyes hispanos salían del Guamo, eran inmediatamente hostilizados por los cubanos con tenacidad, arrojo y perseverancia incomparables; a tal extremo, que los tres días que duraba la marcha del convoy, desde el Guamo a Tunas, eran de perenne sobresalto, de lucha constante, días funestos en los que iban aquellos regando por el camino, bajo el impacto mambí, elementos de boca y guerra y dejando decenas de muertos sobre la ensangrentada ruta:

Ataque a Tunas por Quesada

En 1669, atacó a la plaza de Tunas; era el 16 de agosto, a presencia del Gobierno, con 1.200 hombres y una pieza de artillería, el general Manuel de Quesada. La ciudad estaba defendida por seiscientos soldados de línea y 250 voluntarios; ello da idea de su poder y de su importancia. Pero, la oportuna llegada, al campo de la acción, del coronel Valera, con 250 hombres atacando a los mambises por retaguardia, dió al traste con la operación.

Estado de la guerra

Corre el mes de septiembre de 1876; en la inmensa huesa que Cuba ha erigido por su libertad, yacen entre decenas de millares los restos del Padre de la Patria, del Bayardo camagüeyano, del Patriarca de Cabaniguán, de las víctimas del "Virginus", que en espeluznante orgía de sangre ofrendara al Moloch insaciable de la tiranía, la vesánica crueldad de uno de sus siervos. La Revolución declinaba en Las Villas, parecía extinguirse en Camagüey y en Oriente; ya no llegaba ayuda del exterior, pues los bolsillos exhaustos de los emigrados, ahora indigentes, apenas bastaban para enviar débiles cayucos que, comandados por nautas arriesgados, traían a las playas de la mártir exiguos auxilios de medicinas.

Es entonces, cuando parecían perdidas las esperanzas cuando se alza frenética la Diosa de la Revolución y entrega al Ejército cubano la plaza de Victoria de las Tunas; episodio digno de la fábula en el cual, a filo de machete, abate el fiero león de Santa Rita los muros hasta entonces inexpugnables de la ciudad de su nacimiento.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

El 3 de noviembre, Máximo Gómez escribía al héroe de Las Tunas: "El suceso es grande por su importancia y por el brillo que ha dado a nuestras armas".

Fiero en la pelea, generoso en la victoria

Pero, si grande fué Vicente García en la acción, realmente legendaria, más grande fué después, ante la ignominia del teniente Rivero, que pasó a filo de machete a ciento tres prisioneros españoles, cuya custodia se le había confiado. El General, como todo auténtico soldado, fiero en la pelea; pero, humanitario y generoso con el vencido, llevó a Rivero a Consejo de Guerra, e inconforme con la sentencia, inadecuada al cri-



El Gral Jesus Rabi
1845 - Junio 24 - 1945

men, que lanzara una mancha sobre el honor del Ejército patriota, protestó de la misma y persiguió a Rivero, que tuvo que huir a través de la selva intrincada de Birama, donde le sorprendió una guerrilla española que le dio muerte.

Es profunda la enseñanza que se deriva de este notable hecho de armas: el fervor patriótico, el amor a la libertad, la decisión irreductible de vencer son los armas primeras en la guerra. Por eso, sin parque, pues las cananas mambisas estaban vacías, sin otra arma que el machete y aquella decisión de vencer o morir, que a fin de cuentas lo que importa y lo que queda es la dignidad, abatió Vicente García, el fiero y altivo León de Santa Rita, las imponentes defensas de Victoria de las Tunas.

Vicente García concentra sus tropas; órdenes para el asalto

Es el día 20 de septiembre de 1876; el mayor general Vicente García ha concentrado en el potrero Guaramanao, distante seis leguas de las Tunas, los siguientes efectivos: regimiento de caballería "Río Blanco", un escuadrón del "Agramonte"; regimientos de infantería "Jacinto" y "Tunas"; segundo batallón del "Bonilla" y el primero de "Jiguani". Revisadas las tropas, se puso en marcha la columna y el 22 acompañaba en la sabana de Ranchuelo, cerca de la plaza: incorporados al Cuartel General, se hallaban Manuel Sanguily y Pérez Trujillo. El general Tunero había logrado, a fuerza de perseverancia, trazar contacto con tres confidentes muy valiosos, que abrieron a sus soldados prácticamente las puertas de la ciudad. Para que no hubiera confusión, entre sus hombres, y el arma terrible del mambi pudiera emplearse a discreción, García dispuso que sus guerreros entraran en Tunas desnudos de cintura arriba; en la obscuridad se daría machete a todo el que no portara el original uniforme de los asaltantes.

Distribuidas las fuerzas en la prealudida sabana, a cada jefe se

encomendó un objetivo: Payito León asaltaría el Principal, donde se hallaba el almacén del parque y la fusilería; Ramírez Romagosa la Iglesia, donde se hallaba el parque de artillería y tres piezas; Montero tomaría el Cuerpo de Guardia. Pero, había otra misión tan importante como aquéllas y que constituía la clave del éxito: era la del coronel Capote, el cual tomaría el Cuartel y tan pronto como se diera la alarma, atacaría por retaguardia, sembrando la confusión y el pánico entre la sorprendida guarnición. Un destacamento del Cuartel General, a las órdenes de Francisco Varona, ocuparía la Administración e impediría que la tropa acuartelada en el extremo de la plaza reforzase a las posiciones asaltadas.

Las instrucciones a la tropa y a los oficiales revelan las altas dotes de mando del General: objeto de la operación, concentración de los cuerpos de ataque, cierre de filas, conducta con los prisioneros, situación de las reservas y del hospital de sangre, prohibición de hacer fuego, responsabilidad de oficiales y clases y sanción de muerte para el que infringiera las severas y terminantes órdenes del mando.

A la una de la madrugada del 23, las cinco columnas de asalto se mueven sobre sus objetivos; con ellas van los confidentes que,

2

en medio de la obscuridad las conducirán, desviando fosos y alambradas y parapetos y penetrando por las casas situadas en el exterior de la ciudad cuyas puertas abren los propios vecinos implicados, hacia los puntos designados: de tal manera que cuando los hispanos se dieron cuenta del sorpresivo ataque yacían por tierra muchos de sus hombres, víctimas del machete reivindicador, porque la pelea fué de madrugada y al machete.

Las fuerzas de Payito León, Ramírez Romagosa, Varona y Rafael Montero, avanzando en la obscuridad, dirigidos por los confidentes y ayudados por los vecinos, cubren de cadáveres enemigos los lugares asaltados.

Las guardias habían desaparecido bajo el filo implacable del machete. Solamente la fuerza del coronel Capote no había alcanzado su objetivo, pues los soldados del Cuartel, que debía atacar, oyeron cuando el jefe cubano en el avance rompía los muros de una casa... Faltó allí el elemento imponderable de la sorpresa. La reñida pelea a fuego de fusil, que duró hasta las ocho de la mañana, en que se rindieron los del Cuartel, Capote tuvo 19 bajas. "Pasamos, dice el coronel Francisco Varona, héroe de la jornada, por el patio de mi antigua casa... entramos por los colgadizos de la esquina que en otro tiempo habitaba la morena Luisa. Allí una mujer, que no conozco y a quien sólo percibí en la obscuridad, me abrió la puerta, atravesamos la calle, por entre dos cuerpos de guardia... hubo que hacerlo hombre a hombre y acostado, el alerío de los centinelas resonaba sobre nuestras cabezas... estábamos también en inteligencia con una persona que nos abrió la puerta de la casa de Nápoles, a la una de la madrugada... cayeron muertos al machete, los hombres todos de un puesto de guardia que, en el portal de la casa vigilaban los contornos... el machete ha sido el arma terrible... para reconocernos, en la obscuridad, entramos sin camisa... oficiales y tropas, prisioneros... esta victoria ha sido uno de los sucesos más importantes de la guerra..."

La victoria sonríe a los cubanos

Al salir el sol, después de un reconocimiento de las posiciones enemigas, que se mantenían, el General dispuso envolverlas, retirándose los hispanos hacia los torreones y una trinchera que no había sido tomada; pero con las piezas de artillería, capturadas al machete, se bombardeó la trinche-

ra; rendida, se enfilaron las armas hacia el torreón, defendido por el capitán Capri; no hubo, sin embargo, necesidad de bombardear porque, a la primera intimidación, se entregó el prealudido con 87 soldados de línea. Momentos después, realmente aterrorizado, se entregó el comandante Félix Toledo, con el resto de la guarnición, que había sufrido espantosas pérdidas: 92 muertos, casi todos al arma blanca.

Se hicieron 285 prisioneros de tropa de línea y más de un centenar de voluntarios. El Cuartel Maestro y la Comisaría cubana recibieron tres piezas de artillería con trescientos tiros, 811 fusiles, 250,000 tiros de fusil, 15 caballos, monturas y un botín considerable de ropas, víveres, medicinas y efectos de todas clases.

Las bajas cubanas, parece increíble, sólo llegaron a 24 heridos y 7 muertos.

Tres días estuvieron los soldados de García sobre los muros desportillados Las Tunas y a las tres de la tarde del 25, cumpliendo órdenes del Presidente Estrada Palma, la ciudad fué reducida a cenizas, saliendo el cuerpo vencedor para su refugio de la selva, inaccesible a las legiones de la tiranía.

Dep 29/04



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

ANIVERSARIOS PATRIOS

Por JUAN J. E. CASASUS

Francisco V. Aguilera



FRANCISCO V. AGUILERA

Fué el jefe natural de la Guerra Grande. Nunca supo a cuánto ascendían sus tierras, ni cuántos hombres y mujeres formaban su negrada. Al sonoro tañido de la campana de La Demajagua, dió a cada uno de sus esclavos un machete y la carta de libertad. Y a su familia, nacida en el lujo que creaba su hacienda incalculable, legó, como compensación, una miseria de indigentes. Sus hermanas, que tuvieron sillas de montar de rico cuero y reluciente plata, despalillaron tabaco. Y él murió en medio de la más gloriosa indigencia.

FIGURAS DE LA EMIGRACION Y DE LA GUERRA

FRANCISCO VICENTE AGUILERA

(22 de febrero de 1877)

En la Numancia de Cuba, el 23 de junio de 1821, nació Francisco Vicente Aguilera que recibió la instrucción primaria en Santiago de Cuba pasando luego al Colegio Carraguao de La Habana para recibir la secundaria y superior. En la Real y Pontificia Universidad de esta ciudad cursó Leyes, graduándose de Licenciado en 1846.

Viajó por Estados Unidos, Inglaterra, Francia e Italia, y de regreso a Bayamo, vió morir a su padre quedando dueño de una inmensa fortuna.

Comprometido en el movimiento insurreccional del Camagüey, que acaudillara Joaquín de Agüero, circunstancias poderosas le impidieron secundarle con las armas en el campo; pero, desde entonces, quedó consagrado al ideal de la independencia.

De su carácter, de su valor y de su prestigio hay una anécdota reveladora. Recorrian la ciudad de Bayamo unas comparsas durante el San Juan y salió de ellas un grito de ¡Viva la libertad! Acusado Aguilera fué llamado a presencia del Gobernador y al preguntarle éste: "¿Fué usted, Aguilera, el que profirió semejante grito?" contestó, seguro de su poder: "¡Dios nos libre a todos, señor Gobernador, de que yo dé ese grito!".

Ya en 1867 y en 2 de agosto, frus-

3

2

trada la Junta de Información, se puso de acuerdo con Francisco Maceo Osorio, y el día 4, en la casa de Pedro Figueredo, se constituía la primera Junta Revolucionaria de Oriente, la promotora de la Revolución de Yara.

De esta época es la semblanza de Sanguily: "Era un hombre de venerable presencia, vestía sencillamente el traje usual a la sazón, poco más o menos el de nuestros campesinos, la barba, poblada y larga, le daba un aspecto patriarcal; pero, su fisonomía bondadosa y el suave timbre de su voz, revelaban un temperamento sereno y un corazón noble y tierno... Su figura parecía despertar aquellos sentimientos que constituyen el encanto y la dulzura del hogar doméstico, recordaba a los ancianos de la tradición antigua que, en medio de la tribu, eran guías, padres y amorosos consejeros".

Dueño de comarcas mayores que algunas provincias suizas y belgas, tenía tres ingenios importantes, sus haciendas eran numerosas e ignoraba ya el número de esclavos que dormían en sus amplios barracones, ya el de cabezas de ganado que pacían en las dilatadas llanuras de sus haciendas interminables. Era padre de familia y un patriarca querido y respetado por miles de vecinos. Y todo lo lanzó, con altruismo incomparable y ejemplificador patriotismo a la inmensa pira de la Revolución redentora.

A su impulso formidable, la conspiración avanzó por territorio de

Las Villas, La Habana y el Camagüey. El Patriarca quería movilizar grandes recursos para armar varios miles de hombres y asegurar el triunfo de la guerra en su inicio; pero, las circunstancias impelieron a Céspedes a lanzarse en la Demajagua, adelantándose al alzamiento y tomando la jefatura que pertenecía al Prócer de Cabaniguán. Entonces éste, dando pruebas de nobleza incomparable, no discutió la jefatura, movilizó sus fuerzas y se le incorporó, prestándole auxilio decisivo en la toma de Bayamo, el primer gran triunfo de la guerra.

Céspedes le nombró Teniente General, y él no sólo siguió al hombre de La Demajagua, sino que, cuando la grave crisis, provocada por Donato Mármol, concurrió a Tacajó y salvó la guerra en aquel momento.

En 1869 la Convención de Guáimaro lo hizo Secretario de la Guerra. Más tarde, corre el año de 1870, la República lo nombra Vicepresidente.

En 1871, ante el grave conflicto que presentaba la emigración neoyorquina, aquella pugna infecunda entre Aldama y Quesada, el Gobierno le nombró Agente General en Nueva York. Llegó allí "con el ramo de olivo en la mano y el corazón abierto de par en par..." Fue aclamado por la Emigración con el más fervido entusiasmo; pero, pronto se alzaron obstáculos invencibles en su contra.

Peregrinó por países lejanos, implorando auxilio para la Patria distante; era el millonario que mendigaba un peso para libertar a Cuba. Un día, acababa de entregar a la Junta varios miles de pesos, que había recibido para la guerra, se encontró que no le quedaban en el bolsillo los miserables centavos para regresar en tranvía a su casa, y tuvo que pedirlos prestados a un amigo.

En 1874 llegó al Cayo y halló una profunda división entre los cubanos; los blancos, en dos categorías, y los negros excluidos de la empresa revolucionaria. Convocó a éstos, les instruyó del programa de la Revolución y de los principios proclamados en la Carta de Guáimaro, y en un banquete quedó sellada la unión de blancos y negros, hermanados todos en la magna lucha.

Frustrado su empeño de volver a Cuba, "ya conduciendo una gran expedición, ya en una tabla", murió en Nueva York en la más cruel indigencia, el 22 de febrero de 1877. Alrededor de su féretro se congregaron centenares de cubanos y muchos y muy nobles extranjeros que, conmovidos ante la grandeza espiritual del Prócer, le rindieron los más altos honores, otorgándole singular distinción al tender su cadáver, privilegio concedido por primera vez a un extranjero, en la propia casa del Ayuntamiento neoyorquino.

Aguilera, ejemplo vivo y constante de las altas virtudes que adornaban a los próceres de Yara, es quizás la figura más generosa, noble, pura y abnegada de los titanes legendarios que organizaron aquella contienda formidable.

de la...